



Virginia Woolf
La señora
Dalloway

Desmenuzando y cortando, dividiendo y subdividiendo, los relojes de Harley Street mordisqueaban el día de junio, aconsejaban sumisión, daban su apoyo a la autoridad, y ponían de manifiesto, a coro, las supremas ventajas del sentido de la proporción, hasta que el acervo de tiempo quedó tan mermado que un reloj comercial, suspendido sobre una tienda de Oxford Street, anunció, afable y fraternalmente, como si fuera un placer para los señores Rigby y Lowedes dar gratis la información, que era la una y media.

Mirando hacia arriba, se veía que cada una de las letras de los apellidos de estos señores sustituía cada una de las horas; subconscientemente, se agradecía a Rigby y a Lowndes que Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-81-

le dieran a uno la hora ratificada por Greenwich; y esta gratitud (así pensaba Hugh Whitbread, detenido ante el escaparate de la tienda) revestía después, naturalmente, la forma de comprar en Rigby y Lowndes calcetines y zapatos. Esto rumiaba Whitbread. Era un hábito. No profundizaba. Rozaba superficies; las lenguas muertas, las vivas, la vida en Constantinopla, París, Roma; montar a caballo, cazar, jugar al tenis, eso fue en otros tiempos. Los maliciosos afirmaban que ahora Hugh Whitbread estaba de guardia en el Palacio de Buckingham, con medias de seda y calzón corto, aunque nadie sabía qué guardaba. Pero lo hacía con gran eficiencia. Llevaba cincuenta y cinco años navegando por entre la nata y crema de la sociedad inglesa. Había conocido a primeros ministros. Se estimaba que sus afectos eran profundos. Y si bien era cierto que no había tomado parte en ninguno de los grandes movimientos del tiempo, ni había desempeñado cargos importantes, también

era cierto que a él se debían una o dos humildes reformas; una de ellas era la mejora de los albergues benéficos; la protección de las lechuzas de Norfolk era la otra; las domésticas tenían motivos para estarle agradecidas; y su nombre al término de las cartas al Times pidiendo fondos, haciendo llamamientos al público a fin de proteger, conservar, limpiar, eliminar humos, mantener la moral en los parques públicos, imponía respeto.

Y magnífica era su estampa, detenido allí unos instantes (mientras el sonido de la media hora se extinguía) para mirar con aire crítico y magistral los calcetines a los zapatos; impecable, sólido, como si contemplara el mundo desde una cierta altura, y vestido en concordancia; pero se daba cuenta de las obligaciones que el tamaño, la riqueza, la salud imponen, y cumplía puntillosamente, incluso cuando no era absolutamente necesario, pequeños actos de cortesía, anticuadas ceremonias que daban cierto estilo a sus modales, algo que imitar algo por lo que recordarle, ya que, por ejemplo, jamás almorzaría con Lady Bruton, a quien había tratado durante los últimos veinte años, sin ofrecerle, alargado el brazo, un ramo de claveles, y sin dirigirse a la señorita Brush, la secretaria de Lady Bruton, para preguntarle que tal le iban las cosas a su hermano en Sudáfrica, lo cual, por ignoradas razones, irritaba tanto a la señorita Brush que ésta, carente de todo atributo de encanto femenino respondía muchas gracias, a mi hermano le van las cosas muy bien en Sudáfrica, cuando, en realidad, le iban muy mal en Portsmouth, desde hacía seis o siete años.

Lady Bruton prefería a Richard Dalloway, quien llegó en el mismo instante. En realidad, los dos coincidieron ante la puerta.

Lady Bruton prefería a Richard Dalloway, por supuesto. Estaba hecho de mejor material.

Pero no permitía que se hablara mal de su pobre y querido Hugh. Lady Bruton jamás olvidaba la amabilidad de Hugh realmente había sido muy amable en cierta ocasión que había olvidado. Pero lo había sido, sí, realmente muy amable. De todos modos, la Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de

diferencia entre aquellos dos hombres poco importaba. Lady Bruton nunca había visto utilidad alguna en despedazar a la gente, tal como hacía Clarissa Dalloway; despedazarla y volverla a pegar; no, por lo menos cuando una tenía sesenta y dos años. Tomó las flores de Hugh, con su triste y angulosa sonrisa. Dijo que no había más invitados. La invitación era sólo un pretexto para que la ayudaran en cierta dificultad.

Pero primero comamosdijo.

Y entonces comenzó un silencioso y exquisito ir y venir, por las puertas de muelles, de camareras con delantalito y blanca cofia, cuyos servicios no eran necesarios, pero que formaban parte integrante de un misterio o gran engaño a cargo de las damas de sociedad de Mayfair, llevado a cabo de una y media a dos, cuando, gracias a un leve ademán, el tránsito cesa, y en su lugar surge esta profunda ilusión, primeramente acerca de la comida, que no se paga; y, después, con la mesa que se extiende voluntariamente, con el cristal y la plata, las servilletas, los cuencos de roja fruta; la cremosa película castaña que cubre el rodaballo; en cazuelas nadan pollos despedazados; rojo y salvaje arde el fuego; y con el vino y el café (no pagados) se alzan jocundas visiones ante ojos contemplativos; ojos especulativos; ojos a los que la vida parece musical, misteriosa; ojos ahora animados para observar afablemente la belleza de los rojos claveles que Lady Bruton (cuyos movimientos siempre fueron angulosos) había dejado junto a su plato, de modo que Hugh Whitbread, sintiéndose en paz con el universo entero y, al mismo tiempo, completamente seguro de su posición, dijo, dejando el tenedor:

Serían encantadores sobre el fondo de tu vestido de encaje.

A la señorita Brush la molestó intensamente esta familiaridad. Juzgó que Hugh Whitbread era un mal educado. La señorita Brush daba risa a Lady Bruton.

Lady Bruton levantó los claveles, sosteniéndolos con cierta rigidez, de modo muy parecido al que el general sostenía el rollo de pergamino en el cuadro

tras la espalda de Lady Bruton; y quedó inmóvil, como en trance. ¿Era la tataranieta del general? ¿Era la tátara-tataranieta, quizá?, se preguntó Richard Dalloway. Sir Roderick, Sir Miles, Sir Talbot. . . Eso. Era curioso el modo en que, en aquella familia, el parecido se mantenía en las mujeres. Lady Bruton hubiera debido ser general de dragones. Y Richard hubiera servido a sus órdenes alegremente; sentía gran respeto hacia ella; amaba las románticas ideas acerca de viejas damas de buena planta, con raza, y le hubiera gustado, con su habitual buen humor traer a algunos de sus jóvenes conocidos extremistas a almorzar con ella... ¡Las mujeres como Lady Bruton no surgían entre gentes entusiastas de tomar el té entre amabilidades! Lady Bruton conocía bien su tierra. Conocía bien a su pueblo. Había una viña, que todavía daba fruto, bajo la cual Lovelace o Herrick Lady Bruton jamás leía una palabra de poesía, pero Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-83-

la historia circulabase habían sentado. Más valía esperar un poco antes de plantearles el problema que la preocupaba (sobre si hacer o no una llamada al público; y caso de hacerla, en qué términos, etcétera), más valía esperar a que hubieran tomado el café, pensó Lady Bruton; y dejó los claveles al lado del plato.

¿Cómo está Clarissa?preguntó bruscamente.

Clarissa siempre decía que Lady Bruton no le tenía simpatía. Y, ciertamente, Lady Bruton tenía fama de interesarse más por la política que por la gente; de hablar como un hombre; de haber intervenido en cierta notoria intriga de los años ochenta, que ahora comenzaba a ser referida en memorias. Ciertamente, en su salón se abría una salita, y en esta salita había una mesa, y sobre la mesa una fotografía del general Sir Talbot Moore, ahora fallecido, que allí había escrito (un atardecer de los ochenta), en presencia de Lady Bruton, con su conocimiento, quizá por su consejo, un telegrama ordenando a las tropas británicas que avanzaran, en una histórica ocasión. (La historia decía que Lady Bruton conservaba la pluma.) Y, cuando decía con su acento negligente

¿Cómo está Clarissa?, los maridos tenían dificultades en convencer a sus esposas, e incluso, por fieles que fueran, lo ponían ellos mismos secretamente en duda, del interés que Lady Bruton sentía por unas mujeres que a menudo obstaculizaban la carrera del marido, le impedían aceptar cargos en el extranjero, y tenían que ser llevadas junto al mar, en plena temporada social, para que se recuperaran de la gripe. Sin embargo, las mujeres sabían con certeza que su pregunta

¿Cómo está Clarissa? revelaba los mejores deseos, los buenos deseos de una compañera casi silenciosa, cuyas manifestaciones (media docena quizá en el curso de toda una vida) significaban el reconocimiento de cierta femenina camaradería que discurría por debajo de los almuerzos masculinos y unía a Lady Bruton y a la señora Dalloway, quienes rara vez se veían, y que, cuando se reunían, parecían indiferentes e incluso hostiles, mediante un singular vínculo.

Esta mañana, he coincidido con Clarissa en el parque de Hugh Whitbread.

Lo dijo metiendo el tenedor en el plato, ansioso de hacer este pequeño alarde, ya que le bastaba con ir a Londres para coincidir con todo el mundo inmediatamente; pero lo dijo con codicia, era uno de los hombres más codiciosos que había conocido en su vida, pensó Milly Brush, quien observaba a los hombres con implacable rectitud, y era capaz de eterna devoción, en particular a individuos de su propio sexo, siendo angulosa, seca, torcida, y totalmente carente de encanto femenino.

Acordándose bruscamente de ello, Lady Bruton dijo:

¿Sabéis quién está en Londres? Nuestro viejo amigo Peter Walsh.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

Todos sonrieron. ¡Peter Walsh! Y el señor Dalloway se ha alegrado sinceramente, pensó Milly Brush; y el señor Whitbread sólo piensa en el pollo.

¡Peter Walsh! Los tres, Lady Bruton, Hugh Whitbread y Richard Dalloway recordaron lo mismo, cuán apasionadamente enamorado había estado Peter; había sido rechazado; se fue a la India; se había armado un lío con su vida; y Richard Dalloway sentía una gran simpatía hacia su querido y viejo amigo. Esto fue lo que vio Milly Brush; vio una profundidad en los ojos castaños del señor Dalloway; le vio dudar, meditar; lo cual interesó a Milly Brush, ya que el señor Dalloway siempre le interesaba, y se preguntó qué estaría pensando de Peter Walsh.

Que Peter Walsh había estado enamorado de Clarissa; que después del almuerzo iría directamente a casa, para ver a Clarissa; que le diría, lisa y llanamente, que la amaba. Sí, esto le diría.

Una vez, a Milly Brush poco le faltó para enamorarse de estos silencios, y el señor Dalloway siempre fue hombre digno de la mayor confianza; todo un caballero, además.

Ahora, a los cuarenta suyos, bastaba con que Lady Bruton efectuara un movimiento afirmativo con la cabeza o se volviera súbitamente un poco, para que Milly Brush viera el signo, por muy sumida que estuviera en estas reflexiones de su independiente espíritu, de su alma sin corromper a la que la vida no podía engañar, porque la vida no la había dotado de rasgo alguno que tuviera el más leve valor; ni un rizo, sonrisa, labio, mejilla, nariz; nada de nada; Lady Bruton sólo tenía que mover la cabeza, y Perkins recibía instrucciones de disponerse a traer e café.

Sí, Peter Walsh ha regresado, dijo de nuevo Lady Bruton.

Era vagamente halagador para todos ellos. Había regresado apaleado, sin éxito, a sus seguras playas. Pero ayudarle, reflexionaron, era imposible; había cierto fallo en su carácter. Hugh Whitbread dijo que, desde luego, siempre cabía la posibilidad de mencionar el nombre de Peter Walsh a Fulano de Tal. Arrugó la frente lúgubrementemente, consecuente, al pensar en las cartas que escribiría a los jefes de oficinas gubernamentales, acerca de mi viejo amigo

Peter Walsh, y demás. Pero a nada conduciría, a nada permanente, debido al carácter de Peter Walsh.

Tiene problemas a causa de una mujer dijo Lady Bruton.

Todos habían intuido que esto era lo que había en el fondo del asunto.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-85-

Ansiando dejar el tema, Lady Bruton dijo:

De todos modos, oiremos la historia entera de labios del propio Peter.

(El café tardaba en llegar.)

¿Las señas?murmuró Hugh Whitbread.

E inmediatamente se produjeron ondas en la gris marea de servicio que rodeaba a Lady Bruton, día tras día, recogiendo, interceptando, envolviendo a Lady Bruton en un fino tejido que evitaba colisiones, mitigaba interrupciones, se extendía por toda la casa de Brook Street, formando una fina red que atrapaba todas las cosas, que eran recogidas con exactitud, instantáneamente, por el cano Perkins, que llevaba treinta años al servicio de Lady Bruton, y que ahora escribió las señas; las entregó al señor Whitbread, que extrajo la cartera, alzó las cejas, y, poniéndolas entre documentos de la más alta importancia, dijo que encargaría a Evelyn que invitara a Peter Walsh a almorzar.

(Para traer el café esperaban que el señor Whitbread terminara.) Hugh era muy lento, pensó Lady Bruton. Estaba engordando, advirtió. Richard siempre se mantenía en perfecto estado. Lady Bruton se estaba impacientando; todo su ser se rebelaba positiva, innegable y predominantemente contra esta innecesaria demora (Peter Walsh y sus cosas) del tema que atraía su atención,

y no sólo su atención sino aquella fibra que era el eje de su alma, aquella parte esencial de su personalidad, sin la cual Millicent Bruton no hubiera sido Millicent Bruton: aquel proyecto de organizar la emigración de jóvenes de ambos sexos, hijos de familias respetables, y asentarlos, con buenas posibilidades de prosperar, en el Canadá. Exageraba. Quizá había perdido su sentido de la proporción. Para lo demás, la emigración no era el remedio evidente, el concepto sublime. No era para los demás (para Hugh, para Richard, y ni siquiera para la fiel señorita Brush) la liberación del fuerte egotismo que una mujer fuerte y marcial, bien alimentada, de buena familia, de impulsos directos, de rectos sentimientos, y poca capacidad de introspección (ancha y sencilla, ¿por qué no podían ser todos anchos y sencillos? se preguntaba) siente alzarse dentro de sí, cuando la juventud ha desaparecido, y debe proyectar hacia alguna finalidad, sea la Emigración, sea la Emancipación; pero sea lo que fuere, esta finalidad a cuyo alrededor la esencia de su alma se derrama a diario, deviene inevitablemente prismática, lustrosa, mitad espejo, mitad piedra preciosa; ahora cuidadosamente oculta, no sea que la gente se burle de ella; ahora orgullosamente expuesta. En resumen, la Emigración se había transformado, en gran parte, en Lady Bruton.

Pero Lady Bruton tenía que escribir. Y escribir una carta al Times, solía decir a la señorita Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-86-

Brush, le costaba más que organizar una expedición a Sudáfrica (lo cual hizo durante la guerra). Después de una mañana de lucha, de comenzar, de rasgar, de volver a comenzar, solía darse cuenta de la futilidad de su condición de mujer cual en ninguna otra ocasión la sentía, y agradecida pensaba en Hugh Whitbread que poseía y nadie podía ponerlo en duda el arte de escribir cartas al Times.

Era un ser totalmente diferente a ella, con gran dominio del idioma; capaz de expresarse cual gusta a los directores de periódicos; y tenía pasiones a las que

no se puede calificar sencillamente de codicia. Lady Bruton se abstenía a menudo de juzgar a los hombres, en deferencia a la misteriosa armonía que los hombres, pero no las mujeres, conseguían con respecto a las leyes del universo; sabían expresar las cosas; sabían lo que se decía; de manera que si Richard la aconsejaba, y Hugh escribía la carta, tenía la seguridad de que no se equivocaba. Así pues, dejó que Hugh comiera el soufflé; le preguntó por la pobre Evelyn; esperó a que los dos estuvieran fumando, y entonces dijo:

Milly, ¿quiere ir a buscar los papeles?

Y la señorita Brush salió, regresó; dejó los papeles sobre la mesa; y Hugh sacó la estilográfica; su estilográfica de plata, que le había prestado servicios durante veinte años, dijo, mientras desenroscaba el capuchón. Se hallaba aún en perfecto estado; la había mostrado a los fabricantes; y no había razón alguna, dijeron, que indujera a creer que la pluma se estropearía algún día; todo lo cual, en cierto modo, honraba a Hugh y honraba los sentimientos que la pluma expresaba (éste era el sentir de Richard Dalloway), mientras Hugh comenzaba a escribir cuidadosamente letras mayúsculas, dentro de un círculo en el margen con lo cual estableció en forma maravillosa orden y sensatez en el desbarajuste de Lady Bruton, dándole una gramática tal que el director del Times, pensó Lady Bruton al ver la maravillosa transformación, forzosamente tenía que respetar. Hugh era lento. Hugh era pertinaz. Richard dijo que era preciso correr riesgos. Hugh propuso modificaciones en deferencia a los sentimientos de la gente quedijo con intencionado retintín cuando Richard se riódebían tenerse en cuenta y leyó en voz alta en consecuencia, opinamos que ha llegado el momento oportuno. . . la superflua juventud de nuestra población en constante crecimiento... lo que debemos a los muertos..., lo cual Richard consideró no eran más que palabras vacías aunque, desde luego, inofensivas, y Hugh siguió garrapateando sentimientos, por orden alfabético, de la más alta nobleza, sacudiéndose la ceniza caída en el chaleco, y efectuando resúmenes, de vez en cuando, de los progresos hechos hasta el momento, y por fin leyó el borrador de una carta que Lady Bruton tuvo la certeza era una obra maestra ¿Cómo era posible que sus ideas sonaran así?

Hugh no podía garantizar que el director la publicara; sin embargo, almorzaría con cierta persona.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-87-

Ante lo cual, Lady Bruton, que rara vez decía zalamerías, se colocó los claveles de Hugh en el vestido; extendiendo los brazos hacia Hugh exclamó: ¡Mi Primer Ministro!

Realmente, Lady Bruton no sabía qué sería de ella sin aquellos dos hombres. Se levantaron. Y Richard Dalloway se apartó un poco, como de costumbre, para echar una ojeada al retrato del general, porque proyectaba, cuando tuviera tiempo libre, escribir una historia de la familia de Lady Bruton.

Y Millicent Bruton estaba muy orgullosa de su familia. Pero podían esperar, podían esperar, dijo, contemplando el cuadro; con lo que quería decir que su familia de militares, altos funcionarios y almirantes, había sido familia de hombres de acción que habían cumplido con su deber; y el primordial deber de Richard era para con la patria, aunque aquélla era una hermosa cara, dijo Lady Bruton; y todos los papeles estarían a disposición de Richard, en Aldmixton, cuando llegara el momento; quería decir el gobierno laborista.

¡Ah, las noticias de la India!, gritó.

Y entonces, mientras estaban en pie en el vestíbulo cogiendo amarillos guantes de un cuenco sobre la mesa de malaquita, y Hugh ofrecía a la señorita Brush con cortesía absolutamente innecesaria quizás una entrada para una función que no le interesaba ver o cualquier otro obsequio, y la señorita Brush, que odiaba esto desde lo más hondo de su corazón, se ruborizaba y quedaba con la cara más roja que un ladrillo, Richard, con el sombrero en la mano, se volvió hacia Lady Bruton y dijo:

¿Te veremos esta noche, en nuestra fiesta?

Ante lo cual, Lady Bruton volvió a revestirse de aquella magnificencia que la

redacción de la carta había hecho añicos. Quizá fuera; quizá no fuera. Clarissa estaba dotada de maravillosa energía. Las fiestas aterraban a Lady Bruton. Además, se estaba haciendo vieja. Esto confesó, en pie ante la puerta; hermosa; muy erguida; mientras su perro chino se desperezaba a su espalda, y la señorita Brush hacía mutis por el fondo, con las manos llenas de papeles.

Y Lady Bruton, imponente y mayestática, subió a su habitación y se tumbó, con un brazo extendido, en el sofá. Suspiró, roncó, pero esto no significaba que estuviera dormida, sino tan sólo soñolienta y pesada, soñolienta y pesada, como un campo de tréboles al sol de aquel cálido día de junio, con las abejas zumbando y las amarillas mariposas. Siempre regresaba a aquellos campos de Devonshire, donde había saltado riachuelos con Patty, su jaca, en compañía de Mortimer y Tom, sus hermanos. Y allí estaban los perros; allí estaban las ratas, allí estaban su padre y su madre en el césped, bajo los árboles, con el servicio de Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-88-

té, y los parterres de dalias, las malvas, las hortensias, las largas briznas de grama; ¡y ellos, los pequeños, siempre haciendo travesuras!; regresando, colándose por entre los arbustos, para que no les vieran con las ropas sucias o rotas, después de haber hecho alguna barbaridad ¡Y cómo se ponía la vieja niñera al ver cómo llevaba ella el vestido!

Y ahora se acordó de que era miércoles en Brook Street. Aquel par de excelentes amigos, Richard Dalloway y Hugh Whitbread, habían salido aquel cálido día a las calles cuyo gruñido llegaba hasta ella, yacente en el sofá. Tenía poder, posición, dinero. Había vivido en la vanguardia de su tiempo. Había tenido buenos amigos; había conocido a los hombres más capacitados de su tiempo. El rumoroso Londres ascendía hasta ella, y su mano, descansando en el respaldo del sofá, se cerró sobre un imaginario bastón de mando, cual los que hubieran podido sostener sus antepasados, y, con el bastón de mando en la mano, soñolienta y pesada, parecía mandar batallones camino del Canadá, y aquel par de buenos amigos caminaban por Londres,

por territorio suyo, por aquella pequeña porción de alfombra, Mayfair.

Y se alejaron más y más de ella, unidos a ella por un delgado hilo (puesto que habían almorzado en su compañía) que se alargaba y alargaba, y se hacía más y más delgado a medida que caminaban por Londres; los amigos estaban unidos al cuerpo de una, después de almorzar con ellos, por un delgado hilo que (mientras se adormilaba) se hacía impreciso, en méritos del sonido de campanas, dando la hora o llamando a los fieles, tal como el hilo de la araña queda manchado por las gotas de agua y el peso le hace descender. Así se durmió.

Y Richard Dalloway y Hugh Whitbread dudaron al llegar a la esquina de Conduit Street, en el mismo instante en que Millicent Bruton, yacente en el sofá, permitió que el hilo se rompiera; roncaba. Vientos contrarios chocaban en la esquina. Miraron el escaparate de una tienda; no deseaban comprar ni hablar, sino separarse, pero con vientos contrarios estrellándose en la esquina, con una especie de detención de las mareas del cuerpo, dos fuerzas que, al encontrarse, forman un remolino, mañana y tarde, se detuvieron. Un cartel de periódico se elevó en el aire, valerosamente, como una cometa al principio luego se detuvo, giró, se estremeció; y un velo de señora quedó colgando. Los toldos amarillos temblaron. La velocidad del tránsito matutino había disminuido y carros aislados avanzaban traqueteando descuidadamente por calles medio vacías. En Norfolk, en que Richard Dalloway medio pensaba, una suave y cálida brisa impulsó hacia atrás los pétalos, impuso confusión en las aguas, onduló floridos céspedes. Los segadores, que se habían tumbado bajo los arbustos para reposar durmiendo del trabajo de la mañana, abrieron cortinas de hojas verdes; apartaron temblorosas hojas para ver el cielo; el azul, el fijo, el llameante cielo veraniego.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-89-

Dándose cuenta de que contemplaba una jarra de plata, con dos asas, del

período del rey Jacobo, y de que Hugh Whitbread admiraba condescendiente, con aire de entendido, una gargantilla española, cuyo precio pensaba preguntar por si acaso le gustaba a Evelyn, Richard tenía aún una sensación de torpor; no podía pensar ni moverse. La vida había arrojado aquellos restos de naufragio; escaparates repletos de objetos multicolores, y uno estaba en pie paralizado por el letargo de los viejos, envarado por la rigidez de los viejos, mirando. A Evelyn Whitbread quizá le gustara comprar aquella gargantilla española, sí, quizá. Tenía que bostezar. Hugh se disponía a entrar en la tienda.

¡Buena idea! dijo Richard, y le siguió.

Bien sabía Dios que no le gustaba ir por el mundo comprando gargantillas con Hugh.

Pero el cuerpo tiene sus mareas. La mañana se encuentra con la tarde. A bordo de una frágil chalupa en aguas profundas, muy profundas, el bisabuelo de Lady Bruton, sus memorias y sus campañas en América del Norte naufragaron y se hundieron. Y

Millicent Bruton también. Se hundió. A Richard le importaba un pimiento la Emigración; le importaba un pimiento aquella carta, y que el director la publicara o no.

La gargantilla colgaba entre los admirables dedos de Hugh. Que se la diera a una muchacha si debía comprar joyas, a cualquier muchacha, cualquier muchacha de la calle. Sí, porque la inutilidad de esta vida impresionaba ahora muy fuertemente a Richard. Comprar gargantillas para Evelyn. Si hubiera tenido un hijo, le hubiera dicho: Trabaja, trabaja. Pero tuvo a su Elizabeth; adoraba a su Elizabeth.

Quisiera ver al señor Dubonnet dijo Hugh con su acento seco y mundano.

Al parecer, este señor Dubonnet tenía la medida del cuello de Evelyn o, más raro aún, sabía sus gustos en materia de joyas españolas, y lo que poseía en este renglón (cosa que Hugh no recordaba). Todo lo cual le parecía horriblemente extraño a Richard Dalloway. Porque nunca ofrecía regalos a Clarissa, salvo una pulsera, hacía dos o tres años, que no había sido un éxito.

Nunca la llevaba. Le dolía recordar que nunca la llevaba. Y tal como el hilo de una araña, después de andar vacilando de un sitio a otro, se une a la punta de una hoja, el pensamiento de Richard, saliendo de su letargo, se fijó en su esposa, Clarissa, a quien Peter Walsh tan apasionadamente había amado; y Richard había tenido una repentina visión de ella, allá, durante el almuerzo; de él y de Clarissa; de su vida en común; y se acercó la bandeja de joyas antiguas, y cogiendo ora este broche, ora ese anillo, preguntó:

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-90-

¿Cuánto vale esto?

Pero dudaba de su gusto. Deseaba abrir la puerta de la sala de estar y entrar con algo en la mano; un regalo para Clarissa. Pero, ¿qué? Hugh volvía a estar en pie. Se comportaba con indecible altanería. Realmente, después de ser cliente durante treinta y cinco años, no estaba dispuesto a ser despachado por un simple muchacho que no conocía el oficio. Porque al parecer Dubonnet estaba fuera, y Hugh no pensaba comprar nada hasta que el señor Dubonnet disidiera estar presente; ante lo cual, el joven dependiente se ruborizó, y se inclinó en breve y correcta reverencia. Todo fue perfectamente correcto. ¡Pero ni para salvar su vida hubiera dicho Richard algo parecido! No podía concebir cómo era posible que aquella gente tolerara semejantes insolencias. Hugh se estaba convirtiendo en un intolerable asno. Richard Dalloway no podía soportar su trato durante más de media hora. Y, levantando en el aire el sombrero hongo a modo de despedida, Richard dobló ansioso la esquina de Conduit Street, sí, muy ansioso de recorrer aquel hilo de araña que le unía a Clarissa; acudiría directamente al lado de Clarissa, en Westminster.

Pero quería llegar con algo. ¿Flores? Sí, flores, porque no confiaba en su gusto en materia de oro; cualquier cantidad de flores, rosas, orquídeas, para celebrar lo que, pensándolo bien, era un acontecimiento; aquello que sintió por Clarissa cuando hablaron de Peter Walsh durante el almuerzo; y nunca

hablaban de aquel sentimiento; durante años no habían hablado de él; lo cual, pensó, sosteniendo en la mano las rosas rojas y blancas (gran ramo con papel de seda) es el mayor error del mundo. Llega el momento en que no puede decirse; la timidez se lo impide a uno, pensó, embolsándose los seis o doce peniques de cambio, y poniéndose en marcha, con el gran ramo de flores sostenido contra el cuerpo, camino de Westminster, le impide a uno decir directamente, en las palabras justas (pensara ella lo que pensara de él), ofreciendo las flores, Te quiero. ¿Por qué? Realmente era un milagro, si se tenía en cuenta la guerra y los miles de pobres muchachos, con toda la vida por delante, enterrados juntos, ya medio olvidados; era un milagro. Y ahí estaba él, caminando por Londres, para decir a Clarissa en las palabras justas que la amaba. Lo cual uno nunca dice, pensó. En parte, uno es perezoso; en parte, uno es tímido. Y Clarissa... Era difícil pensar en ella; salvo a ráfagas, como ocurrió durante el almuerzo, cuando la vio con total claridad; toda su vida juntos. Se detuvo en el cruce, y repitió, debido a que era sencillo por naturaleza y de buenas costumbres, ya que se había dedicado al excursionismo y a la caza; debido a ser pertinaz y tozudo, ya que había defendido a los humildes y había seguido el dictado de sus instintos en la Cámara de los Comunes; debido a haber conservado su sencillez, aunque al mismo tiempo se había transformado en un ser un tanto callado y rígido, repitió que era un milagro que se hubiera casado con Clarissa; un milagro, su Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-91-

vida había sido un milagro, pensó; mientras dudaba si cruzar o no. Le hacía hervir la sangre en las venas el ver a criaturitas de cinco o seis años cruzar Piccadilly solas. La policía hubiera debido detener el tránsito inmediatamente. Pero no se hacía la menor ilusión acerca de la policía de Londres. En realidad, estaba formando una lista de los errores policiales; y tampoco debía permitirse que aquellos vendedores ambulantes montaran su tenderete en las calles; y las prostitutas, Dios santo, que la culpa no era de ellas, ni tampoco de los muchachos, sino de nuestro detestable sistema social

y todo lo demás; en todo lo cual pensaba, se veía que lo pensaba, mientras gris, firme, pulido, limpio, cruzaba el parque, camino de decir a su esposa que la amaba.

Sí, porque lo diría con estas mismas palabras, cuando entrara en la estancia. Porque es una lástima muy grande no decir nunca lo que uno siente, pensó, mientras cruzaba Green Park y observaba con placer a familias enteras, familias pobres, tumbadas a la sombra de los árboles; niños pataleando, chupando leche; bolsas de papel tiradas aquí y allá, que podían ser fácilmente recogidas (si alguien protestaba), por uno de aquellos obesos caballeros de uniforme; sí, ya que opinaba que todos los parques y todas las plazas, durante los meses de verano, debían quedar abiertos a los niños (el césped del parque se aclaraba y marchitaba, iluminando a las pobres madres de Westminster y a sus hijos que andaban a gatas, como si bajo él se moviera una lámpara amarilla). Pero no sabía lo que podía hacerse en beneficio de las vagabundas, como aquella pobre mujer recostada, apoyada con el codo en el suelo (como si se hubiera arrojado al suelo, desembarazada de todos los vínculos, para observar con curiosidad, especular con osadía, considerar los porqué y por lo tanto, con descaro, lacia la boca, humorísticamente). Llevando el ramo de flores como un arma, Richard Dalloway se acercó a la vagabunda; observándola, pasó decidido junto a ella; pero hubo tiempo para que se produjera una chispa entre los dos. La vagabunda rió al verle, y él sonrió con buen humor, considerando el problema de las vagabundas; a pesar de que no se quejaban. Pero diría a Clarissa que la amaba, así, lisa y llanamente. Tiempo hubo en que tuvo celos de Peter Walsh; celos de él y de Clarissa. Pero a menudo le había dicho Clarissa que acertó al no casarse con Peter Walsh; lo cual, conociendo a Clarissa, era evidentemente verdad; necesitaba apoyo. No era débil, pero necesitaba apoyo.

En cuanto al Palacio de Buckingham (una vieja prima donna frente al público, toda de blanco vestida), no se le podía negar cierta dignidad, pensó, ni despreciar lo que, a fin de cuentas, representa para millones de individuos (una pequeña multitud esperaba en la puerta ver salir al Rey en automóvil), un símbolo, a pesar de que sea absurdo; un niño con un montón de ladrillos hubiera obtenido mejores resultados, pensó; mirando el monumento a la Reina Victoria (a la que recordaba haber visto, con sus gafas de concha, pasando en coche por Kensington), con su blanca base, su claro aire

maternal; Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999
Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de
Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-92-

pero le gustaba vivir bajo el cetro de los descendientes de Horsa, le gustaba la continuidad, y este ir pasando a las generaciones las tradiciones del pasado. Era una gran época. Y, en realidad, su propia vida era un milagro; sí, debía reconocerlo sin sombra de duda; ahí estaba él, en el mejor momento de su vida, camino de su casa de Westminster, para decir a Clarissa que la amaba. La felicidad es esto, pensó.

Es esto, dijo, al entrar en Deans Yard. El Big Ben comenzaba a sonar, primero el aviso, musical; luego la hora, irrevocable. Las invitaciones a almorzar destrozan la tarde entera, pensó, acercándose a la puerta de su casa.

El sonido del Big Ben inundó la sala de estar de Clarissa, en donde estaba sentada, enfadada, ante el escritorio; preocupada; enfadada. Era totalmente cierto que no había invitado a la fiesta a Ellie Henderson, pero lo había hecho adrede. Y ahora la señora Marsham le había escrito que había dicho a Ellie Henderson que le pediría a Clarissa que la invitara, porque Ellie Henderson tenía muchas ganas de ir a la fiesta.

Pero, ¿es que tenía que invitar a sus fiestas a todas las mujeres aburridas de Londres?

¿Y por qué tenía que mezclarse la señora Marsham en aquel asunto? Y ahí estaba Elizabeth, encerrada todo este tiempo con Doris Kilman. No podía imaginar nada más nauseabundo. Rezar a esta hora, con aquella mujer. Y el sonido del timbre invadió la estancia con su onda melancólica; retrocedió, y se recogió sobre sí mismo para volver a caer una vez más, y en este momento Clarissa oyó, con desagrado, como un rumor o un roce en la puerta. ¿Quién podía ser a aquella hora? ¡Dios santo, las tres! ¡Ya eran las tres! Sí, ya que con avasalladora franqueza y dignidad el reloj había dado las tres; y Clarissa no oyó nada más; pero la manecilla de la puerta giró, ¡y entró Richard! ¡Qué

sorpresa! Entró Richard, con un ramo de flores en la mano. Una vez se había portado mal con Richard, en Constantinopla; y Lady Bruton, cuyos almuerzos se decía eran extraordinariamente divertidos no la había invitado. Él le ofrecía las flores, rosas, rojas y blancas rosas. (Pero Richard no consiguió decirle que la amaba; no con estas palabras.)

Pero qué hermosas, dijo Clarissa cogiendo las flores. Había comprendido; había comprendido sin necesidad de que él hablara; su Clarissa. Las puso en jarrones sobre la repisa del hogar. Qué hermosas son, dijo. ¿Y ha sido divertido?, preguntó. ¿Había preguntado Lady Bruton por ella? Peter Walsh había regresado. La señora Marsham le había escrito. ¿Debía invitar a Ellie Henderson? Aquella mujer, la Kilman, estaba arriba.

Sentémonos durante cinco minutosdijo Richard.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-93-

Todo parecía tan vacío. Todas las sillas estaban arrimadas a la pared. ¿Por qué lo habían hecho? Oh, era por la fiesta; no, no se había olvidado de la fiesta. Peter Walsh había regresado. Oh, sí; la había visitado. Y se iba a divorciar; y estaba enamorado de una mujer de allá. Y no había cambiado nada. Sí, ella estaba arreglándose el vestido...

Y pensando en Bourtondijo.

Hugh ha almorzado con nosotrosdijo Richard.

¡También ella lo había visto! Lo cierto era que se estaba volviendo absolutamente inaguantable. Comprando gargantillas para Evelyn; más gordo que nunca; un asno inaguantable.

Pensando en Peter sentado allí, con su corbatita de lazo, abriendo y cerrando

el cortaplumas, Clarissa dijo:

Y he pensado: Hubiera pedido casarme contigo. Está exactamente igual que antes, ¿sabes?

Habían hablado de él durante el almuerzo, dijo Richard. (Pero Richard no podía decirle a Clarissa que la amaba. Le cogió la mano. La felicidad es esto, pensó.) Habían escrito una carta al Times a petición de Millicent Bruton. Era para lo único que Hugh servía.

¿Y nuestra querida señorita Kilman? preguntó ahora Richard.

Clarissa opinaba que las rosas eran absolutamente preciosas; primero lo eran formando ramo; y ahora lo eran por sí mismas, separadas.

Pues la Kilman va y llega justamente después del almuerzo. Elizabeth se pone colorada y se encierran arriba. Supongo que están rezando.

¡Dios! A Richard esto no le gustaba ni pizca; pero esas cosas desaparecen, si uno no se mete.

Con paraguas e impermeable dijo Clarissa.

Richard no había dicho te amo, pero le tenía cogida la mano. La felicidad es esto, es Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999
Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-94-

esto, pensó.

Pero, ¿por qué he de invitar a mis fiestas a todas las mujeres aburridas de Londres?

se lamentó Clarissa.

Y, cuando la señora Marshan daba una fiesta, ¿acaso era ella, Clarissa, quien determinaba cuáles serían los invitados?

Pobre Ellie Hendersondijo Richard.

Era raro el que Clarissa diera tanta importancia a sus fiestas, pensó Richard.

Pero Richard no tenía la más leve noción acerca del aspecto que debe presentar una sala. Sin embargo, ¿qué iba a decir?

Si a Clarissa le preocupaban tanto aquellas fiestas, Richard no le permitiría darlas. ¿Se arrepentía de no haberse casado con Peter? Pero Richard tenía que irse.

Tenía que irse, dijo levantándose. Pero se quedó inmóvil, en pie, durante un instante, como si se dispusiera a decir algo; y Clarissa se preguntó qué. ¿Por qué? Allí estaban las rosas.

¿Un comité?le preguntó Clarissa, en el momento en que Richard abría la puerta.

Los armenios.

¿O quizá dijo los albaneses?

Y en las personas hay una cierta dignidad; una soledad; incluso entre marido y mujer media un abismo; y esto debe respetarse, pensó Clarissa contemplando cómo Richard abría la puerta; se trataba de algo de lo que una no podía desprenderse, ni quitarlo al marido contra su voluntad, sin perder la propia independencia el respeto hacia una misma, algo, en resumen, inapreciable.

Richard regresó con una almohada y una manta.

Una hora de reposo completo después del almuerzodijo.

Y se fue.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de

¡Cuán propio de él! Diría Una hora de reposo completo después del almuerzo hasta el fin de los tiempos debido a que el médico lo había prescrito una vez. Era muy propio de Richard interpretar tan al pie de la letra las prescripciones de los médicos; esto formaba parte de aquella adorable y divina sencillez que nadie poseía en tan alto grado; y lo que le permitió ir a sus asuntos, mientras ella y Peter perdían el tiempo peleándose. Y ahora ya habría recorrido la mitad del camino a la Cámara de los Comunes, para ocuparse de sus armenios, de sus albaneses, después de haberla dejado a ella acomodada en el sofá, mirando las rosas. Y la gente diría: Clarissa Dalloway está muy mimada. Le importaban mucho más las rosas que los armenios. Perseguidos hasta la muerte, mutilados, helados, víctimas de la crueldad y de la injusticia (se lo había oído decir una y mil veces a Richard), no, ningún sentimiento suscitaban los albaneses en ella, ¿o eran los armenios?, pero amaba las rosas (¿ayudaría esto a los armenios?), las únicas flores que toleraba ver cortadas. Pero Richard ya estaba en la Cámara de los Comunes, en su comité, después de haber solventado todas las dificultades de Clarissa. Pero no, esto último no era verdad. Richard no había visto las razones en contra de invitar a Ellie Henderson. Desde luego, Clarissa se plegaría a los deseos de Richard. Como sea que Richard había traído la almohada, Clarissa se echaría... Pero, pero, ¿por qué de repente se sentía, sin razón que pudiera discernir, desesperadamente desdichada? Como una persona a la que se le ha caído una perla o un diamante en el césped y separa con mucho cuidado las altas briznas, aquí y allá, en vano, y por fin espía entre las raíces, así fue Clarissa de un asunto a otro; no, no tenía nada que ver con el hecho de que Sally Seton dijera que Richard jamás llegaría a ser miembro del Gabinete debido a que Richard tenía un cerebro de segunda clase (ahora Clarissa lo recordó); no, esto no le importaba; y tampoco se debía a Elizabeth y Doris Kilman; estaba segura de ello. Era un sentimiento, un sentimiento desagradable, que quizá la había acometido a primera hora de la jornada; algo que Peter había dicho, combinado con cierta depresión, allí, en su dormitorio, al quitarse el

sombrero; y lo que Richard había dicho, agravó la situación, pero ¿qué había dicho Richard? Allí estaban las rosas. ¡Sus fiestas! ¡Esto era! ¡Sus fiestas! Los dos la criticaban con muy poca base, se reían de ella muy injustamente, por sus fiestas. ¡Esto era! ¡Esto era!

Bueno, ¿cómo iba a defenderse? Ahora que sabía a qué era debido, se sentía perfectamente feliz. Pensaban, o por lo menos Peter pensaba, que a ella le gustaba lucirse, que le gustaba estar rodeada de gente famosa, grandes apellidos, que era, pura y simplemente, una snob. Seguramente era esto lo que creía Peter. Richard consideraba sencillamente que era una tontería por parte de Clarissa el que le gustara aquella excitación, cuando le constaba que era mala para su corazón. Lo consideraba infantil. Y los dos estaban equivocados. Lo que a Clarissa le gustaba era la vida Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-96-

sencilla.

Por esto lo hagedijo Clarissa, hablando en voz alta a la vida.

Como sea que yacía en el sofá, aislada, protegida, la presencia de aquella cosa que tan claramente sentía adquirió existencia física; arropada con los sonidos de la calle, soleada, con cálido aliento, murmurante, agitando las cortinas. Pero, ¿supongamos que Peter hubiera dicho: Sí, sí, efectivamente, pero qué significado tienen tus fiestas? Bien, en este caso lo único que Clarissa podría responder (y no cabía esperar que nadie lo comprendiera) era: son una ofrenda. Lo cual resultaba horriblemente vago. Pero, ¿quién era Peter para afirmar que la vida es, coser y cantar?

¿Peter, siempre enamorado, enamorado de la mujer de quien no debía enamorarse?

¿Qué significa tu amor?, hubiera podido preguntarle Clarissa. Y sabía la

respuesta de Peter: el amor es lo más importante del mundo y ninguna mujer puede llegar a comprenderlo. Muy bien. Pero, ¿acaso había en el mundo un hombre capaz de comprenderla a ella? ¿De comprender sus intenciones? ¿Su vida? Clarissa no podía imaginar a Peter o a Richard tomándose la molestia de dar una fiesta sin razón alguna.

Pero profundizando más, por debajo de lo que la gente decía (y estos juicios ¡cuán superficiales, cuán fragmentarios eran!), yendo ahora a su propia mente, ¿qué significaba para ella esa cosa que llamaba vida? Oh, era muy raro. Allí estaba Fulano de Tal en South Kensington; Zutano, en Bayswater; y otro, digamos, en Mayfair. Y

Clarissa sentía muy continuamente la noción de su existencia, y sentía el deseo de reunirlos, y lo hacía. Era una ofrenda; era combinar, crear; pero ¿una ofrenda a quién?

Quizá fuera una ofrenda por amor a la ofrenda. De todos modos, éste era su don. No tenía nada más que fuera importante; no sabía pensar, escribir, ni siquiera sabía tocar el piano. Confundía a los armenios con los turcos; amaba el éxito; odiaba la incomodidad; necesitaba gustar; decía océanos de tonterías; y si alguien le preguntaba qué era el Ecuador, no sabía contestar.

De todos modos, los días se sucedían uno tras otro: miércoles, jueves, viernes, sábado; una tenía que levantarse por la mañana, ver el cielo, pasear por el parque, encontrarse con Hugh Whitbread; y de repente llegó Peter; luego, aquellas rosas; con esto bastaba.

Después de esto, ¡qué increíble resultaba la muerte! El que todo hubiera de terminar; y nadie en el mundo entero llegaría a saber lo mucho que le gustaba todo; llegaría a saber cómo en cada instante...

Se abrió la puerta. Elizabeth sabía que su madre estaba descansando. Entró
muy Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999
Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de
Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

silenciosamente. Se quedó absolutamente quieta. ¿No sería que algún mongol había naufragado ante la costa de Norfolk (como decía la señora Hilbery), y se había mezclado con las señoras Dalloway, quizá cien años atrás? Sí, porque las Dalloway, por lo general eran rubias, con ojos azules; y Elizabeth, por lo contrario, era morena; tenía ojos chinos en la cara pálida, misterio oriental; era dulce, considerada, quieta. De niña, tenía un estupendo sentido del humor; pero ahora, a los diecisiete años, sin que Clarissa pudiera comprenderlo ni siquiera remotamente, se había transformado en una muchacha muy seria, como un jacinto de brillante verde, con capullos de leve color, un jacinto sin sol.

Se estaba muy quieta y miraba a su madre; pero la puerta había quedado entornada, y Clarissa sabía que, más allá de la puerta, estaba la señorita Kilman; la señorita Kilmalz con impermeable, escuchando lo que ellas hablaban.

Sí, la señorita Kilman estaba en pie, fuera, e iba con impermeable, pero tenía sus razones. En primer lugar, era barato; en segundo lugar, la señorita Kilman tenía más de cuarenta años; y, al fin y al cabo, no se vestía para gustar. Además, era pobre, humillantemente pobre. De lo contrario, no hubiera aceptado empleos de gente como los Dalloway; empleos de gentes ricas a quienes gustaba ser amables. Y, dicho sea en justicia, el señor Dalloway había sido amable. Pero la señora Dalloway no. Había sido, simplemente, condescendiente. Procedía de una familia perteneciente a la clase más indigna, la clase de los ricos con un barniz de cultura. Tenían cosas caras en todas partes: cuadros, alfombras, gran número de criados. La señorita Kilman pensaba que tenía pleno derecho a cuanto los Dalloway hacían en su beneficio.

Pero la señorita Kilman había sido estafada. Sí, la palabra no constituía una exageración, porque ¿acaso una chica no tiene derecho a cierta clase de felicidad? Y

la señorita Kilman nunca había sido feliz, por ser tan poco agraciada y tan pobre. Y

luego, cuando se le presentó una buena oportunidad en la escuela de la señorita Dolby, vino la guerra; y la señorita Kilman siempre había sido incapaz de mentir. La señorita Dolby consideró que la señorita Kilman sería más feliz viviendo con personas que compartieran sus opiniones acerca de los alemanes. Tuvo que irse. En realidad, su familia era de origen alemán; su apellido se escribía Kiehlman, en el siglo XVIII, pero su hermano murió en la guerra. A ella la echaron porque no podía aceptar la ficción de que todos los alemanes eran malvados. ¡Tenía amigos alemanes, y los únicos días felices de su vida los había pasado en Alemania! A fin de cuentas, sabía enseñar historia. Tuvo que aceptar lo que le ofrecieran. El señor Dalloway la descubrió, mientras ella trabajaba en casa de los Friend. Y le permitió (lo cual fue verdaderamente generoso por su parte) enseñar historia a su hija. También le daba Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-98-

clases de cultura general y demás. Entonces, en su vida apareció Nuestro Señor (aquí la señorita Kilman inclinaba siempre la cabeza). Había visto la luz hacía dos años y tres meses. Ahora no envidiaba a las mujeres como Clarissa Dalloway; se apiadaba de ellas.

Se apiadaba de estas mujeres y las despreciaba desde lo más hondo de su corazón, mientras permanecía en pie sobre la muelle alfombra, contemplando un viejo grabado de una niña con manguito. Con tanto lujo, ¿qué esperanza cabía albergar de que las cosas, en general, mejorasen? En vez de yacer en el sofá Elizabeth había dicho: Mi madre está descansando, Clarissa Dalloway hubiera debido estar en una fábrica, detrás de un mostrador, ¡la señora Dalloway y todas las demás lindas señoras!

Amarga y ardiendo, la señorita Kilman había entrado en una iglesia hacía dos años y tres meses. En ella oyó predicar al reverendo Edward Whittaker, cantar a los niños del coro; había visto descender las solemnes luces, y fuera por la música o por las voces (cuando estaba sola, en el crepúsculo, encontraba consuelo en el violín; pero el sonido que la señorita Kilman

producía era desgarrador; no tenía oído), lo cierto es que los ardientes y turbulentos sentimientos que hervían y se alzaban en ella quedaron apaciguados mientras estaba sentada allí, y lloró copiosamente, y visitó al señor Whittaker en su domicilio particular, en Kensington. Era la mano de Dios, dijo el señor Whittaker. El Señor le había mostrado el camino. De modo que ahora siempre que los ardientes y dolorosos sentimientos hervían en su seno, este odio hacia la señora Dalloway, este rencor contra el mundo, la señorita Kilman pensaba en Dios. Pensaba en el señor Whittaker. La calma sucedía a la rabia. Una dulce savia le corría por las venas, se le entreabrían los labios, y, en pie junto a la puerta, con su formidable aspecto, con el impermeable, miraba con firme y siniestra serenidad a la señora Dalloway, que salía de la estancia con su hija.

Elizabeth dijo que había olvidado los guantes. Esto se debía a que la señorita Kilman y su madre se odiaban. Elizabeth no podía tolerar el verlas juntas. Subió, corriendo la escalera en busca de los guantes.

Pero la señorita Kilman no odiaba a la señora Dalloway. Orientando la mirada de sus grandes ojos de color grosella hacia Clarissa, mientras observaba su rostro pequeño y rosado, su cuerpo delicado, su frescor y su elegancia, la señorita Kilman pensaba:

¡Insensata! ¡Atontada! ¡No sabes lo que es el dolor ni lo que es el placer!
¡Has empleado tu vida en bagatelas! Y se alzó en ella un poderoso deseo de avasallarla, de desenmascararla. Si hubiera podido derribarla, se hubiera sentido mejor. Pero no era el cuerpo; era el alma y su burla lo que deseaba someter; quería hacer sentir su Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana:
Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-99-

superioridad. Si pudiera hacerla llorar, si pudiera arruinarla, humillarla, hacerla caer de rodillas, gritando ¡Tiene usted razón! Pero esto dependía de la voluntad de Dios, no de la voluntad de la señorita Kilman. Tenía que ser una

victoria religiosa. Se quedó con la mirada ardiente e irritada.

Clarissa estaba verdaderamente escandalizada. ¡Esta cristiana, esta mujer!
¡Esta mujer le había arrebatado su hija! ¡Está en contacto con presencias invisibles! ¡Pesada, fea, vulgar, sin dulzura ni gracia, conoce el significado de la vida!

¿Lleva a Elizabeth a los Almacenes?preguntó la señora Dalloway.

La señorita Kilman dijo que sí. Se quedaron las dos quietas allí. La señorita Kilman no estaba dispuesta a ser amable. Siempre se había ganado la vida. Sus conocimientos de historia moderna eran extremadamente concienzudos. De sus menguados ingresos siempre apartaba ciertas cantidades para donarlas a causas en las que creía, en tanto que aquella mujer no hacía nada, no creía en nada; educaba a su hija. . . ¡Pero ahí estaba Elizabeth, un poco jadeante, hermosa!

Iban a los Almacenes. Y era raro advertir la manera en que, mientras la señorita Kilman seguía en pie, inmóvil (con el poderío y aire taciturno de un monstruo prehistórico, armado para una guerra primitiva), segundo a segundo el concepto de la señorita Kilman iba disminuyendo, la manera en que el odio (que era odio hacia ideas, no hacia personas) se desmoronaba la manera en que la señorita Kilman perdía malignidad, perdía tamaño, iba transformándose, segundo a segundo, en sólo la señorita Kilman, con impermeable, a la que ciertamente Clarissa hubiera querido ayudar.

Ante este desvanecimiento del monstruo, Clarissa se echó a reír. Al decir adiós, se rió.

Y las dos juntas, la señorita Kilman y Elizabeth salieron y bajaron los peldaños.

En un súbito impulso, con violenta angustia, por cuanto aquella mujer le estaba arrebatando a su hija, Clarissa se inclinó sobre la barandilla y gritó:

¡Acuérdate de la fiesta! ¡Acuérdate de la fiesta de esta noche!

Pero Elizabeth ya había abierto la puerta de la calle; pasaba un camión; no

contestó.

¡Amor y religión!, pensó Clarissa, con el cuerpo estremecido, al regresar a la sala.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-100-

¡Cuán detestables, cuán detestables eran! Porque ahora que el cuerpo de la señorita Kilman no estaba ante ella, la idea la abrumó. Las realidades más crueles del mundo, pensó, al verlas torpes, ardientes, dominantes, hipócritas, subrepticamente vigilantes, celosas, infinitamente crueles y carentes de escrúpulos, allí, con impermeable, en el vestíbulo; amor y religión. ¿Acaso había intentado ella alguna vez, convertir a alguien?

¿Acaso no deseaba que cada persona fuera, simplemente, ella misma? Y por la ventana contemplaba a la vieja señora de enfrente que subía la escalera. Que subiera la escalera, si quería; que se detuviera, si quería; y, luego, si quería, que llegara a su dormitorio, cual Clarissa le había visto hacer a menudo, que recorriera las cortinas y que desapareciera por el fondo. En cierta manera, una respetaba aquello a la vieja mirando por la ventana, totalmente ignorante de que era contemplada. Algo solemne había en ello, pero el amor y la religión destruirían aquello, fuera lo que fuese, la intimidad del alma quizá. La odiosa Kilman lo destruiría. Sin embargo, era una visión que a Clarissa le daba ganas de llorar.

El amor también destruía. Todo lo bello, todo lo verdadero desaparecía. Por ejemplo, ahí estaba Peter Walsh. Un hombre encantador, inteligente, con ideas acerca de todo.

Si una quería hablar de Pope, por ejemplo, o de Addison, o sencillamente hablar de cosas intrascendentes o del modo de ser de la gente, o del significado de las cosas, Peter sabía más que nadie; Peter, que tantos libros le

había prestado. Pero había que ver a las mujeres que amaba, vulgares, triviales, ordinarias. Había que ver a Peter enamorado. . . La visitaba, después de tantos años, ¿y de qué le hablaba? Él, nada menos que él. ¡Horrenda pasión!, pensó Clarissa. ¡Degradante pasión! se dijo, pensando en la Kilman y su Elizabeth camino de los Almacenes Army and Navy.

El Big Ben dio la media.

Qué extraordinario fue, raro, sí, conmovedor, ver a la vieja señora (eran vecinas desde hacía largos años) apartarse de la ventana, como si estuviera unida a aquel sonido, con un hilo. Pese a ser gigantesco, algo tenía que ver el sonido con la vieja señora. Abajo, abajo, en mitad de las cosas ordinarias, descendió el dedo, dando solemnidad al momento. La vieja señora quedó obligada, imaginó Clarissa, por aquel sonido, a moverse, a irse, pero, ¿a dónde? Clarissa intentó seguirla, cuando dio la vuelta y desapareció, y aún podía vislumbrar el blanco gorro moviéndose en el fondo del dormitorio. Todavía estaba allí, moviéndose en el extremo opuesto del cuarto. ¿A santo de qué los credos, las plegarias y los impermeables cuando, pensó Clarissa, esto es el milagro, esto es el misterio?; quería decir la vieja dama, a la que podía ver yendo de la cómoda a la mesilla tocador. Todavía podía verla. Y el supremo misterio, que la Kilman quizá dijera había resuelto, o que Peter quizá dijera había resuelto, aunque Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-101-

Clarissa creía que no tenían la más leve idea de la solución, era sencillamente éste: aquí había una habitación; allá, otra. ¿Acaso esto lo solucionaba la religión, el amor?

El amor... Pero he aquí que el otro reloj, el reloj que siempre daba la hora dos minutos después del Big Ben, hizo acto de presencia con el regazo lleno de mil cosas diferentes, que dejó caer, como si nada se pudiera objetar al Big Ben, dictando la ley con su majestad, tan solemne, tan justo, aunque también

era cierto que Clarissa, además, tenía que recordar muchas cosas menudas la señora Marsham, Ellie Henderson, los vasos para los sorbetes, todo género de pequeñas cosas que acudían en tropel, saltando y bailando tras la estela de aquella solemne campanada que yacía plana, como una barra de oro sobre el mar. La señora Marsham, Ellie Henderson, los vasos para los sorbetes: Debía telefonar inmediatamente.

Voluble turbulento, el tardío reloj sonó, tras la estela del Big Ben, con el regazo lleno de bagatelas. Golpeados, quebrados por el ataque de los carruajes, por la brutalidad de los camiones, por el ávido avance de miríadas de hombres angulosos, de mujeres vistosas, por las cúpulas y agujas de edificios oficiales y hospitales, los últimos restos de los misceláneos objetos que llenaban el regazo parecieron chocar como la espuma de una ola fenecida contra el cuerpo de la señorita Kilman, quieta en la calle durante un instante para musitar: Es la carne.

La carne era lo que debía dominar. Clarissa Dalloway la había injuriado. Era de esperar. Pero ella no había triunfado; ella no había dominado la carne. Era fea y torpe, y Clarissa Dalloway se había reído de ella por serlo; y había resucitado sus carnales deseos, ya que le molestaba tener tal aspecto al lado de Clarissa. Y tampoco podía hablar tal como lo había hecho. Pero, ¿por qué deseaba parecerse a ella? ¿Por qué?

Despreciaba a la señora Dalloway desde lo más profundo de su corazón. No era seria.

No era buena. Su vida era un entramado de vanidades y engaños. Sin embargo, Doris Kilman había sido avasallada. En realidad, muy poco le faltó para echarse a llorar cuando Clarissa Dalloway se rió de ella.

Es la carne, es la carne murmuró.

Porque tenía el hábito de hablar en voz alta, para sí. E intentaba dominar este turbulento y doloroso sentimiento, mientras avanzaba por Victoria Street. Rezaba a Dios. No podía evitar el ser fea; no podía permitirse el comprar lindos vestidos.

Clarissa Dalloway se había reído. Pero ella concentraría su mente en

cualquier otra cosa hasta llegar al buzón. De todos modos, le quedaba Elizabeth. Pensaría en otras cosas, pensaría en Rusia hasta llegar al buzón.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-102-

Qué bien se está seguramente en el campo, dijo, tal como le había dicho el señor Whittaker, luchando para dominar aquel violento resentimiento contra el mundo que se había burlado de ella, que había hecho mofa de ella, que la había exiliado, comenzando con aquella indignidad, la indignidad de infligirle un cuerpo desagradable cuya visión la gente no podía soportar. Peinárase como se peinara, su frente seguía pareciéndose a un huevo, blanca y desguarnecida. No había vestido que le sentara bien. Fuese cual fuere el vestido que se comprara. Y, naturalmente, para una mujer esto significaba no conocer jamás a un miembro del sexo opuesto. Para ninguno de ellos sería jamás importante. A veces últimamente tenía la impresión de que, con la salvedad de Elizabeth, sólo vivía para la comida; sus consuelos; su cena, su té; la botella de agua caliente por la noche. Pero era preciso luchar, vencer, tener fe en Dios.

El señor Whittaker le había dicho que ella tenía una finalidad en el mundo. ¡Pero nadie sabía su dolor! Indicando el crucifijo, el señor Whittaker le dijo que Dios lo sabía.

Pero, ¿por qué tenía ella que sufrir cuando otras mujeres, como Clarissa Dalloway, lo evitaban? A través del sufrimiento se alcanza el conocimiento, decía el señor Whittaker.

Había rebasado el buzón, y Elizabeth había entrado en el fresco y pardo departamento de tabacos de los Almacenes Army and Navy, mientras ella murmuraba para sí lo que el señor Whittaker había dicho acerca de la adquisición del conocimiento a través del sufrimiento y la carne.

La carnemurmuró.

Elizabeth la interrumpió: ¿a qué departamento quería ir?

Enaguasdijo con brusquedad, y se metió sin vacilar en el ascensor.

Subieron. Elizabeth la guió por aquí y por allá; la guió en su estado de abstracción, como si fuera una niña grande, un buque de guerra de difícil gobierno. Allí estaban las enaguas, castañas, decorosas, a rayas, frívolas recias, sutiles; y escogió, abstraída, con aire importante, y la dependienta que la atendía la juzgó loca.

Elizabeth estaba un tanto intrigada, mientras hacían el paquete, preguntándose en qué pensaría la señorita Kilman. Tenían que tomar el té, dijo la señorita Kilman, volviendo a la realidad, dominándose. Tomaron el té.

Elizabeth estaba un tanto intrigada, preguntándose si era posible que la señorita Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-103-

Kilman estuviera hambrienta. Se debía a su manera de comer, de comer con intensidad, y de mirar después, una y otra vez, la bandeja de azucarados pastelillos en la mesa contigua, después, cuando una señora y un niño se sentaron a la mesa, y el niño cogió un pastelillo, ¿afectó esto a la señorita Kilman? Sí, la afectó. Había deseado aquel pastelillo, el de color rosado. El placer de comer era casi el único placer puro que le quedaba, ¡e incluso en esto era burlada!

Cuando las personas son felices tienen una reserva a la que acudir, había dicho a Elizabeth, en tanto que ella era como una rueda sin neumático (amaba las metáforas así) estremecida por todos los guijarros. Esto dijo, después de la lección, en pie junto al fuego del hogar, con su bolsa repleta de libros, su cartera de colegial, como decía ella, un martes por la mañana, al término de la

lección. Y también habló de la guerra.

A fin de cuentas, había gentes que no creían que los ingleses tuvieran siempre la razón.

Había libros. Había reuniones. Había otros puntos de vista. ¿Le gustaría a Elizabeth ir con ella a escuchar a Fulano de Tal? (un viejo de aspecto tremendamente extraordinario). Después la señorita Kilman la llevó a cierta iglesia de Kensington donde tomaron el té con un clérigo. La señorita Kilman prestaba libros a Elizabeth. El derecho, la medicina, la política, todas las profesiones están abiertas a las mujeres de tu generación, decía la señorita Kilman. Pero, en cuanto a sí misma hacía referencia, su carrera había quedado totalmente destruida; ¿y acaso la culpa había sido suya? Dios santo, dijo Elizabeth, no.

Y su madre entraba diciendo que había recibido una cesta procedente de Bourton, y que si la señorita Kilman quería flores. Su madre siempre trataba con mucha, mucha amabilidad a la señorita Kilman, pero la señorita Kilman formaba un apretujado haz de flores, y no sabía sostener una conversación ligera, y lo que interesaba a la señorita Kilman aburría a su madre, y ella y la señorita Kilman eran terriblemente amigas; y la señorita Kilman se hinchaba y parecía muy vulgar, pero la señorita Kilman era tremendamente inteligente. Elizabeth nunca había pensado en los pobres. Tenían cuanto deseaban: su madre se desayunaba en cama todos los días; Lucy le servía el desayuno; y le gustaban las viejas porque eran duquesas, descendientes de algún Lord.

Pero la señorita Kilman dijo (uno de aquellos martes por la mañana, al término de la lección): Mi abuelo tenía una tienda de pinturas en Kensington. La señorita Kilman era muy diferente a todas las mujeres que conocía; la hacía sentir a una muy insignificante.

La señorita Kilman se tomó otra taza de té. Elizabeth, con su aire oriental, su inescrutable misterio, estaba sentada perfectamente erguida: no, no quería nada más.

Buscó los guantes, sus guantes blancos. Estaban debajo de la mesa. Pero, ¡ah!, tenía Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999
Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

-104-

que irse. ¡La señorita Kilman no quería dejarla partir! ¡No quería dejar partir a aquel ser juvenil, a aquella hermosa muchacha a la que tan sinceramente amaba! La gran mano de la señorita Kilman se abrió y se cerró sobre la mesa.

Pero quizá todo comenzara a ser un poco aburrido pensó Elizabeth. Y realmente tenía ganas de irse.

Pero la señorita Kilman dijo:

No he terminado todavía.

Naturalmente, Elizabeth decidió esperar. Pero, allí el ambiente estaba un tanto cargado.

¿Irás a la fiesta de esta noche?preguntó la señorita Kilman.

Elizabeth pensaba que seguramente sí; su madre quería que fuera. No debía permitir que las fiestas la absorbieran, dijo la señorita Kilman, cogiendo con los dedos la última porción de un pastel de chocolate.

Las fiestas no la entusiasmaban, dijo Elizabeth. La señorita Kilman abrió la boca, proyectó levemente el mentón al frente y tragó la última porción del pastel de chocolate, limpiándose después los dedos, y revolviendo el té.

Se dio cuenta de que Elizabeth iba a separarse de ella. La angustia fue terrible. Si pudiera cogerla, si pudiera abrazarla, si pudiera hacerla absolutamente suya para siempre y luego morir; sólo esto quería. Pero estar sentada allí, incapaz de pensar algo que decir; ver cómo Elizabeth se ponía en contra de ella; sentir que era repelente incluso para Elizabeth... Esto era demasiado; no pedía soportarlo. Los gruesos dedos se engañaron.

Yo nunca voy a fiestasdijo la señorita Kilman, sólo para evitar que Elizabeth se fuera. No me invitan.

Y mientras lo decía, pensaba que este egotismo era la causa de todos sus males; el señor Whittaker se lo había advertido; pero no podía evitarlo. Había sufrido tan horriblemente.

¿Y por qué van a invitarme?dijo. Soy fea, soy desdichada.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-105-

Le constaba que estas palabras eran una idiotez. Pero aquella gente que pasabagente con paquetes que la despreciabala obligaron a decirlas. De todos modos, ella era Doris Kilman. Tenía título académico. Era una mujer que había desarrollado su carrera en el mundo. Sus conocimientos de historia moderna eran más que respetables.

No me compadezco de mí mismadijo.

Me compadezco, había querido decir, de tu madre, pero no, no podía decir esto a Elizabeth.

Compadezco mucho más a otra gente.

Como un ser atontado que ha sido puesto ante un portón con finalidades ignoradas y que está allí, deseando huir al galope, Elizabeth Dalloway siguió sentada en silencio.

¿Iba la señorita Kilman a decir algo más? Con voz temblorosa, la señorita Kilman dijo:

No te olvides completamente de mí.

En el lejano límite del campo, el ser atontado galopaba aterrado.

La gran mano se abrió y se cerró.

Elizabeth volvió la cabeza. Se acercó la camarera. Había que pagar en el mostrador, dijo Elizabeth, y se fue, sacándole, sintió la señorita Kilman, las mismísimas entrañas de su cuerpo, y tirando de ellas al cruzar la habitación, y después, con un último tirón, inclinó muy cortés la cabeza y desapareció.

Se había ido. La señorita Kilman quedó sentada ante la mesa de mármol, entre los pasteles de chocolate, estremecida una, dos, tres veces por oleadas de sufrimiento. Se había ido. La señora Dalloway había triunfado. Elizabeth se había ido. La belleza se había ido, la juventud se había ido.

Y ella había quedado sentada allí. Se levantó, anduvo con torpe andar por entre las mesillas, balanceándose ligeramente, y alguien fue detrás de ella con el paquete con la enagua, y se perdió, y quedó perdida entre baúles especialmente preparados para ser transportados a la India; luego se encontró en la sección de canastillas y ropas de recién nacido; se encontró entre todas las mercaderías del mundo, percederas y permanentes, jamones, medicamentos, flores, papelería, de diversos olores, ora dulces Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-106-

y ora amargos, y por entre ellas anduvo torpemente; se vio caminando así, con el sombrero torcido, muy roja la cara, de cuerpo entero en un espejo; y por fin salió a la calle.

La torre de la catedral de Westminster se alzó ante ella, habitáculo de Dios. En mitad del tránsito estaba el habitáculo de Dios. Pertinaz, emprendió con su paquete el camino hacia aquel otro santuario, la Abadía, en donde, unidas las manos en forma de tienda de campaña, alzadas ante su rostro, estuvo sentada entre aquellos otros asimismo allí cobijados; entre los fieles de diversa condición, despojados ahora de su rango social, casi de su sexo, alzadas las manos ante sus rostros; pero tan pronto las apartaban, instantáneamente reverentes hombres y mujeres de la clase media inglesa, algunos ansiosos de contemplar las imágenes de cera.

Sin embargo, la señorita Kilman mantuvo la tienda de campaña ante su cara. Ya quedaba abandonada, ya otros se le unían. Nuevos fieles llegaban de la calle y substituían a los desertores, y seguía, mientras la gente miraba alrededor, y arrastrando los pies pasaba ante la tumba del Soldado Desconocido, seguía tapándose los ojos con los dedos, intentando, en esta doble oscuridad, ya que la luz de la Abadía era incorporeal, elevarse por encima de las vanidades, de los deseos, de los bienes materiales, liberándose tanto del odio como del amor. Sus manos se engarfiaron.

Parecía luchar. Sin embargo, para otros, Dios era accesible, y suave el camino que a Él conducía. El señor Fletcher, jubilado funcionario de Hacienda, y la señora Gorham, viuda del famoso Consejero Real, se acercaron a Él sencillamente, y, después de haber orado, se reclinaron en el asiento y gozaron de la música (dulce sonaba el órgano), y vieron a la señorita Kilman en el extremo del banco, rezando y rezando, y, por hallarse todavía en el vestíbulo de su inframundo, comprensivamente la juzgaron un alma que vagaba por su mismo territorio; un alma hecha de substancia etérea; no una mujer, un alma.

Pero el señor Fletcher tenía que irse. Tenía que pasar ante la señorita Kilman y, siendo cual era un hombre repulido, no pudo evitar cierta lástima ante el desorden de aquella pobre señora; con el cabello desgredado; el paquete en el suelo. No le dejó pasar de buenas a primeras. Pero el señor Fletcher se quedó allí, mirando alrededor, mirando los blancos mármoles, los grises ventanales, y los muchos tesoros acumulados allí (estaba extremadamente orgulloso de la Abadía, el señor Fletcher), y, entonces, la corpulencia de la señorita Kilman, su robustez y su fuerza, mientras estaba allí sentada moviendo de vez en cuando las rodillas (tan áspero era el camino que la acercaba a Dios, tan fuertes sus deseos) le impresionaron, tal como habían impresionado a la señora Dalloway (quien no pudo apartar a la señorita Kilman de su pensamiento en toda la Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

tarde), al reverendo Edward Whittaker, y también a Elizabeth.

Y Elizabeth esperaba el autobús en Victoria Street. Era muy agradable hallarse al aire libre. Pensaba que quizá no tenía por qué ir ya directamente a casa. Era tan agradable hallarse al aire libre. Sí, tomaría un autobús. Sin embargo, mientras estaba allí con sus tan bien cortadas ropas, ya comenzaba... Ya comenzaba la gente a compararla con álamos, con la aurora, con jacintos, con gráciles aves, con agua viva, con lirios; y esto transformaba su vida en una carga, ya que prefería mucho más que la dejaran en paz, sola en el campo, para hacer lo que le viniera en gana, pero la comparaban con los lirios, y tenía que ir a fiestas, y Londres era sórdido, en comparación con estar sola en el campo con su padre y los perros.

Los autobuses descendían raudos, se detenían, volvían a ponerse en marcha, formando brillantes caravanas pintadas en destellantes colores rojo y amarillo. Pero, ¿cuál de ellos debía tomar? No tenía preferencias. Aunque, desde luego, no iba a precipitarse.

Tenía tendencia a la pasividad. Lo que necesitaba era expresión, aunque sus ojos eran hermosos, chinos, orientales, y, tal como decía su madre, con unos hombros tan gráciles y gracias a ir siempre muy erguida, daba siempre gusto contemplarla; y últimamente, en especial al atardecer, cuando sentía interés, porque nunca causaba la impresión de estar excitada, parecía muy hermosa, muy señorial, muy serena. ¿Qué podía pensar? Todos los hombres se enamoraban de ella, y ella se sentía terriblemente fastidiada. Sí, porque comenzaba. Su madre se daba cuenta, la ronda de los cumplidos comenzaba. El hecho de que careciera de interés por ejemplo, en los vestidos

preocupaba a veces a Clarissa, aunque quizá no hubiera motivo para ello, si se pensaba en aquellos animalillos suyos, y los conejos de indias enfermos, y, a fin de cuentas, esto le daba cierto encanto. Y ahora había surgido esta extraña amistad con la señorita Kilman. Bueno, pensó Clarissa hacia las tres de la madrugada, mientras leía al Barón Marbot porque no podía dormir, esto demuestra que tiene corazón.

De repente, Elizabeth avanzó y, con gran habilidad, subió al autobús antes que todos los demás. Se sentó en lo alto. El impetuoso serun pirata se lanzó hacia delante, dio un salto al frente; Elizabeth tuvo que cogerse a la

barandilla, ya que aquel pirata era temerario, sin escrúpulos, descendía sin piedad, giraba peligrosamente, arrebatava a un pasajero, o ignoraba a un pasajero, se deslizaba como una anguila, arrogante, y avanzaba luego insolente, desplegadas todas las velas, hacia Whitehall. ¿Y acaso Elizabeth pensó siquiera una vez en la pobre señorita Kilman que la amaba sin celos, y para quien había sido como un pájaro en el aire, como una luna en el prado? Era para ella una delicia el sentirse libre. El aire fresco era delicioso. Estaba tan cargado el ambiente en los Almacenes Army and Navy. Y ahora el ascender velozmente hacia Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-108-

Whitehall era como montar a caballo y ante cada movimiento del autobús el hermoso cuerpo con el vestido leonado reaccionaba libremente, como el de un jinete, como el mascarón de proa de un buque y la brisa la despeinaba un poco; el calor daba a sus mejillas la palidez de la madera pintada de blanco; y sus hermosos ojos, que no tenían otros ojos a los que mirar, miraban al frente, sin expresión, luminosos, con la contemplativa e increíble inocencia de una escultura.

Era siempre aquel hablar tanto de sus penas lo que hacía tan difícil el trato con la señorita Kilman. ¿Y llevaba acaso razón? Si se trataba de ser miembro de comités y de dedicar horas y horas todos los días (en Londres, casi nunca le veía) para ayudar a los pobres, su padre hacía esto, ciertamente, o sea, lo que la señorita Kilman quería decir cuando hablaba de ser cristiano; sin embargo, era muy difícil decir estas palabras. Le gustaría ir un poco más lejos. ¿Un penique más era lo que costaba ir hasta el Strand?

Pues si así era, ahí estaba el otro penique. Iría hasta el Strand.

Le gustaba la gente enferma. Y todas las profesiones están abiertas a la mujeres de tu generación, decía la señorita Kilman. Podía ser médico. Podía ser granjero. Los animales a menudo enferman. Podía ser propietaria de mil

acres y tener subordinados.

Los visitaría en sus casas. Esto era Somerset House. Una podía ser un granjero muy bueno, y esto, cosa rara, aunque parte de la responsabilidad recaía en la señorita Kilman, se debía casi por entero a Somerset House. Tenía un aspecto espléndido, tan serio, aquel gran edificio gris. Y le gustaba la sensación de ver trabajar a la gente. Le gustaban aquellas iglesias, como formas de papel gris, frente al caudal del Strand.

Aquel paraje era distinto de Westminster pensó bajando en Chancery Lane. Era una zona seria activa. En resumen, le gustaría tener una profesión. Sería médico, granjero, posiblemente ocuparía un escaño en el Parlamento si lo juzgaba necesario, y todo debido al Strand.

Los pies de aquella gente dedicada a desarrollar sus actividades, las manos poniendo piedra sobre piedra, las mentes eternamente ocupadas, no en triviales parloteos (comparar a las mujeres con álamos, lo cual era bastante agradable, desde luego, pero muy tonto), sino en pensamientos de barcos, de negocios, de leyes, de administración; todo era tan serio (estaba en el Temple), alegre (allí estaba el río), pío (allí estaba la iglesia) y que le infundió la firme decisión, dijera lo que dijese su madre de ser granjero o médico. Pero, desde luego, era perezosa.

Y más valía no hablar del asunto. Parecía una tontería tan grande. Era la clase de cosa que a una le ocurría cuando estaba sola, entre edificios sin nombre de arquitecto, entre muchedumbres que regresaban del centro de la ciudad y que tenían más poder que los Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-109-

clérigos solos en Kensington, más poder que cualquiera de los libros que la señorita Kilman le había prestado, para estimular lo que yacía dormido, torpe y tímido en el arenoso suelo de la mente, para abrir brecha en la superficie,

tal como de repente un niño estira los brazos; era solamente esto, quizás, un suspiro, un estirar los brazos, un impulso, una revelación, que produce efectos para siempre, y luego descendía y se posaba en el suelo arenoso. Tenía que volver a casa. Tenía que vestirse para la cena.

Pero, ¿qué hora era? ¿Dónde había un reloj?

Miró al frente, hacia Fleet Street. Anduvo un poco, sólo un poco, hacia St. Paul, tímidamente, como alguien que penetra de puntillas, que explora una casa extraña por la noche a la luz de una vela, con el temor de que el dueño de la casa abra de repente de par en par las puertas de su dormitorio y le pregunte a una qué hace allí, y no se atrevió a derivar hacia extrañas callejuelas, tentadoras calles laterales, cual no se atrevería en una casa extraña a abrir puertas que bien podrían ser puertas de dormitorios, o puertas de salas de estar, o puertas directamente conducentes a la bodega. Porque los Dalloway no iban todos los días al Strand; era una pionera, una extraviada, que se había aventurado confiada.

En muchos aspectos, opinaba su madre, ella era extremadamente inmadura, todavía como una niña, encariñada con muñecas, con viejas zapatillas; una perfecta cría; y esto era encantador. Pero desde luego en la familia Dalloway imperaba la tradición del servicio a la nación. Abadesas, rectoras, directoras de escuela, dignatarias, en la república de las mujeres sin que ninguna de ellas fuera brillante, esto eran.

Avanzó un poco más en dirección a St. Paul. Le gustaba la afabilidad, la hermandad, la maternidad, de aquella barahúnda. Le parecía buena. El ruido era tremendo; y de repente sonaron trompetas (los sin trabajo) agudas, elevándose por encima de la barahúnda; música militar; como en un desfile; sin embargo, habían estado muriendo; si una mujer hubiera exhalado su último aliento, y quienquiera que fuera el que lo contemplara abriera la ventana del cuarto en el que la mujer acababa de realizar aquel acto de suprema dignidad y mirara hacia abajo, hacia Fleet Street, aquella barahúnda, aquella música militar, llegaría triunfante hasta él, consoladora, indiferente.

No era algo consciente. No había en ello una revelación del destino o del hado de uno, y precisamente en méritos de esta mismísima razón, incluso para aquellos deslumbrados por la contemplación de los últimos temblores de

conciencia en el rostro de los moribundos, era consolador.

El olvido de la gente puede herir, su ingratitud puede corroer, pero esta voz, murmurando sin cesar, año tras año, lo absorbería todo; este voto; este camión; esta Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-110-

vida; esta procesión; todo lo envolvería y lo arrastraría, tal como en el duro caudal del glaciar el hielo apresa una esquirola de hueso, un pétalo azul, unos robles, y los arrastra consigo.

Pero era más tarde de lo que había creído. A su madre no le gustaría que ella se entregara a este vagabundeo sola. Volvió al Strand.

Un soplo de brisa (a pesar del calor hacía bastante viento) deslizó un negro velo sobre el sol y sobre el Strand. Las caras se difuminaron; los autobuses perdieron de repente su esplendor. Y, a pesar de que las nubes eran montñosamente blancas, de modo que daban ganas de cortar de ellas duras porciones con un hacha, con anchas laderas doradas, prados de celestiales jardines placenteros en los flancos, y tenían todas las apariencias de invariables habitáculos dispuestos para una conferencia de los dioses acerca del mundo, se daba un perpetuo movimiento entre ellas. Se intercambiaban señales cuando, como si se tratara de cumplir un plan trazado de antemano, ya vacilaba una cumbre, ya un bloque de piramidal volumen que inalterable había permanecido en su puesto avanzaba hacia el centro, o encabezaba gravemente la procesión hacia un nuevo punto de anclaje. A pesar de parecer fijas en sus lugares, descansando en perfecta unanimidad, nada podía ser más puro, más libre, más superficialmente sensible, que la superficie blanca como la nieve, o vívidamente dorada; cambiar, quitar, dismantelar el solemne ensamblaje era inmediatamente posible; y, a pesar de la grave fijeza de la acumulada robustez y solidez, ya proyectaban luz sobre la tierra, ya oscuridad.

Con calma y competencia, Elizabeth Dalloway subió al autobús de Westminster.

Yendo y viniendo, guiñando, haciendo señales, así veía Septimus Warren Smith, yacente en el sofá de la sala de estar, las luces y las sombras que ora ponían la pared gris, ora los plátanos de vivo amarillo, ora el Strand gris, ora los autobuses de vivo amarillo; veía el acuoso dorado resplandecer y apagarse, con la pasmosa sensibilidad de un ser vivo, sobre las rosas del papel de la pared. Fuera, los árboles arrastraban sus hojas cual redes por las profundidades del aire; había sonido de agua en la estancia, y a través de las olas llegaban las voces de pájaros cantores. Todas las potencias derramaban sus tesoros sobre la cabeza de Septimus, y su mano reposaba allí, en el respaldo del sofá, tal como la había visto reposar al bañarse, flotando, sobre las olas, mientras a lo lejos, en la playa, oía ladrar a los perros, ladrar a lo lejos. Deja de temer, dice el corazón en el cuerpo; deja de temer.

No tenía miedo. En todo instante, la naturaleza expresaba mediante una riente

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-111-

insinuación, cual aquel punto dorado que daba la vuelta a la pared allí, allí, allí, su decisión de revelar, agitando sus plumas, sacudiendo su cabellera, ondeando su manto hacia aquí y hacia allá, hermosamente, siempre hermosamente, y acercándose para musitar por entre las manos ahuecadas ante la boca palabras de Shakespeare, su significado.

Rezia, sentada ante la mesa y haciendo girar en las manos un sombrero, contemplaba a Septimus; le vio sonreír. Era, pues, feliz. Pero Rezia no podía tolerar verle sonreír.

Aquello no era un matrimonio; no era ser el esposo de una el tener siempre aquel aspecto tan raro, siempre con sobresaltos, riendo, sentado hora tras hora en silencio, o agarrándola y diciéndole que escribiera. El cajón de la mesa

estaba lleno de aquellos escritos; acerca de la guerra; acerca de Shakespeare; acerca de grandes descubrimientos; acerca de la inexistencia de la muerte. Últimamente Septimus se excitaba mucho de repente y sin razón (y tanto el doctor Holmes como Sir William Bradshaw decían que la excitación era lo peor que podía ocurrirle a Septimus), y agitaba las manos, y gritaba que sabía la verdad. ¡Lo sabía todo! Aquel hombre, aquel amigo suyo al que mataron, Evans, había venido, decía. Evans cantaba detrás del biombo. Rezia lo escribía, a medida que Septimus se lo decía. Algunas cosas eran muy hermosas; otras, pura tontería. Y Septimus siempre se paraba a mitad, cambiaba de opinión, quería añadir algo, oía algo nuevo, escuchaba con la mano levantada. Pero Rezia no oía nada.

Y una vez encontraron a la chica encargada de limpiar la habitación leyendo uno de estos papeles y riendo a carcajadas. Fue horroroso. Esto fue causa de que Septimus gritara algo acerca de la humana crueldad, acerca de hacerse trizas mutuamente la gente. A los caídos dijo, los hacen trizas. Holmes nos anda a la caza, decía, y se inventaba historias respecto a Holmes; Holmes comiendo porridge; Holmes leyendo a Shakespeare, riéndose a carcajadas o rugiendo de rabia, ya que el doctor Holmes representaba algo horrible para Septimus. Naturaleza humana, le llamaba. Luego, estaban las visiones. Se había ahogado, decía, y yacía en su acantilado, con las gaviotas lanzando chillidos sobre su cuerpo. Miraba por encima del borde del sofá y veía el mar abajo. O bien oía música. En realidad, se trataba de un organillo o de un hombre gritando en la calle. ¡Qué hermoso! solía gritar, y las lágrimas le resbalaban por las mejillas, lo cual era para Rezia lo más horrible, sí, era horrible ver a un hombre como Septimus, que había luchado y que era valeroso, llorar así. Y yacía, escuchando, hasta que de repente gritaba que se caía, ¡que se caía en las llamas! Y realmente Rezia miraba en busca de llamas, tan cierto parecía. Pero nada había. Estaban solos en el cuarto. Era un sueño, le decía Rezia, con lo que le tranquilizaba al fin, pero a veces también ella quedaba aterrada. Rezia suspiró, mientras cosía.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

Su suspiro fue tierno y encantador, como la brisa en un bosque al atardecer. Ahora dejó las tijeras; ahora se volvió para coger algo que estaba en la mesa. Un leve movimiento, un leve tintineo, un leve golpe, creó algo allí, en la mesa en que Rezia cosía. Por entre las pestañas Septimus podía ver la borrosa silueta de Rezia; su cuerpo menudo y negro; su cara y sus manos; sus movimientos hacia la mesa, al coger un carrete o al buscar (solía perder las cosas) la seda. Estaba confeccionando un sombrero para la hija casada de la señora Filmer, que se llamaba... Había olvidado su nombre.

¿Cómo se llama la hija casada de la señora Filmer?preguntó.

Señora Petersdijo Rezia.

Y añadió que temía que el sombrero fuera demasiado pequeño, mientras lo sostenía ante sí. La señora Peters era una mujer corpulenta; pero Rezia no le tenía simpatía.

Solamente debido a que la señora Filmer había sido muy buena para con ellosMe ha dado un racimo de uvas esta mañana, Rezia quería hacer algo a fin de demostrar que eran agradecidos. Hacía poco, Rezia había entrado en su cuarto al atardecer y había encontrado a la señora Peters, que creía que Rezia y su marido estaban fuera, escuchando el gramófono.

¿De veras?, preguntó Septimus. ¿Escuchaba la señora Peters el gramófono? Sí, ya se lo dijo Rezia cuando ocurrió; había encontrado a la señora Peters escuchando el gramófono.

Muy cautelosamente, Septimus empezó a abrir los ojos, para ver si el gramófono estaba realmente allí. Pero las cosas reales, sí, las cosas reales eran excesivamente excitantes. Debía tener cautela. No quería enloquecer. Primero miró las revistas de modas en la estantería inferior, luego, gradualmente, miró el gramófono con su verde trompeta. Nada podía ser más exacto. Y así, cobrando valor, miró el aparador, la bandeja con plátanos, el grabado de la Reina Victoria y el Príncipe Consorte, la repisa del hogar con el jarrón de rosas. Ni una de estas cosas se movía. Se estaban todas quietas; eran todas reales.

La señora Peters tiene mala lenguadijo Rezia. ¿Y qué hace el señor Peters?
preguntó Septimus.

Ahdijo Rezia, esforzándose en recordar. Pensó que la señora Filmer le había dicho que el señor Peters era viajante de una empresa y añadió: Ahora está en Hull.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-113-

Sí, precisamente ahora está en Hull.

¡Precisamente ahora! Lo había dicho con su acento italiano. La propia Rezia lo había dicho. Con la mano Septimus formó pantalla ante los ojos para ver solamente un trozo de la cara de Rezia, e irlo viendo poco a poco, primero la barbilla, luego la nariz, después la frente, no fuera que estuviera deformado o que tuviera una horrenda marca.

Pero no, allí estaba Rezia, perfectamente natural, cosiendo, con la boca cerrada tal como la cierran las mujeres, con aquella expresión fija, melancólica, que tienen cuando cosen. Pero no había nada terrible en ella se dijo Septimus, mirando por segunda vez, por tercera vez, la cara de Rezia, sus manos, puesto que ¿había algo terrible o repugnante en ella, sentada allí, a la clara luz del día, cosiendo? La señora Peters tenía mala lengua. El señor Peters estaba en Hull. Entonces, ¿por qué rabiar y profetizar? ¿Por qué huir azotado y perseguido? ¿Por qué las nubes le hacían sollozar y temblar? ¿Por qué buscar verdades y difundir mensajes, cuando Rezia estaba sentada, clavando agujas en la parte frontal de su vestido, y el señor Peters estaba en Hull? Milagros, revelaciones, angustias, soledad, el caer a través del mar, abajo y abajo, en las llamas, todo había desaparecido, porque tenía la sensación, mientras miraba cómo Rezia adornaba el sombrero de paja de la señora Peters, de estar cubierto de flores.

Es demasiado pequeño para la señora Petersdijo Septimus.

¡Por primera vez en largos días, había hablado como solía! desde luego, lo era; absurdamente pequeño, dijo Rezia. Pero la señora Peters lo había elegido.

Septimus se lo quitó de las manos a Rezia. Dijo que parecía el sombrero de un mono amaestrado a tocar el organillo.

¡Qué risa le dieron estas palabras a Rezia! Hacía semanas que no habían reído tanto juntos, bromeando en la intimidad, cual corresponde a los casados. Para Rezia, esto significaba que, si en aquel momento hubiera entrado la señora Filmer o la señora Peters o cualquiera, no hubieran comprendido la razón por la que ella y Septimus se reían.

¡Ahí va!dijo Rezia, mientras ponía una rosa en uno de los lados del sombrero.

¡Jamás se había sentido tan feliz! ¡Nunca en la vida!

Pero ahora era todavía más ridículo, dijo Septimus. Ahora la pobre mujer parecería un Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-114-

cerdo en una feria. (Nadie hacía reír a Rezia tanto como Septimus.)

¿Qué guardaba en el cesto de labores? Guardaba cintas, cuentas, borlas, flores artificiales. Rezia volcó la cesta en la mesa. Septimus comenzó a juntar colores dispares, porque, aun cuando era de dedos torpesni siquiera sabía hacer un paquete

, tenía una vista maravillosa, y a menudo acertaba, a veces era absurdo, desde luego, pero otras veces tenía maravillosos aciertos.

Mientras cogía esto y aquello, con Rezia arrodillada a su lado y mirando por

encima de un hombro, Septimus murmuró:

¡La señora Peters tendrá un hermoso sombrero!

Ahora estaba terminado, es decir, el proyecto estaba terminado, por cuanto Rezia tendría que coserlo. Pero debía andar con mucho, pero que mucho cuidado, dijo Septimus, a fin de que quedara tal como él lo había proyectado.

Y Rezia cosió. Cuando Rezia cosía, pensó Septimus, producía un sonido como el de una olla en el fuego; burbujeante, murmurante, siempre ajetreada, con sus fuertes, pequeños y agudos dedos pellizcando, oprimiendo; y la aguja destellando, muy recta.

El sol podía ir y venir, en las borlas, en el papel de la pared, pero él esperaría, pensó, estirando los pies, contemplando el calcetín con círculos, al término del sofá; esperaría en aquel cálido lugar, en aquella bolsa de aire quieto, a que uno llega en el linde del bosque a veces al atardecer, en donde, debido a una depresión del terreno o a cierta disposición de los árboles (hay que ser científico, sobre todo científico), el calor se asienta, y el aire golpea la mejilla como el ala de un pájaro.

Dando vueltas al sombrero de la señora Peters en la punta de los dedos, Rezia dijo:

Ya está. Por el momento, ya está. Luego. . .

Su frase se deshizo en burbujas, y goteó, goteó, goteó, como un satisfecho grifo que no se ha cerrado debidamente.

Era maravilloso. Jamás había hecho Septimus algo que le dejara tan orgulloso de sí mismo. Era tan real, tan tangible, el sombrero de la señora Peters.

Míralo dijo.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

Y sí, Rezia sería siempre feliz contemplando el sombrero. Septimus había vuelto a ser él mismo, y se había reído. Habían estado juntos y a solas, los dos. A Rezia siempre le gustaría aquel sombrero.

Septimus le dijo que se lo probara.

Corriendo hacia el espejo, y mirándose primero por un lado y luego por el otro, Rezia dijo:

Debo de tener un aspecto rarísimo.

Y se arrancó el sombrero de la cabeza porque sonó un golpe en la puerta. ¿Sería Sir William Bradshaw? ¿Venía ya a buscar a Septimus?

¡No! Sólo era la niña con el diario de la tarde.

Lo que siempre ocurría ocurrió entonces, lo que ocurría todos los atardeceres de sus vidas. La niña flaca se chupaba el pulgar en la puerta; Rezia se puso de rodillas; Rezia le hizo carantoñas y la besó; Rezia sacó una bolsa de caramelos del cajón de la mesa.

Así ocurría siempre. Primero una cosa, luego otra. Y así fue comportándose Rezia, primero una cosa, luego otra. Danzando, deslizándose, alrededor y alrededor de la estancia. Septimus cogió el periódico. El Surrey iba lanzado, leyó. Había una ola de calor. Rezia repitió que el Surrey iba lanzado, había una ola de calor, y esto formaba parte del juego con la nieta de la señora Filmer, riendo las dos, parlotando al mismo tiempo. Septimus estaba muy cansado. Era muy feliz. Cerró los ojos. Iba a dormir. Pero tan pronto dejó de ver, los sonidos del juego se debilitaron y parecieron extraños, y sonaron como gritos de gente que buscara sin hallar, y se alejara más y más. ¡Le habían perdido!

Aterrado, tuvo un sobresalto. ¿Y qué vio? La bandeja con los plátanos en el aparador.

En la estancia no había nadie (Rezia había llevado a la niña al lado de su

madre; era la hora de acostarla). Era esto: estar solo para siempre. Esta fue la condena pronunciada en Milán, cuando entró en aquella habitación y las vio cortando formas en tela de bocacé, con las tijeras; estar solo para siempre.

Estaba solo, con el aparador y los plátanos. Estaba solo, a la intemperie en aquella altura, tumbado, aunque no en la cumbre de una colina, no en un acantilado, sino en el sofá de la sala de la señora Filmer. ¿Y las visiones, las caras, las voces de los muertos, dónde estaban? Ante él se alzaba una pantalla con negros juncos y azules

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-116-

golondrinas. Allí donde otrora viera montañas, viera rostros, viera belleza, había una pantalla.

¡Evans! grito.

No obtuvo respuesta. Una rata había chillado o una cortina se había agitado. Aquellas eran las voces de los muertos. La pantalla, la pala del carbón, el aparador, quedaban con él. Más valía, entonces, enfrentarse con la pantalla, con la pala del carbón, con el aparador... Pero Rezia entró bruscamente en la estancia parloteando.

Había llegado una carta. Todos los planes quedaban alterados. A fin de cuentas, la señora Filmer no podría ir a Brighton. No había tiempo para advertir a la señora Williams, y realmente Rezia pensó que era muy, muy molesto, cuando posó la vista en el sombrero y pensó... quizá... podría hacer un pequeño... Su voz murió en satisfecha melodía.

¡Ah, maldición! gritó Rezia.

(Los dos se reían con las maldiciones que a veces soltaba Rezia.) La aguja se había quebrado. Sombrero, niña, Brighton, aguja. Así lo fue pensando Rezia;

primero una cosa, luego, otra, lo fue pensando, mientras cosía.

Rezia quería que Septimus le dijera si al cambiar el lugar de la rosa había mejorado el sombrero. Estaba sentada en el extremo del sofá.

Ahora eran perfectamente felices, dijo de repente Rezia, dejando el sombrero. Porque ahora podía decir cualquier cosa. Podía decirle cuanto le viniera a la cabeza. Esto fue casi lo primero que Rezia sintió, con respecto a Septimus, aquella noche, en el café, cuando llegó con sus amigos ingleses. Septimus entró, un tanto tímido, mirando alrededor, y se le cayó el gorro cuando quiso colgarlo. Lo recordaba bien. Rezia sabía que era inglés, aunque no uno de aquellos ingleses corpulentos que su hermana admiraba, ya que siempre fue delgado; pero tenía el color lozano y hermoso; y con su gran nariz, su ojos brillantes, su manera de estar sentado, algo encorvado, le trajo a la mente la imagen, a menudo decía Rezia a Septimus, de un joven halcón, aquella primera tarde en que le vio, cuando estaban jugando al dominó y él entró, como un joven halcón; pero siempre fue amable para con ella. Nunca le vio enfurecido o borracho sólo sufriendo, a veces, a causa de aquella terrible guerra, pero incluso en este caso, cuando ella llegaba, Septimus se olvidaba de todo. Cualquier cosa, cualquier cosa del mundo, cualquier pequeño contratiempo en su trabajo, cualquier Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-117-

cosa que le daba la gana decir, la decía Rezia, y Septimus la comprendía inmediatamente. Ni siquiera con su familia le ocurría esto. Por ser mayor que ella y por ser tan inteligente era muy serio, ¡y quería que Rezia leyera a Shakespeare, antes de que siquiera pudiese leer un cuento para niños en inglés!, por ser mucho más experimentado, la podía ayudar. Y también ella podía ayudarle a él.

Pero, ahora, estaba el sombrero. Y después (se estaba haciendo tarde), Sir William Bradshaw.

Rezia se llevó las manos a la cabeza, en espera de que Septimus dijera si el sombrero le gustaba o no, y mientras Rezia estaba sentada allí, esperando, baja la vista, Septimus percibía su mente, como un pájaro dejándose caer de rama en rama, y posándose siempre perfectamente; podía seguir su mente, mientras Rezia estaba sentada allí, en una de aquellas lascias posturas que adoptaba naturalmente, y si Septimus decía algo, Rezia sonreía inmediatamente, como un pájaro posándose, firmes las garras, en una rama.

Pero Septimus recordó. Bradshaw había dicho: Las personas a las que más amamos no son buenas para nosotros, cuando estamos enfermos. Bradshaw había dicho que debían enseñarle a descansar. Bradshaw había dicho que Rezia y él debían estar separados.

Deber, deber, deber, ¿por qué deber? ¿Qué autoridad tenía Bradshaw sobre él?

¿Qué derechos tiene Bradshaw a decirme lo que debo hacer?preguntó.

Es porque hablaste de matarte repuso Rezia. (Afortunadamente, ahora, Rezia podía decirle cualquier cosa a Septimus.)

¡Estaba en poder de aquellos hombres! ¡Holmes y Bradshaw le iban a dar caza! ¡El bruto con los rojos orificios de la nariz husmeaba todos los lugares secretos! ¡Podía hablarle de deber! ¿Dónde estaban sus papeles? ¿Las cosas que había escrito?

Rezia le trajo los papeles, las cosas que Septimus había escrito, las cosas que Rezia había escrito, dictándoselas él. Rezia los arrojó sobre el sofá. Los miraron juntos.

Diagramas, dibujos, mujeres y hombres pequeñitos blandiendo palos en vez de brazos, con alas¿eran alas?en la espalda; círculos trazados resiguiendo monedas de chelín y seis peniques, soles y estrellas; precipicios en zig-zag con montañeros atados Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

con cuerdas, ascendiendo, exactamente igual que cuchillos y tenedores; porciones de mar con menudas caras riendo desde lo que bien pudieran ser olas: el mapa del mundo.

¡Quémalos!, gritó Septimus. Y ahora sus escritos; cómo cantan los muertos tras los rododendros; odas al Tiempo; conversaciones con Shakespeare; Evans, Evans, Evans, sus mensajes de los muertos; no cortéis los árboles; dilo al Primer Ministro, Amor universal; el significado del mundo. ¡Quémalos!, gritó Septimus.

Pero Rezia cogió los papeles. Pensaba que, en algunos, había cosas muy hermosas. Los ataría (no tenía ni un sobre) con una cinta de seda.

Incluso en el caso de que se lo llevaran, dijo Rezia, ella iría con él. No podían separarlos en contra de su voluntad, dijo Rezia.

Golpeando los bordes hasta que quedaron alineados, Rezia amontonó los papeles, y ató el montón casi sin mirarlo, sentada cerca de Septimus, a su lado, como si, pensó Septimus, los pétalos rodearan su cuerpo. Rezia era un árbol florido; y a través de sus ramas asomaba la cara de un legislador, y había llegado a un refugio en el que ella no temía a nadie; ni a Holmes; ni a Bradshaw; era un milagro, un triunfo, el último y el más grande. Vacilante, la vio ascender la aterradora escalera, cargada con Holmes y Bradshaw, hombres que pesaban más de ochenta kilos, que mandaban a sus esposas a la Corte, hombres que ganaban diez mil al año y que hablaban de proporción, que emitían veredictos discrepantes (Holmes decía una cosa, y Bradshaw decía otra), a pesar de lo cual eran jueces, y mezclaban las visiones con el aparador, y no veían nada con claridad, y, sin embargo, mandaban, infligían.

¡Ya está! dijo Rezia.

Los papeles estaban atados. Nadie los cogería. Rezia iba a esconderlos.

Y Rezia dijo que nada podría separarlos. Estaba sentada a su lado y le llamó por el nombre de aquel halcón o cuervo que, siendo maligno y gran destructor de cosechas, se parecía a él precisamente. Nadie podría separarlos,

dijo Rezia.

Después se levantó y entró en el dormitorio para hacer las maletas, pero, al oír voces en el piso inferior y pensar que quizá había llegado el doctor Holmes salió corriendo para evitar que subiera.

Septimus la oyó hablando con Holmes en la escalera.

Mi querida señora, he venido en calidad de amigo decía Holmes.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-119-

No. No permitiré que vea a mi marido dijo Rezia.

Septimus la imaginaba, como una pequeña gallina, abierta las alas, impidiendo el paso a Holmes. Pero él insistió.

Mi querida señora, permítame... dijo Holmes, apartando a Rezia (Holmes era un hombre fornido).

Holmes subía la escalera. Holmes abría violentamente la puerta. Holmes diría:

¿Conque aterrizado, eh? Y le atraparía. Pero no; no sería Holmes; ni sería Bradshaw. Levantándose un tanto vacilante, en realidad saltando de un pie a otro, Septimus se fijó en el hermoso y limpio cuchillo de cortar el pan de la señora Filmer, con la palabra Pan grabada en el mango. Ah, no, no debía ensuciarlo. ¿El gas? Era ya demasiado tarde. Holmes se acercaba. Navajas barberas sí las tenía, pero Rezia, que siempre hacía cosas así, ya las había metido en la maleta. Sólo quedaba la ventana, la amplia ventana de la casa de huéspedes de Bloomsbury; y el cansado, molesto y un tanto melodramático asunto de abrir la ventana y tirarse abajo. Esta era la idea que ellos tenían de lo que es una tragedia, no él o Rezia (Rezia estaba a su lado). A Holmes y a

Bradshaw les gustaba esa clase de asuntos. (Septimus se sentó en el alféizar.) Pero esperaría hasta el último instante. No quería morir. Vivir era bueno. El sol, cálido.

¿Sólo eres humano? Mientras bajaba la escalera, enfrente, un viejo se detuvo y le miró.

Holmes estaba ante la puerta.

¡Debo entrar! gritó, y violentamente, vigorosamente, avanzó hacia la sala de la señora Filmer.

Al abrir con brusquedad la puerta, el doctor Holmes gritó:

¡El cobarde!

Rezia corrió a la ventana, vio; comprendió. El doctor Holmes y la señora Filmer chocaron. La señora Filmer se quitó el delantal y tapó los ojos de Rezia en el dormitorio. Hubo muchas corridas, escalera arriba, escalera abajo. El doctor Holmes entró, blanco como una sábana, todo él tembloroso, con un vaso en la mano. Rezia tenía que ser valiente y beber algo, dijo (¿qué era?, ¿sería dulce?), porque su marido estaba horriblemente herido, no recobraría el conocimiento. Rezia no debía verle, debía ahorrarse cuantos sufrimientos pudiera, tendría que soportar la investigación judicial, pobre mujer. ¿Quién hubiera podido preverlo? Un impulso repentino no cabía culpar a nadie (dijo el doctor Holmes a la señora Filmer). Y por qué diablos lo hizo; el doctor Holmes no podía entenderlo.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-120-

A Rezia le parecía, mientras bebía el dulce líquido, que estaba abriendo alargadas ventanas, y por ellas salía a cierto jardín. Pero, ¿dónde? El reloj

daba la hora, una, dos, tres, cuán sensato era el sonido; comparado con esos sordos golpes y murmullos; como el propio Septimus. Rezia se estaba durmiendo. Pero el reloj siguió sonando, cuatro, cinco, seis, y la señora Filmer, agitando su delantal (¿no trasladarían el cuerpo aquí, verdad?), parecía formar parte de aquel jardín; o una bandera. Rezia había visto una bandera ondeando lentamente en un mástil, cuando estuvo en casa de su tía, en Venecia. A los hombres muertos en la guerra se les saludaba así, y Septimus había estado en la guerra. Los recuerdos de Rezia eran casi todos felices.

Se puso el sombrero y cruzó corriendo campos de trigo ¿dónde podía ser? hasta llegar a una colina, en algún lugar cerca del mar, puesto que había barcos, gaviotas y mariposas; se sentaron en un acantilado. También en Londres se sentabas allí, y medio entre sueños, a través de la puerta del dormitorio, le llegó el caer de la lluvia, murmullos, movimientos entre trigo seco, la caricia del mar que, le parecía a Rezia, los alojaba en su arqueada concha y, murmurando en su oído, la dejaba en la playa, donde se sentía como derramada, como flores volando sobre una tumba.

Sonriendo a la pobre vieja que la protegía con sus honrados ojos azul claro fijos en la puerta (¿no lo trasladarían aquí, verdad?), Rezia dijo:

Ha muerto.

Pero la señora Filmer le quitó importancia al asunto. ¡Oh, no, oh, no! Ahora se lo llevaban. Esto era algo que Rezia debía saber. Los casados tienen que estar juntos, pensaba la señora Filmer. Sin embargo había que hacer lo que los médicos mandaban.

Dejémosla dormir dijo el doctor Holmes, tomándole el pulso.

Rezia vio la maciza silueta del doctor Holmes recortada en negro contra la ventana. Sí, aquel hombre era el doctor Holmes.

Uno de los triunfos de la civilización, pensó Peter Walsh. Esto es uno de los triunfos de la civilización, mientras oía el alto y ligero sonido de la campana de la ambulancia.

Rápida, limpia, la ambulancia se dirigía veloz al hospital, después de haber recogido Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-121-

instantánea y humanamente a algún pobre diablo; a algún tipo golpeado en la cabeza, abatido por la enfermedad, atropellado quizás hacía un minuto en alguna de aquellas encrucijadas, cosa que puede ocurrirle a uno mismo. Esto era la civilización. Le sorprendió, al llegar de Oriente, la eficiencia, la organización, el espíritu comunitario de Londres. Todos los coches y carruajes, por propia y libre voluntad, se echaban a un lado para dar paso a la ambulancia. Quizá fuese morboso, o quizá fuera un tanto conmovedor, el respeto que mostraban hacia aquella ambulancia, con la víctima dentro, los ajetreados hombres que regresaban presurosos al hogar, pero que instantáneamente, al pasar la ambulancia, pensaban en alguna esposa; y cabía presumir que muy fácilmente hubieran podido ser ellos quienes se encontrarán tumbados en una mesa, con un médico y una enfermera. Sí, pero pensar devenía morboso, sentimental, y uno comenzaba a evocar médicos y cadáveres; cierto calorillo de placer, cierto gusto, también, producidos por las impresiones visuales, le aconsejaban a uno no prolongar aquella actitud, fatal para el arte, fatal para la amistad.

Cierto. Y sin embargo, pensó Peter Walsh, mientras la ambulancia doblaba la esquina, aun cuando el alto y ligero sonido de la campana podía oírse en la calle siguiente, e incluso mas lejos, al cruzar Tottenham Court Road, sonando sin cesar, es el privilegio de la soledad; en la intimidad, uno puede hacer lo que le dé la gana. Si nadie le veía a uno, uno podía llorar. Había sido la causa de sus males esta susceptibilidad en la sociedad angloindia; no llorar en el momento oportuno, y tampoco reír. Es algo que llevo dentro de mí, pensó, en pie junto al buzón, algo que ahora puede resolverse en lágrimas. Sólo Dios sabe por qué. Probablemente se debe a cierta especie de belleza, y al peso del día que, comenzando con aquella visita a Clarissa, le había agotado con su calor, su intensidad, y el goteo, goteo de una impresión tras otra, descendiendo a aquel sótano en que se encontraban, profundo y oscuro, sin

que nadie jamás pudiera saberlo. En parte por esta razón, por su carácter secreto, completo e inviolable, la vida le había parecido un desconocido jardín, lleno de vueltas y esquinas, sorprendente, sí; realmente le dejaban a uno sin resuello, aquellos momentos; y acercándose a él, allí, junto al buzón frente al Museo Británico, había uno, un momento, en el que las cosas se juntaban; esta ambulancia; y la vida y la muerte. Era como si fuese aspirado hacia arriba, hasta un tejado muy alto, por una oleada de emoción, y el resto de su persona, como una playa moteada de blancas conchas quedara desierto. Había sido la causa de sus males en la sociedad angloindia, esta susceptibilidad.

Clarissa, viajando en el piso superior de un autobús yendo con él a algún sitio, Clarissa, por lo menos en la superficie, tan fácilmente impresionable, ora desesperada, ora con sumo optimismo, siempre vibrante en aquellos días, y tan buena compañía, descubriendo pequeñas escenas, nombres, gente, desde el piso superior de un autobús, sí, ya que solían explorar juntos Londres, y regresar con bolsas repletas de tesoros Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-122-

comprados en el mercado escocés, Clarissa tenía, en aquellos días, una teoría, tenían los dos montones de teorías, siempre teorías, cual tienen los jóvenes. Explicaba la insatisfacción que sentían; de no conocer a la gente; de no ser conocidos. Sí, ya que

¿cómo iban a conocerse entre sí? Se veían todos los días; luego no se veían en seis meses o en años. Era insatisfactorio, acordaron, lo poco que se conocía a la gente. Pero, dijo Clarissa, sentada en el autobús que ascendía por Shaftesbury Avenue, ella se sentía en todas partes; no aquí, aquí, aquí; y golpeó el respaldo del asiento; sino en todas partes. Clarissa agitó la mano, mientras ascendían por Shaftesbury Avenue. Ella era todo aquello. De manera que, para conocer a Clarissa, o para conocer a cualquiera, uno debía buscar a la gente que lo completaba; incluso los lugares. Clarissa tenía raras

afinidades con personas con las que nunca había hablado, con una mujer en la calle, un hombre tras un mostrador, incluso árboles o graneros. Y aquello terminaba con una teoría trascendental que, con el horror de Clarissa a la muerte, le permitía creer, o decir que creía (a pesar de todo su escepticismo) que, como sea que nuestras apariencias, la parte de nosotros que aparece, son tan momentáneas en comparación con otras partes, partes no vistas, de nosotros, que ocupan amplio espacio, lo no visto puede muy bien sobrevivir, ser en cierta manera recobrado, unido a esta o aquella persona, e incluso merodeando en ciertos lugares, después de la muerte. Quizá, quizá.

Recordando su larga amistad de casi treinta años con Clarissa, su teoría resultaba válida. A pesar de que sus encuentros fueron breves, fragmentados y a menudo penosos, y debían tenerse también en cuenta las ausencias de Peter y las interrupciones (por ejemplo, esta mañana entró Elizabeth, como una piernilarga potranca, guapa y tonta, precisamente cuando él comenzaba a hablar a Clarissa), el efecto de los mismos en su vida era inconmensurable. Había cierto misterio en ello. Uno recibía una semilla, aguda, cortante, incómoda, que era el encuentro en sí; casi siempre horriblemente penoso; pero en la ausencia, en los más improbables lugares, la semilla florecía, se abría, derramaba su aroma, le permitía a uno tocar, gustar, mirar alrededor, tener la sensación total del encuentro, su comprensión, después de haber permanecido años perdido. De esta manera regresaba Clarissa a él; a bordo de un barco; en el Himalaya; evocada por los más raros objetos (del mismo modo, Sally Seton, ¡ave generosa y entusiasta!, pensaba en él cuando veía hortensias azules). Clarissa había ejercido en él más influencia que cualquier otra persona, entre todas las que había conocido. Y

siempre de esta manera, yendo a él sin que él lo deseara, fría, señorial, crítica; o arrebatadora, romántica, evocando un campo inglés o una cosecha. La veía casi siempre en el campo, no en Londres. Una escena tras otra en Bourton. . .

Había llegado a su hotel. Cruzó el salón con los montículos de los sillones y sofás rojizos, con sus plantas de hojas en forma de punta de lanza y de marchito aspecto.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

-123-

Descolgó del clavo la llave. La señorita le dio unas cuantas cartas. Subió. La veía casi siempre en Bourton, a fines de verano, cuando él pasaba allí una semana, e incluso dos como hacía la gente en aquellos tiempos. Primero, en la cumbre de una colina, en pie, con las manos en el cabello agitado el manto por el viento, señalando, gritándoles.

Abajo, veía el Severn. O bien en el bosque, poniendo el cazo a hervir, con dedos muy torpes; el humo se inclinaba en una reverencia, y les daba en la cara; y tras el humo aparecía la carita rosada de Clarissa; o pidiendo agua en una casita de campo a una vieja, que salía a la puerta para verles partir. Ellos iban siempre a pie; los otros, en carruaje. Le aburría ir en carruaje, todos los animales le desagradaban, salvo aquel perro. Millas de carretera recorrían. Ella se detenía para orientarse, le guiaba a través de los campos; y siempre discutían, hablaban de poesía, hablaban de gente, hablaban de política (en aquel entonces Clarissa era radical); no se daba cuenta de nada salvo cuando ella se detenía, lanzaba una exclamación ante una vista o un árbol, y le invitaba a mirarlo con ella; y seguían adelante, a través de campos con maleza, ella delante, con una flor para su tía, sin cansarse jamás de caminar pese a lo delicada que era; para ir a parar a Bourton, al ocaso. Luego, después de la cena, el viejo Breitkopf abría el piano y cantaba sin rastro de voz, y ellos, hundidos en sendos sillones, se esforzaban en no reír, pero siempre cedían y se echaban a reír, a reír de nada. Suponían que Breitkopf no se daba cuenta. Y luego, por la mañana, paseaban arriba y abajo, ante la casa, como nevatillas...

¡Carta de ella! El sobre azul; y aquella era su letra. Y tendría que leerla. He aquí otro encuentro que sería penoso. Leer aquella carta requería efectuar un tremendo esfuerzo. Cuán delicioso había sido verle. Tenía que decírselo. Esto era todo.

Pero le alteró. Le enojó. Hubiera preferido que no le hubiese escrito. Aquella carta, después de sus pensamientos, era como un codazo en las costillas. ¿Por qué no le dejaba a solas y en paz? A fin de cuentas, se había casado con

Dalloway, y había vivido con él en perfecta felicidad todos aquellos años.

Estos hoteles, no son lugares reconfortantes. Ni mucho menos. Innúmeras personas habían colgado el sombrero en aquellos colgadores. Incluso las moscas, a poco que uno pensara en ello, se habían posado en otras narices. Y, en cuanto a aquella limpieza que le hería la vista, no era limpieza sino, antes bien, desnudez, frigidez; algo obligado.

Seguramente una árida matrona recorría el lugar al alba, olisqueando, mirando, obligando a muchachas con la nariz azul a fregar, fregar y fregar, como si el próximo visitante fuera una tajada de carne que se debía servir en bandeja perfectamente limpia. Para dormir, una cama; para sentarse, un sillón; para limpiarse los dientes y afeitarse el mentón, un vaso, un espejo. Los libros, las cartas, la bata, descansaban aquí Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-124-

y allá, en la impersonalidad del lugar, como incongruentes impertinencias. Y era la carta de Clarissa la causa de que viera todo lo dicho. Cuán delicioso ha sido verte.

Tenía que decirlo. Dobló el papel, lo apartó de sí, ¡nada le induciría a volverlo a leer!

Para que la carta le llegara a las seis, forzosamente tuvo que haberse sentado a escribirla inmediatamente después de que él se fuera, ponerle el sello, y ordenar a alguien que la echara al buzón. Era, como la gente suele decir, muy propio de ella. Su visita la había impresionado. Habían sido fuertes los sentimientos; por un momento, cuando Clarissa le besó la mano, Clarissa lamentó, incluso le envidió, posiblemente recordó (lo vio en su mirada) algo que él había dicho, quizá que entre los dos cambiarían el mundo si accedía a casarse con él; en tanto que ahora era esto; era la media edad; era la mediocridad; luego Clarissa se obligó a sí misma, con su indomable vitalidad,

a echar a un lado todo lo anterior, por cuanto había en ella una fibra vital que en cuanto a dureza, resistencia, capacidad de salvar obstáculos y de llevarla triunfalmente adelante, superaba en mucho todo lo que Peter había visto en su vida. Sí, pero se había producido una reacción en cuanto él salió del cuarto. Había sentido sin duda una terrible lástima de él; había pensado qué podría hacer para complacerle (cualquier cosa menos la única eficaz), y Peter Walsh la veía con las lágrimas resbalándole por las mejillas, yendo a la mesa escritorio y escribiendo veloz aquella línea que le había dado la bienvenida al llegar. .. ¡Delicioso verte! Y era sincera.

Ahora Peter Walsh se desató los cordones de las botas.

Pero no hubiese sido un éxito, su matrimonio. Lo otro, a fin de cuentas, se producía de una forma mucho más natural.

Era raro, era verdad; muchas personas lo sentían. Peter Walsh, que había vivido respetablemente, que había desempeñado los usuales cargos con competencia, que despertaba simpatías, aunque se le consideraba un tanto excéntrico y petulante, era raro, sí, que él hubiera tenido, especialmente ahora que su cabellera gris, cierto aspecto de satisfacción, aspecto de contar con reservas. Y esto era lo que le daba atractivo ante las mujeres, a quienes les gustaba la sensación de que Peter Walsh no era totalmente viril. Había algo insólito en él, había algo detrás de él. Quizá fuera su afición a los libros; cuando iba de visita, siempre cogía el libro que había sobre la mesa (ahora leía, con los cordones de las botas arrastrando por el suelo); quizá se debiera a que era un caballero, lo cual se veía en la manera en que sacudía la cazoleta de la pipa para vaciar la ceniza, y, desde luego, en sus modales al tratar con mujeres. Y era encantador, y absolutamente ridículo, ver cómo cualquier chica sin un gramo de sentido común le manejaba a su antojo con la más pasmosa facilidad. Aunque la chica tenía que aceptar Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

los riesgos inherentes. Es decir, pese a lo fácil que era el trato con él, y a que con su alegría y buena crianza su compañía resultaba fascinante, también en esto tenía sus límites. Ella decía algo; pues no, no; Peter Walsh veía la falacia. Aquello no lo toleraba; no, no. Y, luego, era capaz de gritar y de estremecerse de la risa por un chiste entre hombres. Era el mejor juez de gastronomía, en la India. Era un hombre. Pero no la clase de hombre al que es preciso respetar; lo cual era un alivio; no era como el mayor Simmons, por ejemplo; no, ni mucho menos, pensaba Daisy cuando, a pesar de sus dos hijos pequeños, solía compararlos.

Se quitó las botas. Se vació los bolsillos. Con su cortaplumas salió la foto de Daisy en la terraza; Daisy, toda ella de blanco, con un fox-terrier en las rodillas; muy atractiva, muy morena; la mejor que de ella había visto.

A fin de cuentas, había ocurrido de una forma muy natural; mucho más natural que con Clarissa. Sin problemas. Sin enojos. Sin fintas ni escarceos. Todo viento en popa. Y la morena, adorablemente linda muchacha en la terraza exclamó (le parecía oírlo) desde luego, desde luego, a él se lo daría todo, gritó (carecía del sentido de la discreción), todo lo que él quisiera, gritó, corriendo a su encuentro, fuera quien fuese el que les viera. Y sólo tenía veinticuatro años. Y tenía dos hijos. ¡Bien, bien!

Bueno, la verdad era que Peter Walsh se había metido en un buen lío, a su edad. Y se percataba de ello con gran claridad, cuando despertaba por la noche. ¿Y si se casaban?

Para él sería magnífico, pero ¿para ella? La señora Burgess, buena persona y nada dada a la murmuración, con la que se había confesado, consideraba que su ausencia en Inglaterra, con el motivo de consultar con los abogados, podía dar lugar a que Daisy meditara más detenidamente su decisión, pensara en lo que significaba. Se trataba de la posición de Daisy, dijo la señora Burgess; de las barreras sociales; de renunciar a sus hijos. En menos que canta un gallo quedaría viuda, y arrastrándose por los suburbios, o, más probablemente aún, promiscua (ya sabe, dijo la señora Burgess, cómo acaban estas mujeres, tan pintadas). Pero Peter Walsh quitó importancia a todo lo anterior.

Todavía no tenía el proyecto de morir. De todos modos, Daisy debía decidir por sí misma; juzgar por sí misma, pensaba Peter Walsh, paseando en

calcetines por el cuarto, alisando la camisa de etiqueta, ya que quizá fuera a la fiesta de Clarissa, o quizá fuera a un concierto, o quizá se quedara y leyera un libro absorbente escrito por un hombre al que había conocido en Oxford. Y si se retiraba, esto era lo que haría, escribir libros. Iría a Oxford y trabajaría en la biblioteca Bodleian. En vano la morena y adorablemente linda muchacha corrió hasta el extremo de la terraza; en vano agitó la mano; en vano gritó que le importaba un pimiento lo que dijera la gente. Y allí estaba él a quien Daisy consideraba el hombre más importante del mundo, el perfecto Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-126-

caballero, el hombre fascinante, distinguido (y su edad carecía en absoluto de importancia para Daisy), paseando por una habitación de hotel de Bloomsbury, afeitándose, lavándose, pensando en continuar, mientras cogía frascos y dejaba navajas, sus búsquedas en la Bodleian, para averiguar la verdad con respecto a uno o dos asuntos que le interesaban. Y sostendría charlas con quien fuera, de manera que perdería más y más el respeto a la exactitud de la hora de almorzar, y faltaría a las citas; y cuando Daisy le pidiera, como le pediría sin duda, un beso, se produciría una escena, por no estar él a la altura debida (pese a que verdaderamente la quería), y, en resumen, sería mucho mejor, tal como dijo la señora Burgess, que Daisy se olvidara de él, o sencillamente que le recordara tal como era en el mes de agosto de 1922, como una figura en pie en el cruce de carreteras, al ocaso, que se hace más y más lejana a medida que el coche se aleja, con Daisy bien asentada en él, segura, pese a que va con los brazos extendidos; y Daisy ve cómo la figura se hace imprecisa y desaparece, aun cuando sigue gritando que es capaz de hacer cualquier cosa, cualquier cosa, cualquier cosa...

Peter Walsh nunca sabía lo que la gente pensaba. Y le era más y más difícil concentrarse. Se transformaba en un hombre absorto; se transformaba en un hombre entregado a sus propios problemas; ya ceñudo, ya alegre; pendiente de las mujeres, distraído, de humor variable, menos y menos capaz de entender (esto pensaba mientras se afeitaba) por qué razón Clarissa no podía,

sencillamente, encontrarles una vivienda y tratar a Daisy con amabilidad; presentarla a gente. Y, entonces, él podría. . . ¿qué?

Podría vagar y perder el tiempo (como estaba haciendo en aquellos momentos, ocupado en buscar varias llaves, papeles), elegir y gustar, estar solo, en resumen, ser autosuficiente; y sin embargo nadie desde luego dependía tanto de los demás (se abrochó el chaleco); esto había sido la causa de todos sus males. Era incapaz de no frecuentar los lugares de reunión de hombres, le gustaban los coroneles, le gustaba el golf, le gustaba el bridge, y sobre todo le gustaba el trato con las mujeres, la belleza de su compañía, y la fidelidad, audacia y grandeza de su manera de amar que, a pesar de tener sus inconvenientes, le parecía (y la morena y adorablemente linda cara estaba encima de los sobres) admirable, una flor espléndida que crecía en lo mejor de la vida humana, y sin embargo él no podía estar a la altura de las circunstancias, ya que tenía tendencia a ver más allá de las apariencias (Clarissa había socavado con carácter permanente cierto aspecto suyo), y a cansarse muy fácilmente de la muda devoción, y a desear variedad en el amor, pese a que se enfurecería si Daisy amara a otro, ¡sí, se enfurecería, ya que era celoso, desbordadamente celoso por temperamento. ¡Sufría horrores! Pero, ¿dónde estaban su cortaplumas, su reloj, sus sellos, su cartera, y la carta de Clarissa que no volvería a leer pero en la que le gustaba pensar, y la foto de Daisy?

Y ahora a cenar.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-127-

Estaban comiendo.

Sentados alrededor de mesas con un florero, vestidos de etiqueta o no, con sus chales y bolsos al lado, con su falso aire de compostura, porque no estaban acostumbrados a comer tantos platos en la cena; y de confianza,

porque podían pagar; y de tensión, porque se habían pasado el día haciendo compras y visitando monumentos en Londres; y de natural curiosidad, porque alzaron la vista y miraron alrededor cuando entró el agradable caballero con las gafas de armazón de concha; y de buena voluntad, porque con gusto prestarían pequeños servicios, cual entregar un horario de trenes, o dar cualquier información útil; y del deseo, que latía en ellos, que les empujaba subterráneamente, de establecer de un modo u otro vínculos, aunque sólo fuera el de un lugar de nacimiento (Liverpool, por ejemplo) en común, o el de amigos con un mismo apellido; con sus furtivas miradas, extraños silencios, y súbitas retiradas al terreno de la jocosidad familiar y el aislamiento; allí estaban cenando cuando el señor Walsh entró y se sentó a una mesa junto a la cortina.

No se debió a que el señor Walsh dijera algo, ya que, por estar solo, únicamente al camarero podía dirigirse; se debió a su manera de mirar la carta, de señalar con el índice un determinado vino, de erguirse ante la mesa, de disponerse con seriedad, no con glotonería, a cenar, el que le mirasen con respeto; respeto que tuvo que permanecer inexpresado durante la mayor parte de la cena, pero que surgió como una llama a la superficie, en la mesa en que los Morris se sentaban, cuando se oyó que el señor Walsh decía, al término de la cena, Peras Bertlett. La razón por la que habló con tanta moderación y, sin embargo con firmeza, con el aire de un hombre disciplinario que ejerce sus legítimos derechos, fundados en la Justicia, era algo que ni el joven Charles Morris, ni el viejo Morris, ni la señorita Elaine, ni la señora Morris, sabían. Pero, cuando el señor Walsh dijo Peras Bertlett, sentado solo en su mesa, comprendieron que contaba con su apoyo, en alguna legítima exigencia; que era el defensor de una causa que inmediatamente devino también suya, por lo que sus ojos se encontraron comprensivos con los del señor Walsh, y, cuando todos llegaron al salón de fumar simultáneamente, era inevitable que se produjera una breve charla entre ellos.

No fue muy profunda, sólo se refirieron a que Londres estaba atestado, a que había cambiado en el curso de treinta años, a que el Señor Morris prefería Liverpool, a que la señora Morris había visitado la exposición floral de Westminster, y a que todos habían visto al Príncipe de Gales. Sin embargo, Peter Walsh pensó que no había en el mundo familia que pudiera compararse con la familia Morris; no, ni una; y sus Universidad de Chile - Facultad de

Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana:
Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de
Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-128-

relaciones entre sí son perfectas, y las clases altas les importan un pimiento, y les gusta lo que les gusta, y Elaine se está preparando para entrar en el negocio de la familia, y el chico ha conseguido una beca para Leedts, y la vieja señora (que cuenta aproximadamente los mismos años que Peter Walsh) tiene tres hijos más en casa; y tienen dos automóviles, pero el señor Morris todavía remienda zapatos los domingos.

Soberbio, absolutamente soberbio, pensó Peter Walsh, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, con la copa de licor en la mano, entre peludos sillones rojos y ceniceros, sintiéndose muy satisfecho de sí mismo porque los Morris le tenían simpatía; sí, tenían simpatía al hombre que había dicho Peras Bertlett, Peter Walsh se dio cuenta de que le tenían simpatía.

Iría a la fiesta de Clarissa. (Los Morris se fueron pero se volverían a ver.) Iría a la fiesta de Clarissa, porque quería preguntarle a Richard qué hacían en la India los inútiles conservadores. ¿Y qué obras teatrales se estaban representando? Y la música... Oh, sí, y simple charla sin importancia.

Porque esta es la verdad acerca de nuestra alma, pensó, de nuestro yo, que cual un pez habita en profundos mares, y nada entre oscuridades, trazando su camino entre matas de gigantesco hiebro, por espacios moteados por el sol, y sigue adelante y adelante, penetrando en las tinieblas, en la frialdad, en lo profundo, en lo inescrutable, y de repente sale veloz a la superficie, y se exhibe y nada en las olas rizadas por el viento, y tiene una positiva necesidad de trato, de roce, de calor, con charlas ligeras. ¿Qué piensa el gobierno hacer Richard Dalloway lo sabría con la India?

Como sea que aquella era una noche muy calurosa, y los muchachos vendedores de periódicos pasaban con carteles que, con grandes letras rojas, proclamaban que se había producido una ola de calor, se habían dispuesto

sillas de mimbre en la entrada del hotel, y en ella se sentaban indiferentes caballeros que bebían y fumaban. Allí se sentó Peter Walsh. Uno podía muy bien imaginar que aquel día, el día londinense, acababa de comenzar. Igual que una mujer que se ha quitado el vestido estampado y el delantal para ataviarse de azul y adornarse con perlas, el día había cambiado, se había despojado de telas gruesas, se había puesto gasas, se había transformado en atardecida, y, con el mismo suspiro de satisfacción que exhala una mujer al dejar caer las enaguas al suelo, se iba aliviando de polvo, calor, color. El tránsito disminuía, los automóviles, relucientes y veloces, substituían a los grandes camiones de carga; y aquí y allá, entre el denso follaje de las plazas, brillaba una luz intensa. Me voy, la atardecida parecía decir, mientras palidecía y se marchitaba sobre los tejados y las prominencias, las cúpulas y las agujas, de hotel, vivienda, bloque de tiendas, me marchito, y comenzaba a hacerlo, me voy, pero Londres no quería, y alzaba hacia el Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-129-

cielo sus bayonetas, inmovilizaba a la atardecida, la obligaba a participar en su ensueño.

Porque la gran revolución del horario de verano del señor Willett había tenido lugar después de la última visita de Peter Walsh a Londres. El prolongado atardecer era nuevo para él. Y era estimulante. Sí, porque, al pasar los jóvenes, con sus carteras de negocios, terriblemente contentos de haber quedado en libertad, y también orgullosos, aunque en silencio, de pisar aquel famoso pavimento, cierta clase de alegría, barata, un poco de oropel, si se quiere, pero de todos modos intensa, iluminaba sus rostros. Y

vestían bien; ellas, medias rosadas, lindos zapatos. Ahora pasarían un par de horas en el cine. Les perfilaba, les refinaba, la amarilloazulencia luz del atardecer; y en las hojas de la plaza la luz lucía cárdena y lívida, las hojas parecían hundidas en aguamarina, el follaje de una ciudad sumergida. Estaba pasmado ante aquella belleza, y también le daba optimismo, ya que mientras

los angloindios que habían regresado se sentaban por propio derecho (conocía a montones) en el Oriental Club, pasando biliosamente revista a los males del mundo, allí estaba él, más joven que nunca, envidiando a los jóvenes su tiempo de verano y el descanso a él anejo, y más que sospechando, gracias a las palabras de una muchacha, a la risa de una criadacosas intangibles sobre las que no cabe poner las manos, la realidad de aquel cambio en la total acumulación piramidal que en su juventud parecía incommovible. Había ejercido presión en todos ellos; les había aplastado, especialmente a las mujeres, como aquellas flores que Helena, la tía de Clarissa, prensaba entre grises hojas de papel secante, con el diccionario Littré encima, sentada bajo la lámpara después de cenar. Ahora había muerto. Por Clarissa, supo que la tía Helena había perdido la visión de un ojo. Parecía muy adecuado un golpe maestro de la naturaleza que la vieja señorita Parry se hubiera vidriado en parte. Moriría como un pájaro en una helada, agarrada a la rama.

Pertenecía a una época diferente, pero, por ser tan entera, tan completa, siempre destacaría en el horizonte, con blanco color de piedra, eminente, como un faro indicando una etapa pasada de este aventurado largo, largo viaje, de esta interminable (buscó una moneda en el bolsillo para comprar el periódico, y leyó acerca de Surrey y de Yorkshire; había entregado millones de veces aquella moneda; el Surrey iba lanzado, una vez más), esta interminable vida. Pero el cricket no era una tontería. El Cricket. Leyó primero los resultados de los partidos, luego leyó lo referente al calor de aquel día, y después la noticia de un asesinato. El haber hecho cosas millones de veces enriquecía, aun cuando bien cabía decir que desgastaba la superficie. El pasado enriquecía, y la experiencia, y el haber querido a una o dos personas, al igual que el haber adquirido la capacidad, de la que carecen los jóvenes, de seguir atajos, de hacer lo que a uno le gusta, sin importarle a uno un camino lo que la gente diga, e ir y venir sin grandes esperanzas (dejó el periódico en la mesa y se alejó), lo cual, sin embargo Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

(fue a buscar el sombrero y el abrigo), no era totalmente verdad en cuanto a él hacía referencia, al menos esta noche, por cuanto se disponía a ir a una fiesta, a su edad, en la creencia de que viviría una experiencia. Pero ¿cuál?

Belleza, de todos modos. No la burda belleza de la visión. No era belleza pura y simple, Bedford Place conduciendo a Russel Square. Era rectitud y vaciedad, desde luego; la simetría de un corredor; pero también era ventanas iluminadas, el sonido de un piano, de un gramófono; una sensación de fuente de placer escondida pero que una y otra vez aparecía, cuando, a través de una ventana sin cortina, de una ventana abierta, uno veía a gente sentada alrededor de una mesa, a jóvenes trazando círculos lentamente, conversaciones entre hombres y mujeres, criadas mirando ociosas la calle (extraños comentarios los suyos, cuando el trabajo ha terminado), medias secándose en alféizares, un loro, unas cuantas plantas. Absorbente, misteriosa, de infinita riqueza, esta vida. Y en la amplia plaza por la que tan aprisa avanzaban y giraban los taxis, había parejas en descanso, retozando, abrazándose, encogidas bajo la lluvia de un árbol; esto era conmovedor; tan silencioso, tan absorto, que una pasaba discreta, tímidamente, como si estuviera en presencia de una sagrada ceremonia que sería impiedad interrumpir. Era interesante. Y siguió adelante, penetrando en el resplandor y la luz.

El ligero abrigo se había abierto como por efecto de un soplo, y Peter Walsh caminaba con indescriptible aire personal, un poco inclinado hacia adelante, con las manos a la espalda y con los ojos todavía un poco como los del halcón; avanzaba por Londres, hacia Westminster, observando.

¿Acaso todo el mundo cenaba fuera? Aquí, un criado abrió las puertas para que saliera una vieja dama de decidido andar, con zapatos de hebilla y tres purpúreas plumas de avestruz en el pelo. Se abrían puertas para que salieran señoras envueltas, como momias, en chales con coloridas flores, señoras con la cabeza descubierta. Y de respetables casas, con columnas estucadas, a través de pequeños jardines fronteros, salían mujeres, ceñidas en ropas ligeras, con peinetas en el pelo (corriendo habían ido a ver a sus hijos), y había hombres que las esperaban, con las chaquetas abiertas y el motor en marcha. Todos salían de casa. Con estas puertas abriéndose, con el descenso

y con la partida, parecía que todo Londres se embarcara en barquichuelas amarradas a la orilla, balanceándose en el agua, como si el lugar, íntegramente, se alejara flotando en un carnaval. Y Whitehall parecía cubierto de hielo, de plata martilleada, cubierto de una finísima capa de hielo, y alrededor de los faroles se tenía la impresión de que volaran moscas de agua; hacía tanto calor que la gente hablaba parada en la calle. Y

aquí, en Westminster, un juez jubilado, seguramente, estaba solemnemente sentado a la puerta de su casa, todo él vestido de blanco. Un angloindio, con toda probabilidad.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-131-

Y aquí, el escándalo de unas mujeres peleándose, mujeres borrachas. Aquí, sólo un policía, y casas que se cernían, altas casas, casas con cúpulas, iglesias, parlamentos, y la sirena de un buque en el río, un grito hueco y neblinoso. Pero era su caile ésta, la de Clarissa; los taxis doblaban veloces la esquina, como el agua contornea los pilares de un puente, coincidiendo, le pareció, debido a que transportaban a gente que iba a su fiesta la fiesta de Clarissa.

El frío caudal de las impresiones visuales ahora ya no le afectaba, como si cada ojo fuera una taza llena a rebosar que dejara resbalar por su superficie de porcelana el líquido sobrante. Ahora el cerebro debe despertar. Ahora el cuerpo debe contraerse al entrar en la casa, la casa iluminada, cuyas puertas estaban abiertas, con automóviles delante y esplendentes mujeres descendiendo de ellos. El alma debe templarse para soportar. Abrió la hoja grande del cortaplumas.

Lucy bajó la escalera corriendo a toda velocidad, después de haberse asomado un instante al salón para alisar un tapete, rectificar la posición de una silla, y detenerse un momento para sentir la sensación que seguramente

experimentarían los que allí entrasen al ver la hermosa plata, los atizadores de bronce, las nuevas fundas de los sillones, y las cortinas de quimón amarillo; juzgó cada uno de estos elementos; oyó un rugido de voces; ya venían de cenar; ¡tenía que irse volando!

Vendría el Primer Ministro, dijo Agnes; esto había oído decir en el comedor, dijo, entrando con una bandeja de vasos. ¿Acaso tenía importancia, la más leve importancia, un Primer Ministro más o menos? Era algo que, a esta hora de la noche, dejaba totalmente indiferente a la señora Walker, allí, entre las bandejas, ensaladeras, coladores, sartenes, ensalada de pollo, heladoras de sorbetes, pan rallado, limones, soperas y cuencos de pastel, que, después de haber sido concienzudamente lavados, parecían ahora asediar a la señora Walker, sobre la mesa de la cocina, sobre las sillas, mientras el fuego llameaba y rugía, las luces eléctricas resplandecían, y la cena aún no había sido servida. Lo único que pensaba era que un Primer Ministro más o menos carecía en absoluto de importancia para la señora Walker.

Las señoras ya subían la escalera, dijo Lucy; las señoras subían la escalera una a una, la señora Dalloway la última, enviando casi en todo momento un mensaje a la cocina,

Felicite a la señora Walker, que era el mensaje de la noche. Al día siguiente
Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de
Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de
Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-132-

analizarían los platos, la sopa, el salmón; el salmón estaría, como muy bien le constaba a la señora Walker, poco hecho como de costumbre, ya que siempre se ponía nerviosa con el pastel, y dejaba el salmón a los cuidados de Jenny; por esto ocurría que el salmón estaba siempre poco hecho. Pero una señora de rubio cabello y adornos de plata preguntó, afirmó Lucy, refiriéndose a la entrada, si realmente el plato estaba guisado en casa. Pero era el salmón lo que preocupaba a la señora Walker, mientras daba vueltas y vueltas a las bandejas y abría y cerraba llaves de tiro de la cocina; y del comedor llegó un

estallido de risas; una voz hablando, y luego otro estallido de risas; los caballeros divirtiéndose, después de haberse ido las señoras. El tokay, dijo Lucy, que acababa de entrar corriendo. El señor Dailoway había pedido el tokay, procedente de las bodegas del Emperador, el Imperial Tokay.

Fue transportado a través de la cocina. Por encima del hombro, Lucy comunicó que la señorita Elizabeth estaba preciosa; Lucy no podía apartar la vista de ella; con su vestido de color de rosa, y luciendo el collar que el señor Dalloway le había regalado.

Jenny debía acordarse del perro, del fox-terrier de la señorita Elizabeth pues como sea que mordía, tuvieron que encerrarlo, y quizá, pensaba Elizabeth, necesitara algo.

Jenny debía acordarse del perro. Pero Jenny no iba a subir al piso superior, con toda aquella gente. ¡A la puerta había llegado ya un automóvil! Sonó el timbre... ¡Y los caballeros todavía en el comedor, bebiendo tokay!

Ahora subían la escalera; había sido el primero en llegar, y ahora irían llegando más y más de prisa, de manera que la señora Parkinson (contratada para las fiestas) debía dejar entornada la puerta del vestíbulo, y el vestíbulo estaría rebosando de caballeros esperando (esperaban en pie, alisándose el cabello), mientras las señoras se despojaban de sus capas en la estancia que se abría en el pasillo; donde la señora Barnet las ayudaba, la vieja Ellen Barnet, que había servido durante cuarenta años a la familia, y que acudía todos los veranos para ayudar a las señoras, y recordaba a las madres cuando eran muchachas, y aunque, con gran sencillez les estrechaba la mano, decía

milady muy respetuosamente, pese a que había en ella cierto sentido del humor, contemplando a las jóvenes señoras, y ayudando como siempre con gran tacto a Lady Lovejoy, que tenía cierto problema con sus enaguas. Y no podían evitar el pensar Lady Lovejoy y la señorita Alice, que ciertos pequeños privilegios, en materia de tocador, les eran conferidos después de haber conocido a la señora Barnet durante: treinta años, milady, les informó la señora Barnet. Las señoritas no usaban lápiz de labios, dijo Lady Lovejoy cuando acudían a Bourton, en los viejos tiempos. Y la señorita Alice no necesitaba lápiz de labios, dijo la señora Barnet, mirando cariñosamente a ésta. Y

allí quedó sentada la señora Barnet, en el cuarto guardarropa, acariciando pieles, alisando mantones españoles, ordenando la mesa tocador, y sabiendo a la perfección, Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-133-

a pesar de las pieles y de los bordados, cuáles eran las señoras amables, y cuáles no lo eran. La simpática viejecita, dijo Lady Lovejoy, subiendo la escalera, la vieja niñera de Clarissa.

Y entonces Lady Lovejoy se envaró. Lady Lovejoy y la señorita Lovejoy, dijo al señor Wilkins (alquilado para las fiestas). Tenía un aire admirable, el señor Wilkins, cuando se inclinaba y se enderezaba, se inclinaba y se enderezaba, y anunciaba con perfecta imparcialidad Lady Lovejoy y la señorita Lovejoy... Sir John y Lady Needham... La señorita Weld... El señor Walsh... Su aire era admirable; forzosamente tenía que ser irreprochable su vida familiar, con la salvedad de que parecía imposible que, teniendo labios verdosos y mejillas afeitadas hubiera podido cometer el error de aceptar las molestias de los hijos.

¡Qué delicioso verte!, decía Clarissa. Lo decía a todos. ¡Qué delicioso verte! Estaba insoportable, efusiva e insincera. Había cometido un gran error al acudir. Hubiera debido quedarse en casa y leer el libro, pensó Peter Walsh; hubiera debido ir a un concierto; hubiera debido quedarse en casa, porque no conocía a nadie.

Oh, Dios santo, iba a ser un fracaso, un total fracaso, y Clarissa lo sentía en los tuétanos, mientras el anciano y simpático Lord Lexham excusaba a su esposa, que había pillado un resfriado en una recepción en los jardines del Palacio de Buckingham.

Con el rabillo del ojo, Clarissa podía ver a Peter, criticándola, allí, en aquel rincón.

¿Por qué, a fin de cuentas, hacía ella aquellas cosas? ¿Por qué buscaba eminencias y se quedaba en ellas subida, empapada en fuego? ¿Podía quedar consumida! ¿Reducida a cenizas! ¿Cualquier cosa era mejor que esto, más valía blandir la antorcha y arrojarla al suelo, que irse consumiendo poco a poco, como una Ellie Henderson cualquiera!

Era extraordinaria la capacidad que Peter Walsh tenía para ponerla en este estado, por el solo medio de acudir y quedarse en un rincón. La inducía a verse a sí misma, a exagerar. Era idiota. Pero entonces, ¿por qué acudía, simplemente a criticar? ¿Por qué siempre tomaba, sin dar nada? ¿Por qué no arriesgarse a exponer el propio punto de vista? Ahora Peter Walsh se alejaba, y Clarissa tenía que hablarle. Pero no, no tendría oportunidad. La vida era esto, humillación renuncia. Lo que Lord Lexham decía era que su esposa no quiso llevar pieles en la fiesta en el jardín, debido a que querida, las señoras sois todas iguales, ¡Lady Lexham tenía setenta y cinco años por lo menos! Era delicioso el modo en que aquellos viejos cónyuges se mimaban el uno al otro. Sentía simpatía hacia el viejo Lord Lexham. Clarissa consideraba que su fiesta tenía importancia, y la ponía realmente enferma el darse cuenta de que se desarrollaba mal, de que todo se iba al garete. Cualquier cosa, cualquier explosión, cualquier horror, era mejor que la gente vagando sin rumbo, formando grupo en un rincón, como Ellie Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-134-

Henderson, sin siquiera tomarse la molestia de mantenerse erguidos.

Suavemente, la cortina amarilla con todas las aves del paraíso fue levantada por el viento, y pareció que un revoloteo de alas penetrase en la estancia, con fuerte impulso, y luego fue reabsorbida. (Ya que las ventanas estaban abiertas.) ¿Había corrientes de aire?, se preguntó Ellie Henderson. Era propensa a los resfriados. Pero poco importaba que mañana amaneciera estornudando; en las muchachas con los hombros desnudos pensaba Ellie Henderson, educada en el hábito de pensar en los demás por su padre

anciano, inválido, vicario que fue de Bourton, pero que ahora estaba muerto; y los resfriados de la señora Henderson nunca le afectaban el pecho, nunca. Era en las muchachas en quien pensaba, las jóvenes muchachas con los hombros al aire, ya que ella había sido siempre enteca, con su escaso cabello y su flaco perfil; aun cuando ahora, que ya había rebasado los cincuenta, comenzaba a resplandecer, gracias a un suave rayo de luz, algo purificado hasta alcanzar la distinción por años de abnegado vivir, aunque oscurecido a su vez, perpetuamente; por su lamentable amabilidad, por su miedo pánico, nacido de unos ingresos de trescientas libras, y de su indefensión (no era capaz de ganar ni un penique), lo cual la hacía tímida, y la incapacitaba más y más, año tras año, para tratar a gentes bien vestidas que acudían a lugares como éste todas las noches de la temporada social, limitándose a decir a las doncellas Me pondré esto o aquello, en tanto que Ellie Henderson se apresuraba a salir de casa nerviosamente, se compraba rosáceas flores baratas, media docena, y se echaba un chal sobre su viejo vestido negro. Y esto hizo porque la invitación de Clarissa Dalloway a su fiesta le había llegado en el último instante. No estaba satisfecha, ni mucho menos. Tenía la impresión de que Clarissa no había tenido la intención de invitarla aquel año.

¿Y por qué tenía que invitarla? Verdaderamente, no había razón alguna para ello, salvo que se conocían de toda la vida. La verdad es que eran primas. Pero, como es natural, se habían alejado la una de la otra, debido a que Clarissa era muy solicitada. Constituía un acontecimiento, para Ellie Henderson, el ir a una fiesta. Sólo ver los hermosos vestidos era para ella una diversión. ¿Sería aquella muchacha Elizabeth, crecida, con el cabello peinado a la moda y el vestido de color de rosa? Sin embargo, no podía tener más de diecisiete años. Era muy, muy hermosa. Pero al parecer las muchachas, en sus primeras salidas, no vestían de blanco, como antes solían. (Debía recordarlo todo, para contárselo a Edith.) Las muchachas vestían túnicas rectas, ceñidas, con falda muy por encima de los tobillos. Favorecían la figura, pensó.

Y de esta manera, con su vista debilitada, Ellie Henderson iba avanzando tímidamente, y no le importaba demasiado el no tener a nadie con quien hablar (a casi nadie conocía allí), porque pensaba que todos los presentes eran personas a las que

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ®
1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

-135-

resultaba muy interesante contemplar; políticos, seguramente; amigos de Richard Dalloway; pero fue el propio Richard quien estimó que no podía permitir que aquel pobre ser se pasara toda la noche allí, solo.

¿Qué tal, Ellie? ¿Qué es de tu vida? dijo Richard, con su habitual cordialidad.

Y Ellie Henderson, poniéndose nerviosa ruborizándose, y pensando que Richard era extraordinariamente amable al dirigirse a ella, repuso que mucha gente se sentía, realmente, más afectada por el calor que por el frío.

Así esdijo Richard Dalloway. Efectivamente.

Pero, ¿qué más podía uno decir? Alguien cogió por el codo a Richard Dalloway y le dijo:

Hola, Richard.

Y, santo Dios, era el buen Peter Walsh, el mismísimo Peter Walsh. Richard estaba encantado de volverle a ver verdaderamente encantado. No había cambiado ni pizca.

Y juntos se fueron los dos, cruzando la estancia, dándose recíprocamente palmaditas en la espalda, como si no se hubieran visto en largos años. Ellie Henderson pensó, viéndoles alejarse, que estaba segura de que conocía la cara de aquel hombre. Un hombre alto, de media edad, con ojos bastante hermosos, moreno, con gafas, y cierto aire de John Burrows. Con toda seguridad, Edith le conocería.

La cortina, con su bandada de pájaros del paraíso, volvió a ser alzada por el viento. Y

Clarissa lo vio. Vio a Ralph Lyon devolverla a su sitio mediante un golpe, y seguir hablando. ¡A fin de cuentas, resultaba que no era un fracaso! Ahora su fiesta se desarrollaba a la perfección. Había comenzado. Pero la situación

todavía era muy delicada. Por el momento, debía quedarse donde estaba. La gente parecía llegar en torrente.

El coronel Garrod y su esposa... El señor Hugh Whitbread... El señor Bowley... La señora Hilbery... Lady Mary Maddox... El señor Quin... entonaba Wilkins. Clarissa decía seis o siete palabras a cada uno, y ellos seguían adelante, entraban en las estancias; entraban en algo, no en nada, desde el momento en que Ralph Lyon había devuelto la cortina a su sitio mediante un golpe.

Y sin embargo, en cuanto a ella se refería, representaba un esfuerzo excesivo. No Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-136-

disfrutaba de la fiesta. Se parecía demasiado a ser... a ser cualquiera, allí en pie; cualquiera podía hacerlo; sin embargo, admiraba un poco a este cualquiera, no podía evitar el pensar que, de un modo u otro, había sido ella quien logró que esto ocurriera, que marcaba un estadio, aquel poste en que tenía la impresión de haberse convertido, ya que, cosa rara, había olvidado el aspecto que presentaba, pero se sentía como una estaca clavada en lo alto de la escalera. Siempre que daba una fiesta, tenía la sensación de ser algo, una cosa, y no ella, y que todos fueran irreales, en cierto aspecto; y mucho más reales, en otro aspecto. Se debía, pensaba, en parte a sus ropas, en parte a haber quedado apartados del habitual comportamiento, en parte al ambiente; cabía la posibilidad de decir cosas que no se podían decir de otro modo, cosas que necesitaban un esfuerzo; posiblemente, cabía profundizar más. Pero no era así, en cuanto a ella hacía referencia; al menos, por el momento.

¡Qué delicioso verle!dijo.

¡El viejo y simpático Sir Harry! Este los conocería a todos.

Y lo más raro era la sensación que una tenía al verles subir la escalera, uno

tras otro, la señora Mount y Celia, Herbert Ainsty, la señora Dakers... ¡Oh, y Lady Bruton!

Clarissa dijo:

¡Cuánto te agradezco que hayas venido!

Y lo dijo sinceramente. Era rara la sensación que una tenía, allí, en pie, al verles pasar y pasar, algunos muy viejos, algunos...

¿Quién; ¿Lady Rosseter? ¿Quién podía ser aquella Lady Rosseter?

¡Clarissa!

¡Esta voz! ¡Era Sally Seton! ¡Sally Seton! ¡Después de tantos años! Su imagen se concretaba a través de una niebla. Ya que no tenía este aspecto, Sally Seton, cuando Clarissa sostenía en las manos la botella de agua caliente. ¡Pensar que Sally Seton estaba bajo este techo! ¡Increíble!

Atropelladamente, inhibidas, rientes, fueron brotando las palabras. . . Pasaba por Londres; me lo dijo Clara Haydon; ¡qué ocasión de verte! Y me he colado, sin invitación. . .

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-137-

Una podía dejar la botella de agua caliente con toda compostura. Sally Seton había perdido el esplendor. Sin embargo, era extraordinario volverla a ver, mayor, más feliz, no tan atractiva. Se besaron, primero en una mejilla, luego en la otra, junto a la puerta del salón, y Clarissa se dio la vuelta, con la mano de Sally en la suya, y vio sus estancias llenas, oyó el rugido de las voces, vio los candelabros, las cortinas agitadas por el viento, y las rosas que Richard le había traído.

Tengo cinco chicos enormes dijo Sally.

Tenía, Sally Seton, el más sencillo egotismo, el más abierto deseo de ser siempre la primera, y Clarissa la amaba por ser todavía así. Una cálida oleada de placer la invadió al pensar en el pasado, y gritó:

¡No puedo creerlo!

Pero, he aquí a Wilkins; Wilkins había venido en su busca; Wilkins emitía con voz de imponente autoridad, cual si amonestara a todos los presentes, y la dueña de la casa tuviera que abandonar las frivolidades, un nombre.

El Primer Ministro dijo Peter Walsh.

¿El Primer Ministro?, ¿de veras?, se preguntó maravillada Ellie Henderson. ¡Cómo gozaría al contárselo a Edith!

Uno no se podía reír de él. Tenía aspecto ordinario. Uno hubiera podido ponerlo detrás de un mostrador y comprarle pasteles... Pobre hombre, todo cubierto de bordados en oro. Y, a decir verdad, cuando fue saludando a la gente, primero con Clarissa, y escoltado después, por Richard, lo hizo muy bien. Intentaba parecer alguien. Era divertido contemplarlo. Nadie le prestaba atención. Todos siguieron hablando, pero se advertía a la perfección que todos se daban cuenta (lo sentían hasta los tuétanos) del paso de aquella majestad, del símbolo de aquello que todos representaban, la sociedad inglesa. La vieja Lady Bruton, y también ella presentaba bello aspecto, muy gallarda con sus encajes, salió a la superficie, y se retiraron a una pequeña estancia, que inmediatamente se convirtió en objeto de disimulado interés, de vigilancia, y cierto murmullo, cierto estremecimiento afectó abiertamente a todos: ¡El Primer Ministro!

¡Señor, Señor, el esnobismo de los ingleses!, pensó Peter Walsh, en pie en un rincón.

¡Cuánto les gustaba vestir prendas bordadas en oro, y rendir homenaje! ¡Ahí estaba!

¡Forzosamente tenía que ser y vive Dios que lo era Hugh Whitbread,

por los lugares en donde se encuentra a los grandes, bastante más gordo, bastante más cano, el admirable Hugh!

Parecía que siempre estuviera de servicio, pensó Peter, un ser privilegiado pero reservado, que atesoraba secretos en cuya defensa estaba dispuesto a morir, aun cuando tan sólo se trataba de chismorreos distraídamente difundidos por un lacayo de la Corte, que publicarían mañana todos los periódicos. Estas eran las nimiedades jugando con las cuales había encanecido, había llegado a las cercanías de la vejez, gozando del respeto y del afecto de todos aquellos que disfrutaban del privilegio de conocer a semejante ejemplar del hombre fruto de las escuelas privadas inglesas.

Inevitablemente, uno pensaba cosas así al ver a Hugh; este era su estilo; el estilo de aquellas admirables cartas que Peter había leído, con miles de millas de mar por medio, en el Times; y había dado gracias a Dios de hallarse lejos de aquella peligrosa charlatanería, aunque sólo fuera para oír el parloteo de los mandriles y las palizas de los culis a sus esposas. Un joven de aceitunada piel, procedente de alguna universidad, permanecía obsequiosamente al lado de Hugh. Y Hugh le protegería, le iniciaría, le enseñaría a progresar. Sí, porque nada había que le gustara más que prodigar favores, hacer palpitar el corazón de viejas señoras con la alegría de saber que se pensaba en ellas, en su ancianidad, en su aflicción cuando creían que estaban totalmente olvidadas, pero allá iba Hugh en su automóvil, y se pasaba una hora hablándoles del pasado, recordando bagatelas, alabando el pastel hecho en casa, a pesar de que Hugh era hombre que podría comer pasteles con una duquesa siempre que le diera la gana y, a juzgar por su aspecto, probablemente dedicaba mucho tiempo a tan agradable ocupación. Los supremos juzgadores, los dotados de suprema piedad, podían disculparle. Pero Peter Walsh carecía de piedad. Los villanos existen realmente y bien sabía Dios que los canallas que mueren ahorcados por haber hecho papilla los

sesos de una muchacha en un tren hacen menos daño, en total, que Hugh Whitbread y sus amabilidades. Había que verle ahora, de puntillas; avanzando como si bailara, inclinándose y sonriendo, en el instante en que el Primer Ministro y Lady Bruton salían de la pequeña habitación, con lo que daba a entender a todos que gozaba del privilegio de decir algo, algo privado, a Lady Bruton, al pasar. Lady Bruton se detuvo. Balanceó su hermosa y vieja cabeza. Seguramente le daba las gracias por algún acto de servilismo. Tenía, Lady Bruton, pelotilleros, funcionarios de secundaria importancia en oficinas ministeriales, que le prestaban diligentes servicios, a cambio de los cuales ella les invitaba a comer. Pero Lady Bruton era un fruto del siglo XVIII. Y nada se le podía reprochar.

Y ahora Clarissa acompañó al Primer Ministro a través de la sala, contoneándose, esplendorosa, con el señorío de su gris cabellera. Llevaba pendientes y un vestido de Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-139-

sirena, verde plata. Flotando sobre las olas y balanceando la melena parecía tener aún aquel don: ser, existir, reunirlo todo en el instante al pasar; giró, se enganchó el echarpe en el vestido de otra mujer, lo desenganchó, rió, lo hizo todo con la más perfecta soltura y con el aire de un ser flotando en su elemento. Pero el paso del tiempo la había rozado; incluso cual a una sirena que contemplara en su espejo el sol poniente en un atardecer muy claro sobre las olas. Había un aliento de ternura; su severidad, mojigatería, imperturbabilidad, estaban ahora penetradas de calidez, y había en ella, al despedir al fornido hombre con bordados de oro, que hacía cuanto podía, y que buena suerte le acompañara, para parecer importante, una inexpresable dignidad, una exquisita cordialidad, como si deseara lo mejor al mundo entero, y ahora, hallándose en el mismísimo límite de la realidad, tuviera que despedirse. Esto hizo pensar Clarissa a Peter Walsh. (Pero no estaba enamorado.) Realmente, opinó Clarissa, el Primer Ministro fue muy amable al acudir. Y, al cruzar la estancia con él, estando allí Sally, y allí Peter, y

Richard, muy complacido, con toda aquella gente, quizá propensa a la envidia, Clarissa sintió la embriaguez del momento, aquella dilatación de los nervios del mismísimo corazón, hasta que éste pareció estremecerse, alzarse, ponerse en pie; sí, pero, a fin de cuentas, era lo que los demás sentían, esto; sí, por cuanto, si bien era cierto que aquello le gustaba, y que experimentaba aquel cosquilleo y aquella punzada, estas apariencias, estos triunfos (el buen Peter, por ejemplo, juzgándola tan brillante), tenían cierta vaciedad; estaban un tanto alejados, no en el corazón; quizá se debiera a que se estaba haciendo vieja, pero ya no la dejaban tan satisfecha como antes; y de repente, mientras contemplaba cómo el Primer Ministro descendía la escalera, el marco dorado del cuadro de Sir Joshua representando a la niña con el manguito le devolvió al instante la imagen de la Kilman; la Kilman, su enemiga. Esto era satisfactorio; esto era real. Ah, cómo la odiaba, ardiente, hipócrita, corrupta; con tanto poderío; la seductora de Elizabeth; la mujer que había llegado arrastrándose, para robar y profanar (Richard diría, ¡qué tontería!).

La odiaba; la amaba. Enemigos eran los que una quería, no los amigos, no la señora Durrant y Clara, Sir William y Lady Bradshaw, la señorita Truelock y Eleanor Gibson (a la que vio subiendo la escalera, hacia ella). Que la buscaran, si querían verla. ¡Estaba consagrada a la fiesta!

Allí estaba su viejo amigo, Sir Harry.

¡Mi querido Sir Harry!dijo.

Y se acercó a aquel gallardo viejo que había pintado más cuadros malos que cualquiera de los otros dos académicos, en todo St. Johns Wood (siempre eran cuadros de ganado Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-140-

vacuno, en pie junto a charcas al ocaso, absorbiendo humedad, o expresando, ya que Sir Harry tenía ciertas dotes para representar los movimientos significativos, por el medio de levantar una pata delantera o de enarbolar la

cornamenta; la proximidad del Desconocido; y todas las actividades de Sir Harry, como cenar fuera de casa o ir a las carreras, estaban basadas en ganado vacuno, en pie, absorbiendo humedad, junto a charcas, al ocaso).

¿De qué se ríen?le preguntó Clarissa.

Ya que Willie Titcomb, Sir Harry y Herbert Ainsty se estaban riendo. Pero no. Sir Harry no podía contar a Clarissa Dalloway (pese a la mucha simpatía que le tenía; la consideraba un perfecto ejemplar de su tipo y amenazaba con pintarla) sus historias de teatro de variedades. Se burló de su fiesta. Echaba de menos su brandy. Estos círculos, dijo, eran demasiado altos para él. Pero sentía simpatía por Clarissa; la respetaba, a pesar de aquel maldito, difícil y condenable refinamiento de clase alta, que le impedía pedir a Clarissa Dalloway que se sentara en sus rodillas. Y por la escalera subió aquel fantasma vagabundo, aquella vaga fosforescencia, la vieja señora Hilbery, alargando las manos hacia el calor de la risa de Sir Harry (acerca del Duque y la Lady), que, al oírla desde el otro extremo de la estancia, tuvo la virtud de tranquilizarla con respecto a algo que a veces la preocupaba, cuando se despertaba a primeras horas de la madrugada y no osaba pedir a la criada que le hiciera una taza de té: que es cierto que debemos morir.

No quieren contarnos sus historietasdijo Clarissa.

¡Querida Clarissa! exclamó la señora Hilbery.

Esta noche, dijo la señora Hilbery, Clarissa era exactamente igual que su madre el día en que la vio por primera vez, paseando por un jardín con un sombrero gris.

Y, realmente, a Clarissa se le llenaron de lágrimas los ojos. ¡Su madre, paseando por un jardín! Pero Clarissa tenía que dejarlos.

Porque allí estaba el profesor Brierly, quien daba conferencias sobre Milton, hablando con el pequeño Jim Hutton (que era incapaz, ni tan siquiera para acudir a una fiesta como la presente, de escoger un chaleco y una corbata que armonizaran, o de conseguir no llevar el cabello de punta), e incluso a aquella distancia Clarissa pudo percibir que discutían. Sí, ya que el profesor Brierly era un bicho raro. Con todos aquellos títulos, honores y ciclos de

conferencias mediando entre él y los escritorzuelos, se daba Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-141-

instantáneamente cuenta de los ambientes que no eran propicios a su extraño conjunto de características, a su prodigiosa erudición y timidez, a su helado encanto sin cordialidad, su inocencia mezclada con esnobismo; y temblaba cuando, gracias al alborotado cabello de una señora o a las botas de un jovenzuelo, se daba cuenta de la existencia de un submundo, digno de todo respeto, sin duda alguna, de rebeldes, de jóvenes ardientes, de presuntos genios, y daba a entender, con una leve sacudida de la cabeza, con un respingo ¡uf! el valor de la moderación, de cierto leve conocimiento de los clásicos, a fin de comprender a Milton. El profesor Brierly (vio Clarissa) no coincidía con el pequeño Jim Hutton (que lucía calcetines rojos, porque tenía los negros en la lavandería), en lo referente a Milton. Clarissa los interrumpió.

Clarissa dijo que le gustaba Bach. A Hutton también. Este era el vínculo entre los dos, y Hutton (poeta muy malo) siempre estimó que la señora Dalloway era, con mucho, la mejor entre las grandes damas que se interesaban por el arte. Era raramente exigente.

En cuanto a música hacía referencia, era puramente impersonal. Resultaba un tanto pedante. Pero, ¡cuán encantador era su aspecto! ¡Cuán agradable el ambiente que había sabido dar a su casa, salvo el fallo de que hubiera profesores! Clarissa acariciaba la idea de tomar a Hutton por su cuenta, y sentarlo al piano en la estancia del fondo. Ya que era un pianista divino.

Pero el ruido dijo Clarissa. ¡El ruido!

Indicio del éxito de una fiesta.

Y tras inclinar cortésmente la cabeza, el profesor se retiró con delicadeza.

Sabe todo, absolutamente todo lo referente a Milondijo Clarissa.

Y Hutton, que sabía imitar al profesor en todo instante; al profesor hablando de Milton; al profesor hablando de moderación; al profesor retirándose con delicadeza; dijo:

¿De veras?

Pero tenía que hablar con aquellos dos, dijo Clarissa, Lord Gayton y Nancy Blow.

Y no era que aquellos dos contribuyeran al ruido de la fiesta. No hablaban (perceptiblemente), mientras permanecían en pie, el uno al lado del otro, junto a la cortina amarilla. Pronto se irían a otra parte, juntos; y nunca tenían gran cosa que decir, fueran cuales fueren las circunstancias. Tenían apariencia, y esto era todo. Bastaba.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-142-

Tenían una apariencia tan limpia tan sólida ella con esplendor de melocotón, gracias a los polvos y la pintura, pero él lavado y refrotado, con ojos de pájaro, de manera que no había pelota que le pasara desapercibida, ni golpe que le sorprendiera. Golpeaba, saltaba, con exactitud, sobre el propio terreno. Las bocas de las jacas temblaban al término de sus riendas. Tenía honores, ancestrales monumentos, banderas colgando en la iglesia de sus tierras. Tenía deberes, tenía arrendatarios, tenía madre y hermanas; se había pasado el día en Lords y de esto hablaban los dos de cricket, de primos y de películas cuando la señora Dalloway llegó junto a ellos. Lord Gayton le tenía enorme simpatía. Y la señorita Blow, igual. Eran encantadores los modales de Clarissa Dalloway.

¡Es angelical que hayan venido! ¡Es delicioso! dijo Clarissa.

A Clarissa le gustaban los lores, le gustaba la juventud, y Nancy, vestida a precios enormes por los más grandes artistas de París, estaba allí ante ella, de tal modo que parecía que su cuerpo hubiera dado nacimiento, por propia voluntad, espontáneamente, a los verdes volantes.

Quería que hubiera baile dijo Clarissa.

Sí, porque los jóvenes no saben hablar. ¿Y por qué han de saber? Sí, gritar, abrazarse, divertirse, levantarse al alba; dar azúcar a las jacas, besar y acariciar el hocico de adorables perros chinos; y, luego, ágiles y fuertes, tirarse de cabeza y nadar. Pero los enormes recursos del idioma inglés, el poder que confiere, a fin de cuentas, de comunicar sentimientos (a la edad de aquel par, ella y Peter se hubieran pasado la velada discutiendo), no eran para ellos. Se solidificarían jóvenes. Tratarían con bondad sin límite a las gentes de la finca, pero, solos, quizá fueran aburridos.

¡Qué lástima! dijo ella. Tenía esperanzas de que se bailara.

¡Habían sido extraordinariamente amables al acudir! Pero, ¿cómo hablar de baile? Las estancias estaban atestadas.

Y allí estaba la vieja tía Helena con su chal. Tenía que dejarles, a Lord Gayton y a Nancy Blow. Allí estaba la vieja señorita Parry, su tía.

Porque la señorita Helena Parry no había muerto; la señorita Parry estaba viva. Tenía más de ochenta años. Subió la escalera despacio, con un bastón. Fue sentada en una silla (Richard Dalloway se encargó de ello). Las personas que habían conocido Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales -
® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-143-

Birmania en los setenta eran siempre conducidas junto a ella. ¿A dónde había ido Peter? Antes eran muy buenos amigos. Ante la mención de la India, e incluso de Ceilán, los ojos de la señorita Parry (sólo uno era de vidrio)

adquirieron despacio profundidad, se hicieron azules, contemplaron, no seres humanos guardaba tiernos recuerdos, ni orgullosas ilusiones, con respecto a Virreyes, Generales, Motines, sino que vieron orquídeas, collados de alta montaña, y se vieron a sí misma transportada a espaldas de culis, en los sesenta, por solitarios picachos; o descendiendo para arrancar orquídeas (sorprendentes flores jamás vistas anteriormente), que pintaba a la acuarela; indomable inglesa, inquieta cuando la guerra la molestaba dejando caer una bomba, por ejemplo, ante la puerta de su casa, arrancándola de su profunda meditación sobre las orquídeas y sobre su propia figura viajando en los sesenta por la India, pero allí estaba Peter Walsh.

Ven y háblale de Birmania a tía Helenadijo Clarissa.

¡Y todavía no había conversado ni media palabra con ella en toda la velada!

Conduciéndole hacia la tía Helena, con su blanco chal y su bastón, Clarissa dijo:

Hablaremos más tarde.

Y Clarissa dijo:

Peter Walsh.

Nada significó.

Clarissa la había invitado. Era fatigoso; había mucho ruido; pero Clarissa la había invitado. Y por esto había acudido. Era una lástima que Richard y Clarissa vivieran en Londres. Aunque sólo fuera por la salud de Clarissa, más les valdría vivir en el campo.

Pero a Clarissa siempre le había gustado la vida de sociedad.

Ha estado en Birmaniadijo Clarissa.

¡Ah! La anciana no pudo resistirse a recordar lo que Charles Darwin había dicho del librito que ella escribió sobre las orquídeas de Birmania.

(Clarissa tenía que hablar con Lady Bruton.)

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-144-

No cabía duda de que ahora su libro sobre las orquídeas de Birmania estaba olvidado, pero de él se publicaron tres ediciones antes de 1870, dijo a Peter. Ahora lo recordó.

Había estado en Bourton (y él la había abandonado, recordó Peter Walsh, sin decirle ni una palabra, en la sala de estar, aquella noche en que Clarissa le invitó a ir a remar).

Richard Lo ha pasado deliciosamente en el almuerzo de este mediodía dijo Clarissa a Lady Bruton.

Richard me ha sido de la más grande utilidad contestó Lady Bruton. Me ha ayudado a escribir una carta. ¿Y cómo estamos de salud?

¡Oh, perfectamente!

(Lady Bruton detestaba que las esposas de los políticos estuvieran enfermas.)

¡Ahí está Peter Walsh! dijo Lady Bruton.

(Porque jamás se le ocurría nada que decir a Clarissa; pese a que sentía simpatía por ella. Clarissa atesoraba gran cantidad de buenas cualidades, pero ella y Clarissa no tenían nada en común. Hubiese sido mejor que Richard se hubiera casado con una mujer con menos encanto y que le hubiera ayudado un poco más en su trabajo. Richard había perdido la ocasión de ser miembro del Gabinete.) ¡Ahí está Peter Walsh!, dijo, estrechando la mano de aquel agradable pecador, de aquel tipo tan competente que hubiera debido ganarse un prestigio, pero que no lo había hecho (siempre con problemas de mujeres), y, desde luego, allí estaba también la vieja señorita Parry.

¡Maravillosa anciana!

Lady Bruton estaba en pie junto a la silla de la señorita Parry, espectral granadero vestido de negro, e invitaba a Peter Walsh a almorzar, cordial, pero sin decir tonterías, sin recordar absolutamente nada acerca de la flora y la fauna de la India. Había estado allá, desde luego; había vivido allá, bajo tres virreyes; estimaba que algunos civiles indios eran individuos insólitamente decentes; pero qué tragedia, el estado en que se hallaba la India... El Primer Ministro acababa de contárselo (a la vieja señorita Parry, arrebujaada en su chal, le importaba un pimiento lo que el Primer Ministro acababa de decirle a Lady Bruton), y a Lady Bruton le gustaría saber la opinión de Peter Walsh, acabado de llegar del mismo centro de los acontecimientos, y le presentaría a Sir Sampson, porque realmente le impedía dormir por la noche aquella locura, aquella perversidad cabía decir, ya que era hija de un soldado. Ahora era ya una vieja que de poco servía. Pero su casa, su servidumbre y su buena amiga Milly Brush;

la Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales -
© 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-145-

recordaba? estaban siempre dispuestos a prestar ayuda, en el caso de que pudieran ser de utilidad. Lady Bruton nunca hablaba de Inglaterra, pero esta isla de hombres, esta tan querida tierra, se hallaba en su sangre (sin necesidad de leer a Shakespeare), y si alguna vez hubo una mujer capaz de llevar el casco y disparar el arco, capaz de conducir tropas al ataque, de mandar con indómita justicia bárbaras hordas, y de yacer desnarigada bajo un escudo en una iglesia, o de merecer un montículo cubierto de césped en una primitiva ladera, esta mujer era Millicent Bruton. Privada por su sexo, o por cierta deficiencia, de la facultad lógica (le era imposible escribir una carta al Times), tenía la idea del Imperio siempre al alcance de la mano, y su frecuente trato con esta acorazada deidad le había infundido su rigidez de baqueta, la robustez de su comportamiento, de manera que no cabía imaginarla, ni siquiera en la muerte, alejada de su tierra, o vagando por territorios en los que no flameara, aunque fuera espiritualmente, la bandera de la Union Jack. No ser inglesa, siquiera entre los muertos, ¡no, no! ¡Imposible!

Pero, ¿era aquella mujer Lady Bruton (a la que antes solía tratar)? ¿Era aquel hombre Peter Walsh encanecido?, se preguntaba Lady Rosseter (que antes fue Sally Seton).

Ciertamente, aquélla era la anciana señorita Parry, la vieja tía siempre enojada, cuando ella pasaba temporadas en Bourton. Nunca olvidaría el día en que recorrió un pasillo desnuda, y la señorita Parry la mandó llamar. ¡Y Clarissa! ¡Oh, Clarissa! Sally la cogió del brazo.

Clarissa se detuvo a su lado.

Pero no puedo quedarme aquí. Volveré luego. Esperadme.

Y miró a Peter y a Sally. Con estas palabras quiso decir que debían esperar hasta que todos los demás se hubieran ido. Mirando a sus viejos amigos, Sally y Peter, que se estrechaban la mano, mientras Sally, recordando sin duda el pasado, reía, Clarissa dijo:

Volveré.

Pero la voz de Sally Seton había perdido aquella arrebatadora riqueza de antaño; sus ojos no brillaban ahora cual solían brillar cuando fumaba cigarros, cuando corría por un pasillo, para buscar una esponja, totalmente desnuda, y Ellen Atkins preguntó: ¿Y

si los caballeros la hubieran visto? Pero todos la perdonaban. Robó un pollo de la despensa porque una noche tuvo hambre, fumaba cigarros en el dormitorio, dejó un libro de incalculable valor en la terraza. Pero todos la adoraban (salvo papá, quizá). Era Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-146-

su cordialidad; era su vitalidad; pintaba, escribía. Las viejas del pueblo,

incluso hasta ahora, siempre preguntaban por su amiga, la del manto rojo, que tan lista parecía.

Acusó a Hugh Whitbread, nada menos que a Hugh Whitbread (y allí estaba su viejo amigo Hugh, hablando con el embajador de Portugal), de besarla en la sala de fumar, a fin de castigarla por haber dicho que las mujeres debieran tener derecho a votar. Sally había dicho que hombres vulgares lo tenían. Y Clarissa recordaba que tuvo que convencerla de que no debía denunciar a Hugh en la reunión familiar, de lo cual era muy capaz debido a su audacia, su temeridad, su melodramático amor a ser el centro de todo y a hacer escenas, lo cual, solía pensar Clarissa la llevaría a una horrible tragedia, a la muerte, al martirio, pero, por el contrario, se había casado, de modo totalmente imprevisible, con un hombre calvo, siempre con una gran flor en el ojal, que, según se decía, tenía fábricas de tejidos de algodón en Manchester. ¡Y Sally tenía cinco hijos!

Sally y Peter se habían sentado juntos. Hablaban, y parecía lo más lógico, el que hablaran. Seguramente recordarían el pasado. Con aquellos dos (más que con Richard incluso) compartía Clarissa el pasado: el jardín, los árboles, el viejo Joseph Breitkopf cantando música de Brahms sin pizca de voz, el papel de la pared de la sala de estar, el olor de las esteras. Sally sería siempre parte de aquello; Peter también lo sería. Pero tenía que dejarles. Allí estaba el matrimonio Bradshaw, al que no tenía simpatía.

Tenía que acercarse a Lady Bradshaw (de gris y plata, balanceándose como una foca en el borde de su piscina, pidiendo a ladridos invitaciones a duquesas, la típica esposa del hombre triunfador), tenía que acercarse a Lady Bradshaw y decirle...

Pero Lady Bradshaw se le adelantó:

Hemos llegado escandalosamente tarde, querida señora Dalloway. Casi no nos atrevíamos a venir.

Y Sir William Bradshaw, que tenía un aspecto muy distinguido, con su cabello gris y sus ojos azules, dijo que sí; no habían podido resistir la tentación. Hablaba con Richard, seguramente acerca de una ley que deseaban fuera aprobada por la Cámara de los Comunes. ¿Por qué la visión de Sir

William hablando con Richard la había espeluznado? Aquel hombre parecía lo que era un gran médico. Un hombre que, sin la menor duda se encontraba en el primer lugar entre los de su profesión, muy poderoso, algo cansado. Porque había que pensar en los casos con que se enfrentaba, gente en las más profundas simas de la desdicha, gente al borde de la locura, maridos y esposas.

Tenía que decidir asuntos de aterradora dificultad. Sin embargo, lo que Clarissa sentía Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-147-

era que no le gustaría que aquel hombre la viera desdichada. No, aquel hombre no.

¿Y cómo le va a su hijo en Eton?le preguntó Clarissa a Lady Bradshaw.

Lady Bradshaw dijo que precisamente ahora, por culpa de las paperas, no había podido jugar en el equipo de fútbol. Pensaba que esto había disgustado a su padre más que al chico, ya que aquél era, dijo, como un niño grande.

Clarissa miró a Sir William, que estaba hablando con Richard. No parecía un niño. No, ni mucho menos.

En cierta ocasión, Clarissa había ido, con otra persona, a pedirle consejo. Y Sir William acertó del todo; mostró un sentido común extraordinario. Pero, ¡santo cielo!, qué alivio al encontrarse de nuevo en la calle... Recordaba que había un pobre infeliz, sollozando, en la sala de espera. Pero Clarissa no sabía qué era exactamente lo que le desagradaba en Sir William. Richard estuvo de acuerdo con ella, no le gustaba su gusto, su olor. Pero era extraordinariamente eficaz. Hablaban de aquella ley. Sir William, bajando la voz, hizo referencia a cierto caso. Y este caso guardaba estrecha relación con lo que antes había dicho respecto a los efectos tardíos del shock psíquico que padecían algunos combatientes. La nueva ley debía tenerlo en cuenta.

Bajando la voz, arrastrando a la señora Dalloway al interior del refugio de una comunidad femenina, de un común orgullo de las ilustres cualidades de sus respectivos maridos, y de su lamentable tendencia a trabajar en exceso, Lady Bradshaw (pobre gallina, no se le podía tener antipatía) dijo en un murmullo que

precisamente cuando nos disponíamos a salir de casa, han llamado por teléfono a mi marido; un caso muy triste. Un joven (esto era lo que Sir William contaba al señor Dalloway) se había matado. Había estado en el ejército. ¡Oh!, pensó Clarissa, en medio de mi fiesta, he aquí a la muerte, pensó.

Se fue a la pequeña estancia en la que el Primer Ministro había entrado en compañía de Lady Bruton. Quizás allí hubiera alguien. Pero no había nadie. Los sillones conservaban aún las huellas dejadas por el Primer Ministro y por Lady Bruton, ella vuelta con deferencia hacia él, y él solemnemente sentado, con autoridad. Habían hablado de la India. No había nadie. El esplendor de la fiesta cayó al suelo, tan raro fue entrar allí, sola, con sus galas.

¿Qué derecho tenían los Bradshaw a hablar de muerte en su fiesta? Un joven se había matado. Y de ello hablaron en su fiesta, los Bradshaw hablaron de muerte. Se había Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-148-

matado, sí, pero, ¿cómo? El cuerpo de Clarissa siempre lo revivía, en el primer instante, bruscamente cuando le contaban un accidente; se le inflamaba el vestido, le ardía el cuerpo. Se había arrojado por una ventana. Como un rayo subió el suelo; a través de él, penetrantes, hirientes, pasaron los enmohecidos clavos. Quedó allí yacente, con un plop, plop, plop, en el cerebro, y luego vino el ahogo de las tinieblas.

Así lo vio. Pero, ¿por qué lo había hecho? ¡Y los Bradshaw hablaron de ello en su fiesta!

En cierta ocasión, Clarissa había arrojado un chelín a las aguas de la Serpentine, nada más. Pero aquel joven había arrojado cuanto era. Ellos seguían viviendo (tendría que regresar; las estancias estaban aún atestadas; la gente seguía llegando). Ellos (durante todo el día había estado pensando en Bourton, en Peter, en Sally) envejecerían. Había una cosa que importaba; una cosa envuelta en parloteo, borrosa, oscurecida en su propio vivir, cotidianamente dejada caer en la corrupción, las mentiras, el parloteo.

Esto lo había conservado aquel joven. La muerte era desafío. La muerte era un intento de comunicar, y la gente sentía la imposibilidad de alcanzar el centro que místicamente se les hurtaba; la intimidad separaba; el entusiasmo se desvanecía; una estaba sola. Era como un abrazo, la muerte.

Pero aquel joven que se había suicidado, ¿se lanzó guardando en sí su tesoro? Si ahora muriera, sería extremadamente feliz, se dijo Clarissa en cierta ocasión bajando la escalera, vestida de blanco.

Pero también estaban los poetas y los pensadores. Y cabía la posibilidad de que aquel joven tuviera esta pasión, y hubiera acudido a Sir William Bradshaw, gran médico, aun cuando oscuramente malvado, sin sexo o apetitos, muy cortés con las mujeres, pero capaz de indescriptibles ofensas: la de violar el alma, exactamente, la posibilidad de que aquel joven hubiera acudido a Sir William Bradshaw, y éste le hubiera causado dicha impresión, con su poderío, y quizás el joven había dicho (ahora Clarissa lo sentía realmente): La vida es intolerable; hacen intolerable la vida, los hombres así.

Luego (Clarissa lo había sentido precisamente aquella mañana), estaba el terror; la abrumadora incapacidad de vivir hasta el fin esta vida puesta por los padres en nuestras manos, de andarla con serenidad; en las profundidades del corazón había un miedo terrible. Incluso ahora, muy a menudo, si Richard no hubiera estado allí, leyendo el Times, de manera que ella podía recogerse sobre sí misma, como un pájaro, y revivir poco a poco, lanzando rugiente a lo alto aquel inconmensurable deleite frotando palo con palo, una cosa con otra, Clarissa hubiera muerto sin remedio. Ella había escapado.

-149-

Pero aquel joven se había matado.

En cierta manera, esto era su desastre, su desdicha. Era su castigo el ver hundirse y desaparecer aquí a un hombre, allá a una mujer, en esa profunda oscuridad, mientras ella estaba obligada a permanecer aquí con su vestido de noche. Había intrigado; había hecho trampas. Nunca había sido totalmente admirable. Había deseado el éxito, Lady Bexborough y todo lo demás. Y, en cierta ocasión, había paseado por la terraza en Bourton.

Raro, increíble; jamás había sido tan feliz. Nada podía ser lo bastante lento; nada podía durar demasiado. No había placer que pudiera igualar, pensó mientras rectificaba la posición de los sillones, empujaba un libro adentrándolo en la estantería, este haber terminado con los placeres de la juventud, este haberse perdido en el proceso de vivir, haber hallado el proceso de vivir, con un estremecimiento delicioso, mientras el sol nacía, el día moría. Muchas veces había salido en Bourton, mientras todos hablaban, a contemplar el cielo; o se había fijado en él, visto por entre los hombros de la gente durante la cena; y lo había contemplado en Londres cuando no podía dormir. Se acercó a la ventana.

Por loca que la idea pareciera, algo de ella contenía aquel cielo de su tierra, aquel cielo sobre Westminster. Entreabrió las cortinas; miró. ¡Oh! ¡Qué sorpresa! ¡Desde la estancia del frente, la vieja dama la miraba rectamente! Se disponía a acostarse. Y el cielo. Será un cielo solemne, había pensado, será un cielo crepuscular, apartando bellamente la cara. Pero allí estaba, cenicientamente pálido, cruzado por rápidas nubes, vastas y deshilachadas. Era algo nuevo para ella. Seguramente se había levantado viento. Y se disponía a acostarse, en la estancia del frente. Era fascinante contemplarla, yendo de un lado para otro, contemplar a la anciana cruzando el cuarto, acercándose a la ventana. ¿Podía la anciana verla a ella? Era fascinante, con gente todavía riendo y gritando en el salón, contemplar cómo aquella vieja, tan serenamente, se disponía a acostarse sola. Ahora empujó la persiana. El reloj comenzó a sonar. El joven se había matado; pero Clarissa no le

compadecía; con el reloj dando la hora, una, dos, tres, no se compadecía de él, con todo lo que estaba ocurriendo. ¡Ahora! ¡La vieja dama había apagado la luz! La casa entera estaba ahora a oscuras, con todo aquello ocurriendo, repitió, y a su mente acudieron las palabras: No temas más al ardor del sol.

Debía regresar al lado de aquella gente. Pero ¡qué noche tan extraordinaria! En cierta manera, se sentía muy parecida a él, al joven que se había matado. Se alegraba de que se hubiera matado; que lo hubiera arrojado lejos, mientras ellos seguían viviendo. El reloj daba las horas. Los círculos de plomo se disolvieron en el aire. Pero debía regresar. Debía reunirse con ellos. Debía ir al encuentro de Sally y Peter. Y entró, Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-150-

procedente de la pequeña estancia.

Pero, ¿dónde está Clarissa? dijo Peter.

Estaba sentado en el sofá, con Sally. (Después de tantos años, realmente no podía llamarla Lady Rosseter.)

¿Dónde se ha metido esa mujer? ¿Dónde está Clarissa? preguntó.

Sally suponía, y a pesar de todo Peter también, que allí había gente importante, políticos, a quienes ni ella ni él conocían, como no fuera de haberlos visto en los periódicos, con quienes Clarissa tenía que ser amable, tenía que conversar. Estaba con ellos. Sin embargo, ahí estaba Richard Dalloway sin entrar en el Gabinete. No había triunfado, suponía Sally. Bueno, en realidad, ella rara vez leía los periódicos. A veces, mencionaban el nombre de Richard. Pero, en fin, ella llevaba una vida solitaria, en la selva, como diría Clarissa, entre grandes comerciantes, grandes fabricantes, entre hombres que, a fin de cuentas, hacían cosas. ¡Y también ella había hecho cosas!

¡Tengo cinco hijos!le dijo a Peter.

¡Señor, señor, cuánto había cambiado Sally!, la ternura maternal, y también el egotismo anejo. La última vez que se vieron, recordó Peter, fue entre las coliflores a la luz de la luna, con hojas como bronce áspero, dijo Sally, con su instinto literario; y Sally cogió una rosa. Sally le hizo pasear con ella, arriba y abajo, aquella horrorosa noche, después de la escena junto a la fuente; él tenía que coger el tren de medianoche.

¡Santo cielo, y había llorado!

Esta era su vieja costumbre, abrir el cortaplumas, pensó Sally, sí, siempre abriendo y cerrando el cortaplumas, cuando se excitaba. Habían sido muy, muy amigos, ella y Peter Walsh, cuando él estaba enamorado de Clarissa, y entonces se produjo aquella horrible y ridícula escena, centrada en Richard Dalloway, durante el almuerzo. Ella llamó Wickham a Richard. ¿Y por qué no se podía llamar Wickham a Richard?

¡Pero Clarissa se sulfuró!, y realmente, desde entonces, no se habían vuelto a ver, Clarissa y ella, como no fuera cinco o seis veces, quizás, en los últimos diez años. Y

Peter Walsh se fue a la India, y a oídos de Sally llegaron vagos rumores de que era desdichado en su matrimonio, e ignoraba si Peter tenía hijos o no, pero no podía preguntárselo porque Peter había cambiado. Tenía aspecto encogido, aunque más amable, consideraba Sally, y sentía verdadero afecto hacia él, porque había quedado unido a su juventud, y todavía conservaba ella un librito de Emily Brontë, que él le Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-151-

había regalado, y, si no se equivocaba, tenía intenciones de dedicarse a escribir. Sí, en aquellos tiempos, Peter quería escribir.

Abriendo la mano, su firme y bien formada mano, sobre la rodilla, de una manera que Peter recordaba, Sally le preguntó:

¿Has escrito?

¡Ni media palabra!

Y Sally rió.

Todavía tenía atractivo, todavía era un personaje, Sally Seton. Pero, ¿quién era aquel Rosseter? Lucía dos camelias, el día en que se casó, esto era todo lo que Peter sabía de él. Clarissa le escribió, diciéndole Tienen millones de criados e invernaderos sin número, o algo parecido. Con una carcajada, Sally lo reconoció:

Sí, tengo diez mil al año.

Aunque no recordaba si era antes o después de pagar los impuestos, ya que su marido

al que quiero que conozcas, dijo, y que te será simpático, se encargaba de aquellos asuntos.

Y Sally, antes, estaba siempre en las últimas. Tuvo que empeñar el anillo de su bisabuelo, regalo de María Antonieta¿no era así?para poder ir a Bourton.

Oh, sí, Sally lo recordaba; todavía lo tenía, un anillo de rubíes que María Antonieta había regalado a su bisabuelo. En aquellos días jamás tenía ni un penique e ir a Bourton siempre representaba para ella un gasto tremendo. Pero ir a Bourton había tenido gran importancia para ella, ya que la había conservado en su sano juicio, creía, tan desgraciada era en su hogar. Pero aquello pertenecía al pasado, y ahora ya había terminado, dijo. Y el señor Parry había muerto; y la señorita Parry aún vivía. En su vida se había llevado una sorpresa mayor, dijo Peter. Creía, con toda certeza, que la señorita Parry había muerto. Y el matrimonio había sido un éxito, suponía Sally. Y aquella joven tan hermosa y tan segura de sí misma, allí, junto a la cortina, vestida de color de rosa, era Elizabeth.

(Era como un álamo, era como un río, era como un jacinto, pensaba Willie Titcomb.

¡Oh, cuánto mejor vivir en el campo y hacer lo que le gustaba! Ahora oía a su pobre Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999
Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-152-

perro aullando, Elizabeth estaba segura.) No se parecía ni pizca a Clarissa, dijo Peter Walsh.

¡Oh, Clarissa! dijo Sally.

Lo que Sally sentía era simplemente esto. Estaba tremendamente en deuda con Clarissa. Habían sido amigas, no conocidas, amigas, y todavía podía ver a Clarissa, toda de blanco, yendo de un lado para otro, en la casa, con las manos llenas de flores; hasta el presente, la planta del tabaco le traía el recuerdo de Bourton. Pero ¿lo comprendía Peter? a Clarissa le faltaba algo. ¿Qué le faltaba? Tenía encanto; tenía un encanto extraordinario. Pero, con franqueza (y Sally consideraba que Peter era un viejo amigo, un verdadero amigo, ya que ¿acaso la ausencia importaba?, ¿acaso la distancia importaba? A menudo había querido, Sally, mandarle una carta, pero la rasgó, aunque estimaba que Peter comprendería, ya que la gente comprende sin que las cosas se digan, cual uno se da cuenta al hacerse mayor, y mayor era ella, ya que aquella tarde había visitado a sus hijos en Eton, que tenían paperas), con total franqueza,

¿cómo pudo Clarissa hacer aquello?, ¿casarse con Richard Dalloway?, un deportista a quien sólo le gustaban los perros. Literalmente, cuando entraba en un cuarto, olía a establo. Y, luego, ¿todo esto? Sally agitó la mano.

Allí iba Hugh Whitbread, pasando ante ellos con su chaleco blanco, oscuro, gordo, ciego, ajeno a cuanto aparentaba, salvo la propia estima y la comodidad.

A nosotros no nos reconocerádijo Sally

Y, realmente, a Sally le faltó el valor necesario ¡De modo que aquél era Hugh! ¡El admirable Hugh!

¿Y qué hace?le preguntó a Peter.

Lustraba los zapatos del Rey o contaba las botellas de Windsor, repuso Peter. ¡Peter no había perdido aún su mordacidad! Pero Sally debía hablar con franqueza, dijo Peter.

¿Aquel beso, el beso de Hugh?

En los labios, le aseguró Sally, en la sala de fumar, una tarde. Furiosa fue a decírselo inmediatamente a Clarissa. Hugh no hace estas cosas, dijo Clarissa, ¡el admirable Hugh! Los calcetines de Hugh eran, sin excepción, los más hermosos que había visto en su vida... y su traje de etiqueta. ¡Perfecto! ¿Tenía hijos?

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-153-

Todos los que se encuentran aquí tienen seis hijos en Eton, le dijo Peter, salvo él. Él, a Dios gracias, no tenía hijos. No tenía hijos, ni hijas, ni esposa. Bueno, pues no parecía importarle, dijo Sally. Parecía más joven, pensó Sally, que todos los demás.

Pero en muchos aspectos, fue una cosa muy tonta, dijo Peter, el casarse como él se casó; era una perfecta tontaina, dijo, pero lo pasamos estupendamente, pero

¿cómo podía ser?, preguntó Sally, ¿qué quería decir con aquellas palabras?, y cuán raro era conocer a Peter y no saber nada de cuanto le había ocurrido. ¿Lo había dicho por orgullo? Muy probablemente, ya que a fin de cuentas

tenía que ser irritante para él (pese a que era un ser raro, una especie de fantasma, no un hombre ordinario), tenía que producirle sensación de soledad, a su edad, no tener un hogar, un lugar al que ir. Pero Peter tenía que pasar semanas y semanas en casa de ella. Desde luego, así lo haría; le gustaría mucho ir invitado a su casa, y así fue como salió a colación. En todos aquellos años, ni una sola vez la habían visitado los Dalloway. Una y otra vez los habían invitado. Clarissa (porque fue Clarissa, desde luego) no quiso ir. Ya que, dijo Sally, Clarissa era en el fondo una snob; y, realmente, había que admirar el esnobismo. Y esto era lo que se interponía entre ellas, pensaba Sally con toda seguridad. Clarissa pensaba que ella había hecho un mal matrimonio, debido a que su marido, y de ello estaba Sally orgullosa, era hijo de un minero. Hasta el último penique lo había ganado por sí mismo. De niño (la voz de Sally tembló) había transportado grandes sacos.

(Y así seguiría Sally, pensaba Peter, hora tras hora; el hijo del minero; la gente pensaba que había hecho un mal matrimonio; sus cinco hijos; ¿y qué era aquella otra cosa?, plantas, hortensias, lilas, rarísimas azucenas que nunca florecen al norte del Canal de Suez, pero que ella, con la ayuda de un jardinero, en un jardín cercano a Manchester, había logrado que florecieran, y tenía grandes cantidades de ellas, realmente grandes cantidades. Bueno, Clarissa había escapado a todo eso siendo poco maternal.)

¿Era Clarissa snob? Sí, en muchos aspectos. ¿Y dónde se había metido Clarissa, todo este tiempo? Se hacía tarde.

Sí, cuando me enteré de que Clarissa daba una fiesta-dijo Sally, pensé que no podía dejar de ir, que tenía que volverla a ver (y me alojo en una casa de Victoria Street, prácticamente al lado). Y por esto he venido sin invitación. Pero dime-susurró,

¿quién es ésta?

Era la señora Hilbery, en busca de la puerta. ¡Qué tarde se estaba haciendo! Y, murmuró la señora Hilbery, a medida que se hacía tarde, a medida que la gente se iba, una descubría viejos amigos, tranquilos lugares y rincones, y las más hermosas vistas.

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de

Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-154-

¿Acaso sabían, se preguntó la señora Hilbery, que les rodeaba un jardín encantado?

Luces y árboles, maravillosamente esplendentes lagos y el cielo. Sólo unas pocas lanternas japonesas, había dicho Clarissa, en el jardín trasero. ¡Pero Clarissa era una maga! Se trataba de un parque... Y ella no conocía sus nombres, pero sabía que eran amigos, amigos sin nombre, canciones sin palabras, siempre los mejores. Pero había tantas puertas, tantos lugares imprevistos, que no encontraba el camino de salida.

Es la señora Hilbery-dijo Peter Walsh.

Pero, ¿quién era aquélla?, ¿la señora que había estado toda la velada en pie junto a la cortina, sin hablar? Peter conocía aquella cara; la relacionaba con Bourton. ¿No era aquélla la señora que cortaba ropa interior en la gran mesa junto a la ventana? ¿No ase llamaba Davidson?

¡Es Ellie Henderson!-dijo Sally.

Realmente, Clarissa la trataba con mucha dureza. Era una prima de Clarissa, muy pobre. Clarissa trataba con dureza a la gente.

Bastante, dijo Peter. Sin embargo, dijo Sally, con su manera emotiva, en un arrebatado de aquel entusiasmo que a Peter le solía gustar, pero que ahora temía un poco, tan efusiva podía Sally llegar a ser, ¡cuán generosa era Clarissa con sus amigos!, lo cual muy rara vez se daba en la gente, y a veces, por la noche, o el día de Navidad cuando Sally pasaba revista a las bendiciones recibidas, ponía siempre aquella amistad en primer lugar. Eran jóvenes; esto era. Clarissa tenía el corazón puro; esto era. Peter la juzgaba sentimental. Y lo era. Porque había llegado a considerar que lo único que valía la pena decir era lo que una sentía. La inteligencia era una tontería. Una debe decir,

sencillamente, lo que siente.

Pero yo no sé lo que siento-dijo Peter Walsh.

Pobre Peter, pensó Sally. ¿Por qué no venía Clarissa y hablaba con ellos? Esto era lo que Peter deseaba. Y Sally lo sabía. Durante todo el rato, Peter no hizo más que pensar en Clarissa, mientras jugueteaba con el cortaplumas.

No había encontrado la vida sencilla, dijo Peter. Sus relaciones con Clarissa no habían sido sencillas. Le habían estropeado la vida, dijo. (Los dos habían sido tan íntimos amigos, él y Sally, que era absurdo no decirlo.) Uno no podía enamorarse dos veces, dijo Peter ¿Y qué podía Sally decir ante esto? De todos modos, más valía haber amado Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-155-

(pero Peter la juzgaría sentimental, ya que siempre había sido hombre de criterio exigente). Peter tenía que ir a su casa y pasar una temporada con ellos en Manchester.

Todo esto es muy cierto, dijo Peter. Todo muy cierto. Le gustaría mucho ir allá y pasar una temporada con ellos, tan pronto hubiera hecho lo que tenía que hacer en Londres.

Y Clarissa le había querido más de lo que jamás había querido a Richard, Sally estaba convencida.

¡No, no, no!-dijo Peter.

(Sally no hubiera debido decirlo; había ido demasiado lejos.) Allí estaba aquella excelente persona, al otro extremo de la estancia, conversando, el mismo de siempre, el simpático y querido Richard. ¿Con quién hablaba?, preguntó Sally, ¿quién era aquel caballero de tan distinguido aspecto? Por

vivir en la selva, sentía una insaciable curiosidad de saber quién era cada cual. Pero Peter no lo sabía. No le gustaba su aspecto, dijo Peter, seguramente sería un ministro. De todos ellos, dijo Peter, Richard le parecía el mejor, el más desinteresado.

Pero, ¿qué ha hecho?-preguntó Sally.

Labor pública, suponía Sally. ¿Y eran felices, juntos? preguntó Sally (ella, Sally, era extremadamente feliz; ya que, reconoció, nada sabía de ellos, y sólo llegaba a conclusiones gratuitas, como suele ocurrir, por cuanto ¿qué sabe una, siquiera de la gente con la que se convive a diario?, preguntó. ¿Acaso no somos todos prisioneros?

Sally había leído una obra teatral maravillosa referente a un hombre que arañaba el muro de su celda, y Sally había pensado que así era la vida, que uno rascaba un muro.

Decepcionada de las relaciones humanas (la gente era muy difícil), a menudo iba a su jardín, y las flores le daban una paz que los hombres y las mujeres jamás le habían proporcionado. Pero no; a Peter no le gustaban las coles; prefería los seres humanos, dijo Peter. Realmente, los jóvenes son hermosos, dijo Sally, observando a Elizabeth en trance de cruzar la estancia. ¡Qué diferente de Clarissa a su edad! ¿Podía Peter decir algo de ella? La muchacha no abría la boca. Poco, todavía, reconoció Peter. Era como un lirio, dijo Sally, como un lirio junto a un lago. Pero Peter no estaba de acuerdo en que nada sabemos. Lo sabemos todo, dijo; al menos. él.

Pero estos dos, murmuró Sally, estos dos que ahora se acercaban (y realmente tendría que irse, si Clarissa no llegaba pronto), este hombre de aspecto distinguido y su esposa, un tanto vulgar, que habían estado hablando con Richard, ¿qué podía una decir de gente así?

Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - ® 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

Mirándolos sin darles la menor importancia, Peter dijo:

Pues que son lamentables charlatanes.

Y estas palabras hicieron reír a Sally.

Pero Sir William Bradshaw se detuvo junto a la puerta para mirar un cuadro. Miró el ángulo, en busca del nombre del autor. Su esposa también miró. El arte interesaba mucho a Sir William Bradshaw.

Cuando uno es joven, dijo Peter, a uno le excita mucho el conocer gente. Ahora que uno es viejo, cincuenta y dos años para ser exactos (Sally tenía cincuenta y cinco, corporalmente, dijo, pero su corazón era el de una muchacha de veinte); ahora que uno es maduro dijo Peter, uno puede observar, uno puede comprender y uno no pierde la capacidad de sentir, dijo. No, esto es verdad, dijo Sally. Sentía más profundamente, más apasionadamente, a cada año que pasaba. La capacidad de sentir aumenta, dijo Peter, y uno debe alegrarse de que sea así; a juzgar por su experiencia, seguía aumentando. Había cierta persona en la India. A Peter le gustaría hablar a Sally de aquella mujer. Le gustaría que Sally la conociera. Estaba casada, dijo. Tenía dos hijos de corta edad. Tenían que ir los dos a Manchester, dijo Sally; antes de irse, Peter tenía que prometerle que irían.

Ahí está Elizabeth-dijo Peter. No siente ni la mitad de lo que nosotros sentimos todavía.

Contemplando cómo Elizabeth se acercaba a su padre, Sally dijo:

Pero se ve que se quieren.

Sally lo supo al ver la manera como Elizabeth se acercaba a su padre.

Sí, porque su padre la había estado mirando, mientras hablaba con los Bradshaw, y se había preguntado ¿quién es esta muchacha tan hermosa? Y de repente se dio cuenta de que era su Elizabeth, y de que no la había reconocido, ¡tan hermosa estaba con su vestido color de rosa! Elizabeth se

había dado cuenta de que su padre la miraba, mientras ella hablaba con Willie Titcomb. Por esto se acercó a su padre, y se quedaron los dos juntos, en pie, ahora que la fiesta casi había terminado, viendo cómo la gente se iba, cómo las estancias se vaciaban, quedando en el suelo cosas esparcidas. Incluso
Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales - © 1999 Programa de Informática El Autor de la Semana: Septiembre 1999

Colección de Libros Electrónicos - Biblioteca Virtual de la Facultad de Ciencias Sociales Virginia Woolf : La Señora Dalloway

-157-

Ellie Henderson se iba, casi la última, pese a que nadie le había dirigido la palabra, pero ella quiso verlo todo, para contárselo a Edith. Y Richard y Elizabeth se alegraban de que aquello terminara, aunque Richard estaba orgulloso de su hija. Y no había tenido intención de decírselo, pero no pudo dejar de hacerlo. La había mirado, dijo Richard, y se había preguntado ¿quién es esta chica ¿an hermosa?. ¡Y era su hija!

Esto hizo feliz a Elizabeth. Pero su pobre perro estaba aullando.

Richard ha mejorado-dijo Sally. Voy a hablar con él. Me despediré.

Y levantándose, Lady Rosseter añadió:

¿Qué importa el cerebro, comparado con el corazón?

Iré contigo-dijo Peter.

Pero siguió un instante sentado. ¿Qué era aquel terror?, ¿qué era aquel éxtasis?, se preguntó Peter ¿Qué es esto que me llena de tan extraordinaria excitación?

Es Clarissa, dijo Peter.

Sí, porque allí estaba.

